



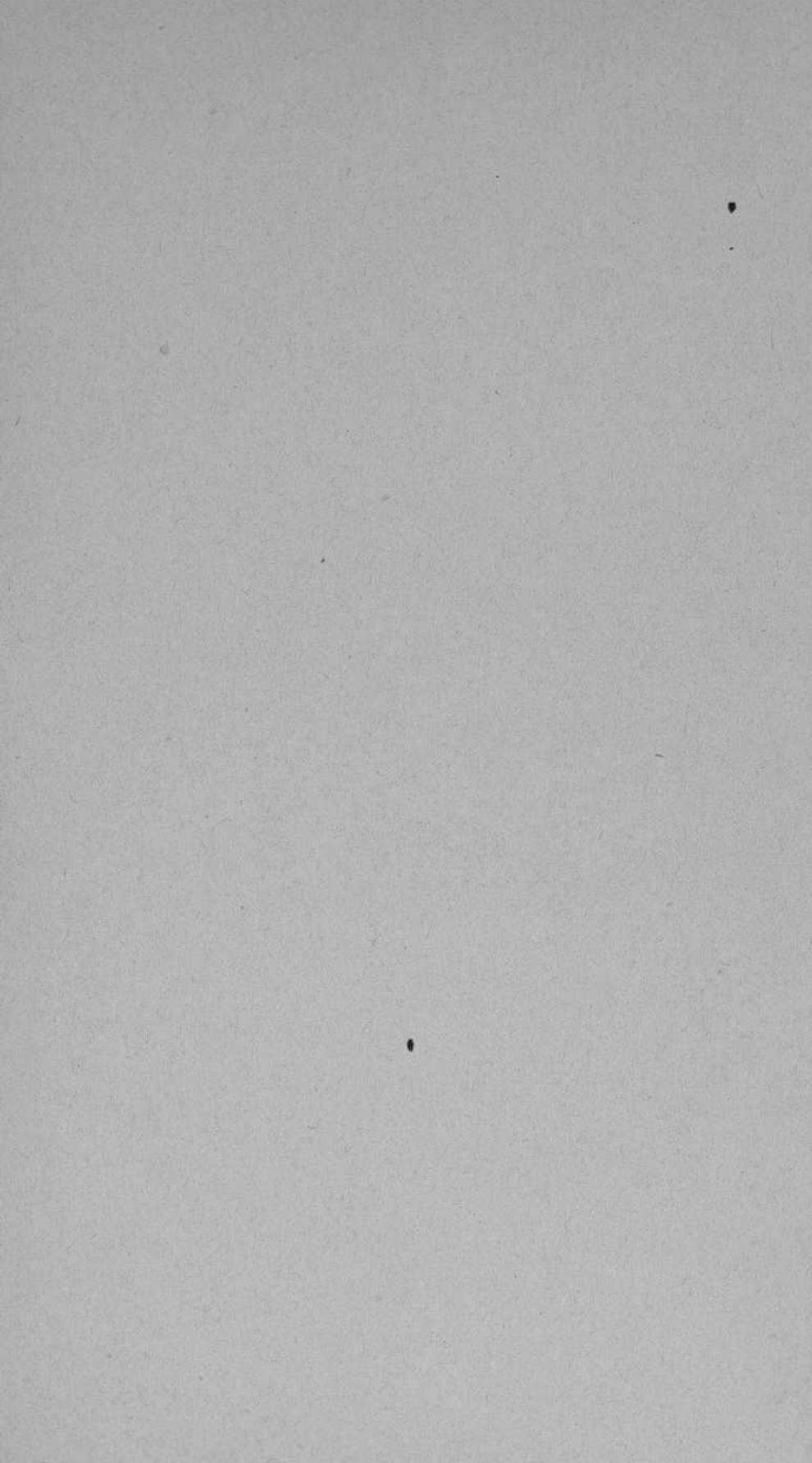




DGEL  
A

tit. 28784

c. 1031711



ESTUDIO HISTÓRICO

DE LA VIDA Y ESCRITOS DEL SABIO ESPAÑOL

ANDRÉS LAGUNA

ESTABLISHED 1852

AMERICAN BOOK CONCERN





## ANDRÉS LAGUNA

---

Retrato histórico tomado de la MATERIA MEDICINAL DE DIOSCÓRIDES,

*Edición de Salamanca, de 1570.*

REPRODUCIDO POR EL FOTOGRAFADO.



# ESTUDIO HISTÓRICO

DE LA

## VIDA Y ESCRITOS DEL SABIO ESPAÑOL ANDRÉS LAGUNA

MÉDICO DE CARLOS I Y FELIPE II Y CÉLEBRE ESCRITOR Y BOTÁNICO DEL SIGLO XVI

por

**D. JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG**

Doctor y Catedrático supernumerario en la Facultad de Farmacia de la Universidad Central, Consejero de Sanidad del Reino, Licenciado en Medicina y Ciencias, individuo de varias Corporaciones, etc.



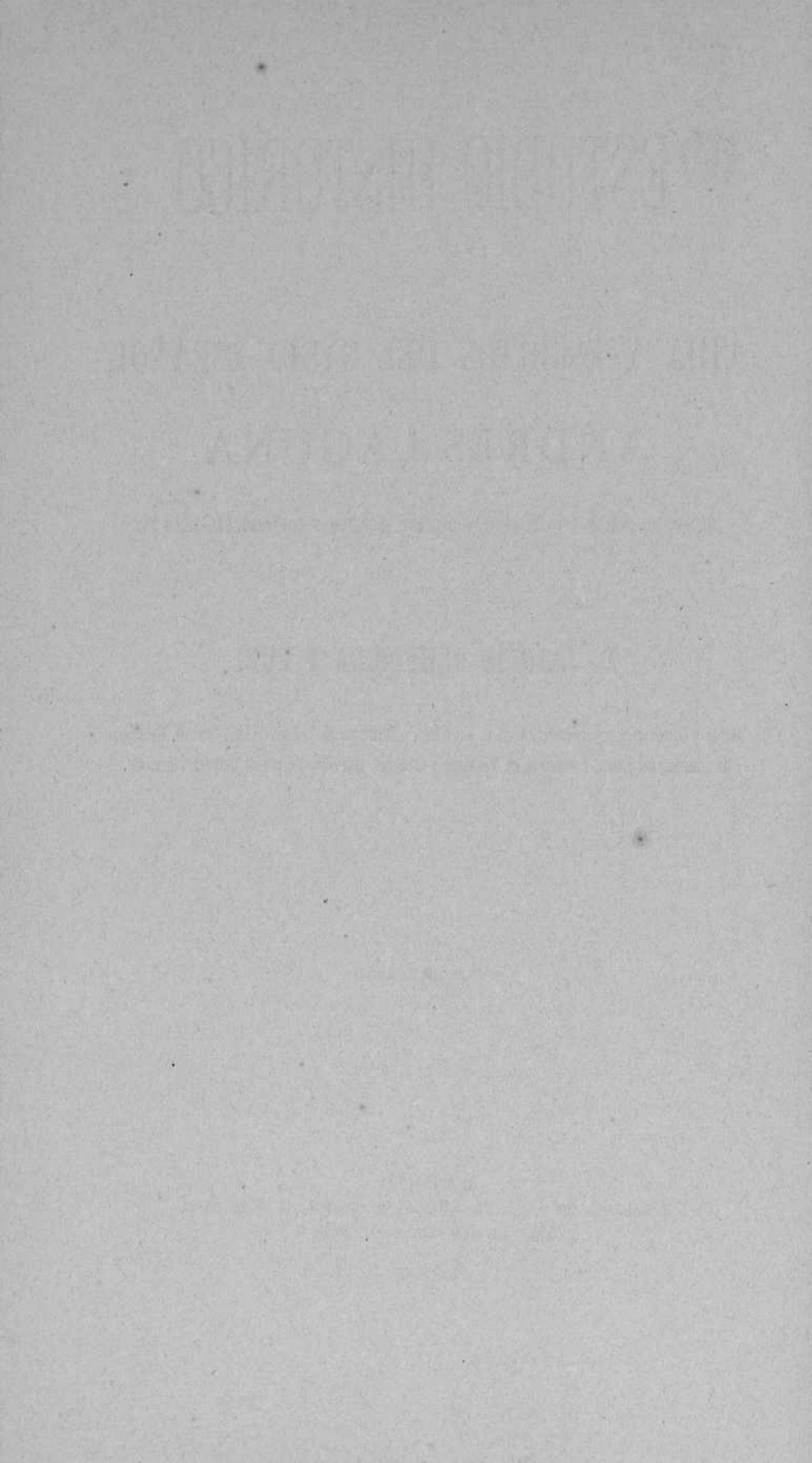
MADRID

Establecimiento tip. de EL CORREO, á cargo de F. Fernández  
CALLE DE SAN GREGORIO, NÚM. 8

1887



R. 27400



## PARTE PRIMERA

Preliminares.—Consideraciones generales.—Motivo de la publicación de este trabajo.—Necesidad de conocer la biografía detallada de Laguna.—Nacimiento y primeros años de su vida.—Su juventud, sus maestros, sus primeros estudios.—Sale de Segovia.—Recibe el grado de Doctor.—Viajes de Laguna.

### I

Es tanto lo que hay que aprender en el conocimiento de la vida de los hombres ilustres, que jamás serán infructuosos ni estériles cuantos trabajos se dirijan á investigar los hechos que durante su existencia tuvieron realización y las obras que su ingenio produjo. Campo donde jamás se agota la cosecha de beneficiosos frutos, pues donde quiera que haya quedado la huella de su planta, allí podrán apreciarse los resultados de un hombre superior, rodeados del prestigio del sabio y la importancia del talento. Son manantiales inagotables de enseñanza y ricos veneros de inspiración fecunda y de saludable crítica.

Cuando se examina detenidamente y se medita algún tanto en la ciencia de hoy, en sus rápidos progresos y en la veloz carrera que lleva el desenvolvimiento de sus admirables conquistas, no puede menos de experimentarse cierta curiosidad retrospectiva y tenaz deseo de volver la vista á lo pasado, para

poder apreciar comparativamente lo que fué y lo que ahora existe, asignando á cada uno el lugar que le corresponde en ese universal certamen, al que forzosamente concurren los hombres de todas las edades y las generaciones de todos los países.

Recorriendo las páginas del inmortal libro de la historia patria, no puede menos de experimentarse satisfacción y orgullo al señalar entre las grandes figuras de la ciencia el nombre de un sabio que, por los esfuerzos de su talento, la persistencia de su estudio y los resultados de sus obras, se abrió paso y fué saludado con respeto por los que en su época dieron días de gloria á la nación española y colocaron la bandera de nuestro pueblo en lugar preeminente y distinguidísimo. Es el privilegio de quien llega á ocupar los puestos que tiene la generalidad reservados al mérito y á quien sobresale del nivel común y de la talla que alcanzan las medianías.

## II

Dar á conocer la vida y escritos de Andrés Laguna es, sin disputa, contribuir á la formación de un libro de grandísimo interés para la historia de las ciencias médicas, y singularmente de la Farmacia, en especial para la historia de la Farmacia patria, donde tanto hay que aprender y cuyo estudio es tan importante por diversidad de conceptos, á cual mas atendibles.

Investigar bibliotecas y registrar archivos es un trabajo indispensable para realizar la empresa que me he propuesto, y no he vacilado un instante en poner en ejecución la idea, movido del mejor deseo, aun cuando dudoso del buen éxito.

El estudio biográfico detallado de los hombres que han llegado en una ciencia á la altura de Laguna es de la mayor importancia, porque contribuye notablemente á la ilustración de

la historia y á formar acabado concepto de muchas particularidades que pasan desapercibidas en el conjunto de una obra histórica general. Porque en todos los pasos que dió en la senda de la existencia, hay no poco que aprender y bastante que consignar, y es forzoso darlo á la publicidad cuando se trata de un estudio individual de una manera más minuciosa que en un libro de carácter general y abstracto.

Nada más oportuno ni pertinente que tratar con alguna detención de la vida y escritos de Laguna, cuyo estudio debe ser conocido y meditado por todo farmacéutico y médico que quiera estar iniciado en la historia de la ciencia patria y tenga curiosidad de saber el impulso dado á los conocimientos que profesa, por españoles ilustres que han colocado el nombre de la ciencia y de la patria á inmensa altura. Ciertamente que si el historiador no mostrase á luz pública la existencia del personaje de que nos ocupamos, de seguro todo profesor estudioso y concienzudo habría levantado en el seno de su conciencia el alto pedestal donde colocar al individuo que brilló igualmente por la fecundidad de su pluma como por la actividad de su entusiasmo, la facilidad de su palabra y lo tenaz de sus propósitos.

Todos los trabajos encaminados á detallar, esclarecer y consignar los hechos de la vida de este hombre ilustre son de gran utilidad, pues llevan en pos de sí la popularización de actos meritorios, la exposición crítica de obras poco conocidas y muy dignas de ser consideradas, y la presentación de la historia científica de importantes especialidades relacionadas con los conocimientos de utilidad imprescindible, de los cuales nuestra patria dió muestras de no ser la última en el progreso universal, cuya circunstancia es muy conveniente dejar consignada para que no sea España juzgada con notoria falta de verídico criterio. La luz de la verdad se ha de abrir paso forzosamente á través de las sombras y en medio de las densas tinieblas del error.

La publicación, pues, de la biografía de una persona de las condiciones de la que se trata en el presente caso, se halla ple-

nisimamente justificada. Sin ser una de esas figuras que por sus condiciones, ó más bien por las circunstancias de la época en que brillan, llaman poderosamente la atención pública, es un héroe del trabajo que por sus méritos llega en su carrera á distinguidos puestos desde los cuales demuestra la justicia con que á ellos se elevó, reuniendo títulos especiales y nada comunes para desempeñarlos. No estuvo dedicado enteramente á la política, y, por tanto, no tuvo grandes motivos para brillar en la vida pública, siquiera no le faltasen condiciones; su actividad giró más bien en el terreno de la ciencia, donde los lauros que se alcanzan son más difíciles, pero también más justificados y permanentes que los que otorga la pasión de los partidos y la veleidad de las muchedumbres.

Pocas celebridades han alcanzado en nuestro país con más justicia el honroso privilegio de pasar á la posteridad y desafiar el embate destructor del tiempo, al que no resisten ciertamente los que deben su nombre á la pasión de sus parciales ó al elogio de la amistad, fundada siempre en discutibles y efímeros triunfos que sólo duran lo que la fugaz impresión del momentáneo aplauso, que desaparece con la ráfaga de viento que lo recoge, como la sombra de un cuerpo al extinguirse la luz. Se funda su fama en probados y repetidos merecimientos, que han llevado al que los contrajo á ocupar el puesto que destina la humanidad á los que se hacen dignos de consideración tan relevante.

¿Por qué no proclamar muy alto los títulos que al respeto público reúne quien puede aspirar á colocarse entre las glorias nacionales? Suelen escatimarse á nuestro país, con harta frecuencia y sobrada injusticia, genios y producciones, que deben guardarse con verdadera avaricia los nombres de aquellos de sus hijos que han alcanzado por sus hechos los honores de la fama póstuma, y singularmente de los que pertenecen á las ciencias de observación, en que, por circunstancias que no son del momento, es bastante menor el número de sus hombres ilustres que de aquellos que brotan del ameno y frondoso vergel de la poesía y el arte, que produce verdaderos tita-



nes y pléyades de genios. Es muy conveniente recordar á los hombres de ciencias y de letras, por lo general olvidadizos con los que han dejado huellas gloriosas en la senda del saber, cuáles han sido las lumbreras que han dado vida á los conocimientos que profesan y han iluminado con los resplandores de su inteligencia un período histórico ó un largo espacio de los anales de un orden determinado de ideas. Y hoy, que se asignan patentes de notabilidad que acaso no resistan el análisis de nuestros sucesores inmediatos, bien merece que se estudie con algún detenimiento la vida y los trabajos del sabio Andrés Laguna, que mereció tan honroso dictado y que la opinión unánime le adjudicó con perfecta justicia.

### III

La ciudad de Segovia fué su cuna en 1499 (1). Su padre, D. Diego Fernández Laguna, le proporcionó medios de ilustración y cultura suficientes para comenzar y séguir con aprovechamiento y lucidez la carrera de médico, hasta el punto de llegar á ser uno de los más distinguidos de su época en Europa. Los primeros estudios los practicó en su ciudad natal, pasando después á Salamanca, en cuya célebre Universidad, que durante mucho tiempo llenó el mundo de sabios y á España de gloria, estudió la filosofía elemental, y en Paris el griego y la medicina. Regresó á España en 1536 precedido de la gran fama de que su nombre se hallaba rodeado, y poco después, como se verá más adelante, era oído con gusto en las cátedras y en los centros de instrucción.

Sus antecesores son también castellanos; en su raza existen esas virtudes ingénitas del valor, hidalguía, honradez y franqueza propias del centro de nuestra nación, que sirven para

(1) En la parroquia de San Miguel de la misma ciudad fué bautizado.

caracterizar al español castizo, siquier varíe mucho en las diferentes comarcas en que se considere.

Pero Segovia, con sus monumentos artísticos y de antigüedad legendaria en la historia española, puesto que el célebre acueducto, conocido de propios y extraños, indica su existencia en la época de la dominación romana, puede enorgullecerse con haber sido la patria de un hombre de ciencia que, con la modestia del que á la misma se consagra, pudo, con la superioridad de su talento, abrirse paso por entre los hombres de la época y atravesar las edades futuras, cual luminaria inextinguible que no se apaga, sino, antes bien, abriganta la distancia.

Su padre fué también médico, cuya profesión ejerció durante mucho tiempo en Segovia con gran prestigio, y su madre, doña Catalina Velázquez, era descendiente de antiguas familias nobles, cuyas casas solariegas radicaban en inmediatos pueblos de Castilla. De consiguiente, el apellido Laguna era el tercero que debió usar el personaje de quien tratamos, puesto que Fernández y Velázquez eran los dos primeros. Tal vez fuese debida esta preferencia á ser más conocido su padre por el segundo apellido, ó sea el de Laguna, que adoptó desde luego D. Andrés como más propio para ser distinguido de los frequentísimos Fernández y Velázquez que se conocen en nuestro país.

El título nobiliario de D. Diego Fernández Laguna, padre del referido D. Andrés, data de 1480. Esta distinción le fué otorgada por sus merecimientos. Así es que pudo legar á su hijo el timbre de nobleza que no heredara él de sus ascendientes y á que se hizo acreedor por sus personales méritos. Mas no era esta circunstancia ocasión de vanagloria en quien fundaba exclusivamente el motivo del aprecio público en sus esfuerzos personales, más que en las distinciones heredadas y por otros adquiridas.

Ignoramos el origen de sus abuelos, por lo cual no podemos decir si alguno de ellos sería natural ó tendría relación con la antigua Numancia, voz que en el idioma eúskaro es *Umancia*

y en castellano significa *Laguna*, cual oportunamente se consigna en el acabado estudio que del gran poeta español don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza llevó á cabo en 1871 el notable literato D. Luis Fernández Guerra y Orbe, cuyo trabajo premió la Real Academia Española en certamen público; pero hemos querido consignar el dato como curiosidad filológica, donde tal vez se halle el origen del apellido que llevó el personaje que nos ocupa.

Vino al mundo al terminar la décimaquinta centuria, cuando se resolvieron grandes problemas para la humanidad, comenzando la regeneración de la misma con los grandes descubrimientos que tuvieron lugar, tanto en la esfera de la inteligencia como en el terreno material y físico, cual si empezase la aurora de nuevo día tras una eterna é inacabable noche, en la que no existieron ni aun las luces de lejanas y luminosas estrellas, sino las ráfagas pasajeras y fatídicas del tempestuoso choque de las nubes. Hubo, pues, de aspirar el benéfico ambiente de aquel renacimiento de las letras, cuyo influjo había forzosamente de reflejarse en las inteligencias superiores que ávidamente recogían los benéficos frutos de tan memorable período histórico.

Sus ascendientes eran de ilustre cuna, como se acaba de manifestar. No hacemos esta afirmación en modo alguno para enaltecer á Laguna. Bástale tan sólo la celebridad por sus hechos adquirida, que le coloca indiscutiblemente en el templo de la fama, sin que haya necesidad de apelar á heredados blasones ni á ejecutorias por otros ganadas. Citamos el hecho como historiadores, pero sin darle otra importancia que la de fijar la verdad de un suceso. Así es que, al consignar que la ejecutoria de nobleza del padre de Laguna tiene la referida fecha de 1480 (1), sólo es para rendir tributo á la fidelidad y exactitud de la narración, pero no con las miras de invocarlo como títulos de mayor estima y valimiento.

La educación que recibió fué, desde luégo, esmerada. Pero

(1) Colmenares, *Historia de Segovia*.

sus aptitudes eran propias para que germinase la buena semilla que se lanzaba en tan fértil tierra, pues á no haber existido esta condición, fueran inútiles cuantos esfuerzos se empleasen. ¡Desdichados los padres á quienes tocan en suerte hijos díscolos ó ineptos, pues sus trabajos se estrellarán ante lo imposible y sus sacrificios resultarán estériles y de todo punto inútiles! Mas en el caso presente, dieron admirable resultado y fueron recompensados con creces los trabajos empleados en el cuidado de una inteligencia naciente.

Esta primera educación fué en extremo detenida. Sus padres pusieron gran cuidado en dirigir con acierto los pasos primeros del niño en el camino del mundo. Tales trabajos tuvieron luégo un resultado feliz y un éxito afortunado. Si en él no hubiese aptitud para recibir estos beneficios, seguramente resultarían infructuosos y perdidos. Pero los esfuerzos invertidos en dirigir aquella inteligencia naciente fueron, por fortuna, aprovechados en extremo y dieron los más brillantes frutos. Coincidieron, por tanto, los cuidados con la buena condición de quien los recibía, cual tendremos ocasión de apreciar.

Los primeros rudimentos en el idioma del Lacio los debió á un modesto preceptor de latinidad del pueblo en que naciera, á D. Juan Oteo, así como su iniciación en el griego le fué debida á Sancho Villaveses, cuyos dos maestros no fueron en modo alguno olvidados por Laguna, dedicando en varias ocasiones tributo de gratitud á su ciencia y laboriosidad y respetuoso recuerdo á las lecciones recibidas, como es fiel testimonio la memoria que les consagra en su libro *De Virtutibus*, con lo cual da á entender que no era ingrato á los que guiaran sus primeros pasos en la senda del saber.

No fué, pues, la ingratitud defecto que albergase, como se observa en la circunstancia de no dar al olvido á los que dirigieran sus vacilantes pasos en las ciencias. Con este acto demostró, no solamente que daba pruebas de justo agradecimiento, sino á la vez lo mucho que significaba para él esa primera enseñanza y los sacrificios que hacen los que tienen á su cargo tan difícil misión, apreciando en lo que valen los esfuerzos del

profesor y haciéndole participe de los triunfos literarios del discípulo aventajado y querido.

Pero si bien guardó extraordinario respeto á sus maestros, á quienes consideró en lo que valían, debió á su particular iniciativa y voluntad firme la gloria de alcanzar el renombre y fama que su ciencia le produjo. Las ideas que se aprenden en la cátedra y el libro, no bastan en absoluto, pero facilitan de un modo extraordinario la adquisición de otro gran número de conocimientos que nos enseña la sociedad por una parte, y por otra la práctica de la profesión, en donde vemos numerosas dificultades, que sólo allí se presentan y no es fácil prever en los estudios teóricos. Laguna, con su conocimiento de los idiomas sabios, tenía andado gran parte del camino para llegar á las regiones donde arribaban los hombres de talla superior en los diferentes ramos del saber. Además, su aplicación y deseo de profundizar los asuntos á que dirigía su actividad, fueron también poderosos elementos para que sus empresas estuviesen coronadas por el éxito.

No puede decirse que en esta ocasión desmereciera la raza; antes por el contrario, el que apenas vislumbraba las llamara-das primeras de la inteligencia, estaba destinado á honrar el apellido paterno de tal suerte que había de ser universalmente conocido, y al transcurrir de los años por todos repetido y ensalzado como una de las eminencias nacionales. Nada le faltó en sus incipientes vuelos de cuanto puede ambicionar el que se halla dotado de verdadero deseo de aprender y de brillar; pero fué dignamente aprovechado y recogido, y dió gallardas muestras de que los trabajos invertidos en su niñez tuvieron un gran resultado.

Con la perfecta posesión de ambos idiomas, latín y griego, había suficiente para conocer cuanto en el mundo se sabía en la época de Laguna. De aquí que procurase su familia y él aprovechase con brillantez las lecciones que recibiera de tan útiles estudios, considerados con razón como dos lenguas sabias; pues aun cuando hoy no tienen la importancia de aquel tiempo, son indispensables á toda persona que quiera conocer

con fruto las fuentes de la historia acudiendo á los orígenes de las humanas letras. Seguramente que un bibliófilo, para dar á sus estudios amplitud y á sus deseos elemento, sentirá la inmensa necesidad y utilidad del latín y el griego en el mayor número de trabajos á que se entregue.

#### IV

Convertiase el niño en joven, y al propio tiempo que aumentaba su instrucción crecían también sus aspiraciones por volar en más extensos horizontes, como aquel que no respira con amplitud en el reducido espacio de pequeña estancia. Los deseos de su justificada ambición no fueron contrariados por su familia; antes bien, se esforzaron por proporcionar al aspirante elementos propios para su desarrollo intelectual y satisfacer la sed de conocimientos y de ciencia que no le era permitido en una capital de provincia, donde no existen los medios que en las grandes poblaciones para adquirir el grado de superioridad de instrucción que su anhelo le pedía.

Desde luégo se observa en él un verdadero deseo de aprender con perfección todo aquello á que se dedicaba. No era el estudiante que, fiado en los esfuerzos de su memoria para retener lo leído, ó de su facultad de discurrir en los asuntos en que se inicia, se abandona y descansa, en la seguridad de salir airoso de las pruebas á que le sometían. Es, por el contrario, un joven insaciable de ciencia, que no se contenta con superficiales y ligeros conocimientos, sino que profundiza las cuestiones hasta llegar á los límites de lo conocido, y trabaja por conseguir realizar lo que todavía á sus contemporáneos les estaba vedado y habían considerado como inaccesible y finito.

Y los mismos conocimientos que adquiría le ponían en apatitud de alcanzar otros nuevos, con los cuales satisfacía su incesante sed de saber. Porque, en la adquisición de ideas, acon-

tece lo que al que anhela llegar á la profundidad de una mina, que cuanto más avanza mayores son sus deseos de llegar al fin, sin que nunca pueda completarse la satisfacción que anhela. De tal suerte á Laguna le iban saliendo al paso los acontecimientos, en pos de los cuales seguía, siendo tanto mayor el empeño en vencer obstáculos, cuanto más grandes y numerosos eran los que se presentaban en su camino. En efecto, luchar es progresar, es investigar, es vivir.

Las condiciones morales de este hombre hacían predecir, desde muy joven, á primera vista, que los hechos de su vida habían de hacerle digno de recuerdo eterno y de pasar á la posteridad adornado de una luminosa aureola, que no alcanzan las vulgaridades y el conjunto de los individuos. Su tenacidad, atención, fijeza, amor al estudio, carácter observador, y el deseo nunca satisfecho de adquirir ciencia, eran indudablemente circunstancias que favorecían la formación de una personalidad de talla y de importancia, que fuera más tarde orgullo de su familia y honra de su patria. No defraudó en modo alguno las gratas y placenteras esperanzas de los que le conocieron y trataron en sus años primeros, y fueron testigos de los comienzos de su vida estudiantil y de sus principios en la enseñanza elemental.

Su imaginación era, á no dudarlo, de gran poderío y tenacidad, y no se satisfacía con los hechos que giraban en torno del pequeño circuito de su ciudad natal, á la que, si bien prodigó en todas ocasiones especialísimo cariño y afición extrema, no por eso dejaba de pugnar en su mente soñadora é inquieta el insaciable deseo de extender la penetrante mirada por otros espacios más amplios, dando motivo á su observación para nuevas investigaciones y estímulo al noble anhelo de dar á conocer los frutos de su ingenio en otros terrenos y en distintos círculos en que pudieran tener más resonancia y ser oídos y juzgados por mayor y más heterogéneo público. De aquí, pues, el deseo de salir de Segovia, que realizó con el provecho que después podremos apreciar al examinar sus libros.

Estudió Medicina en París, adonde se trasladó, y en cuyo

centro se dedicó con asiduidad á completar su educación científica, asistiendo á las clínicas, visitando los museos y adquiriendo de tal suerte todo el caudal de conocimientos que en aquella época existían, no muy extensos á la verdad; pero su inteligencia de primer orden, y la buena preparación que poseía, conociendo el latín y griego, en cuyos idiomas estaban escritas las obras de ciencia á la sazón existentes en el mundo, pudo aprovechar en gran manera el tiempo, de igual modo que germinan fácilmente las semillas esparcidas en tierra fértil y bien dispuesta á comunicar su vida y lozanía á los vegetales que brotán de su seno.

Reunía todas las indispensables condiciones de aptitud para la profesión á que se había dedicado. Observador minucioso de la naturaleza, leía en sus manifestaciones espléndidas el gran significado de sus elocuentes frases. En la sencilla planta, en el ser más insignificante, en la expresión aparentemente más sencilla y trivial, hallaba motivos de satisfacer su sed de ciencia y de ampliar los horizontes de los conocimientos, para lo cual tenía, á no dudarlo, dotes singulares. Las ideas que aprendiera en las cátedras, no constituían solamente un cúmulo de datos para utilizarlos en momentos dados, sino que le servían como puntos de apoyo para lanzarse á más atrevidas empresas y á más extensos campos.

Sus maestros de gramática griega fueron en París Pedro Danesio y Jacobo Tusano. En Medicina fué discípulo, entre otros varios, de Juan Ruelio.

El primer trabajo que dió á luz pública, es la traducción del griego al latín del tratado escrito por Aristóteles con el nombre de *Fisonomía*, que dedicó á Luis Guillard, Obispo de Chartres, en 25 de Abril de 1535, impreso en París por Luis Ciano. Es de lamentar, según cita Colmenares (1), que siendo esta traducción tan acertada y fiel, en las impresiones que después se hicieron de las obras de Aristóteles se haya omitido en este tratado el nombre del traductor, con notoria injusticia. Por eso

(1) *Historia de la insigne ciudad de Segovia*.—Madrid, 1640.



debe consignarse con particularidad este, que pudiera llamarse el primer paso de Laguna en la difícil carrera de escritor, siendo todavía estudiante.

En los tres meses siguientes á la traducción de esta obra, escribió en latín el *Método de la Anatomía*, que dedicó á don Diego de Rivera, Obispo de Segovia, en 25 de Julio de 1535.

Volvió Laguna á España en 1536, con gran copia de erudición y precedido de la justa fama que alcanzar debía quien, hallándose en edad temprana, fuese poseedor de varios idiomas y conociera tan al detalle multitud de libros y de escritores, así como las diversas ciencias que á la sazón se cultivaban, pues no era solamente el médico instruido y docto, sino el latino y helenista notable, el escritor castizo y elegante, el filósofo profundo y, en una palabra, el hombre que reunía una multitud de conocimientos y aptitudes que, lejos de estorbarse, se completan y auxilian, como las partes de un organismo contribuyen á la realización de los fines de un ser vivo y dotado de actividad.

Recibió el grado de Doctor en 1539, en la Universidad de Toledo. El Emperador Carlos V, que ya tenía noticia de los profundos conocimientos de Laguna, le mandó llamar, con el fin de que fuese uno de los que asistiesen al alumbramiento de la Emperatriz, de cuyas consecuencias falleció dicha augusta señora en 1.º de Mayo del indicado año 1539, cuyo cadáver fué conducido á Granada bajo la dirección del Duque de Gandía, que después la Iglesia elevó á la canonización con el nombre de San Francisco de Borja, y del cual la historia y la leyenda han legado episodios notabilísimos, en los que la índole de este trabajo nos impide penetrar, pero donde la poesía y el drama han tenido no pequeño campo en que recibir sus inspiraciones.

No es exacto lo que algunos indican, sólo como rumor de aquel tiempo, que se valiese Laguna de la desgracia acaecida á Carlos V con la muerte de la Emperatriz, para desbancar en sus servicios médicos al ilustre Francisco Pérez de Villalobos. En ninguno de los escritos de este autor se hallan pruebas, ni remotas siquiera, de que existiese rivalidad entre ambos hom-

bres de ciencia, y de seguro se hallaría consignado, si por acaso hubiese algún motivo en que fundarla. Villalobos era de más edad que Laguna, y muy respetado en su época por sus escritos y justa fama, por lo cual no es de presumir que éste contribuyera á aumentar los disgustos que á Villalobos naturalmente se le produjeron cuando, por razón de su puesto, estuvo encargado principalmente de la asistencia en la última enfermedad á la egregia dama que compartió con el César Carlos V la posesión del trono más elevado que había entonces en la tierra.

Estudió, como se ha dicho, el latín con verdadero aprovechamiento; siendo prueba exacta de que poseía á la perfección el idioma del Lacio, así como también el griego, que tradujo de este idioma al latín la referida notable obra de la que se han hecho varias ediciones y ha sido tenida en gran estima por los hombres de estudio de todas las naciones, figurando en las bibliotecas de más importancia y mereciendo ser consultada con fruto por los que se dedican á los trabajos históricos. Dicho libro se ha impreso sin el nombre del traductor en las ediciones extranjeras; pero no debe jamás arrebatarse á Laguna el mérito contraído ante la historia con el notable servicio que prestó al dar á conocer esta obra en el idioma entonces admitido en todo el mundo sabio.

## V

Las grandes perturbaciones de Gante, que obligaron al Emperador Carlos V á trasladarse á Alemania, fueron el motivo de que Laguna, siguiendo al Soberano que más importancia tenía en la décimasexta centuria, emprendiese un viaje á la referida nación, donde tuvo sobradas y múltiples ocasiones de ostentar brillantes pruebas de su talento, singularmente en las ciudades de Metz y Colonia, castigadas de una manera horrible por

mortífera peste y por continuadas guerras civiles, en que pugnaban por igual las ideas políticas y religiosas, invadiendo el sagrado del hogar doméstico y ofreciendo todos los desastrosos episodios de fratricida lucha.

A mediados del año 1539 volvió á Segovia, y por entonces fué cuando, en sus bien aprovechadas excursiones botánicas, vió en las jaras de Colmenar la gran abundancia de resina de ládano, que tanto recordó después en algunas de sus obras, y señaladamente en el *Dioscórides*, lo cual indica que á todas partes donde se dirigía era con un fin científico, sin que ningún otro asunto pudiera distraerle ó hacerle dar al olvido su misión de observador de la naturaleza, estudiando incesantemente en sus instructivas y espléndidas manifestaciones.

Consiguió, poco después de recibir el grado de Doctor, que el Emperador le otorgase su augusta vénia para trasladarse á Segovia con el objeto de estrechar en sus amantes brazos á los carísimos autores de sus días, que ya en los últimos años de la existencia deseaban departir con aquel hijo que tanta gloria les diera, y en quien veían perpetuar un nombre que alcanzara los justos honores de indiscutible fama y eterno recuerdo, llegando á pisar el templo de la inmortalidad, tan difícilmente accesible. Pero disfrutó escaso período de tiempo la dicha de hallarse en el paterno hogar donde corrieran tranquilos los días de su infancia, pues el nombramiento de médico de cámara del gran Monarca le obligó á trasladarse á Gante y comenzar otro período de su vida, no escaso en vicisitudes y peripecias.

Ya tendremos ocasión de apreciarlas y ver cuán digno era de los honores y difíciles cargos que desempeñó, y cuánto era el valor de las victorias que obtuvo. A medida que se avanza en el conocimiento de su vida, aumenta el interés por estudiar sus detalles y examinar sus curiosos episodios.



## PARTE SEGUNDA

Presencia de Laguna en Metz.—Su estancia en Colonia.—Peroración que pronunció y sus consecuencias.—Laguna orador.—Carácter especial de Laguna revelado en sus escritos.—Laguna botánico.—Se traslada á Nancy.

### I

El período de su vida más notable, por los honrosos recuerdos y las brillantes huellas que dejó á la consideración de la historia, es el de su permanencia en Metz. Si no tuviera otra multitud de títulos que le enaltecieran y elevaran, bastaría aquella etapa de su existencia para colocarle entre los personajes que han contraído merecimientos excepcionales á los ojos de sus contemporáneos y se han hecho acreedores á que la posteridad les consagre una página de imperecedero renombre.

Con su palabra, su inteligencia, actividad, energía y prudencia, conjuró gravísimos conflictos sociales en aquella ocasión, salvando del incendio y el saqueo de un pueblo amotinado ricos tesoros de arte y de valor científico, siendo un verdadero iris de paz, como el sol que con su luz deslumbradora aparece después de la tempestuosa borrasca.

La memoria que dejó Laguna en Metz no pudo, pues, ser más grata, ni sus recuerdos más lisonjeros y felices. Tuvo gran in-

tervención, con su talento, demostrado de una manera clarísima en su elocuente palabra y fecunda pluma, respecto á la conservación de todos los derechos civiles de los habitantes de aquel país, así como en las victorias de la religión Católica sobre los calvinistas, fiel á las creencias de su primera y sólida educación, inspirada en las ideas de sus mayores y en las tradiciones del país en que naciera, donde se juzga al Catolicismo como la religión única y cierta, y en aquella época incompatible con las demás creencias, siquiera las ideas actuales admitan hoy la controversia y estimen justa la tolerancia de los que disienten en tan delicado asunto.

Conocidos son los conflictos religiosos de aquella época con la rebelión del monje Lutero, que dirigió al Pontífice todo género de insultos, insurreccionó á muchos pueblos y produjo gravísimas perturbaciones que tomaron carácter político, pues era difícil entonces separar este concepto del religioso. De aquí, pues, que el servicio que prestó Laguna en Metz fuera importantísimo, porque aprovechó la buena ocasión para él de haber sido recibido con generales muestras de simpatía, ocupando un verdadero puesto neutral y sin aparecer sospechoso á ninguno de los que militaban en los diversos bandos, por cuyo motivo fué escuchado y sus observaciones atendidas sin reparo alguno.

Las muchas sectas que constantemente nacían eran resultado funesto de la apostasía de Lutero, cuyas desastrosas consecuencias no se detuvieron en los límites de la religión, sino que invadieron asimismo el terreno político, encendiendo una guerra fratricida, tanto más cruel y devastadora, cuanto que no respetaba ni el santuario del hogar ni las afecciones más sagradas é inviolables de los vínculos de familia. El estado de Europa era por todo extremo lamentable, nacido, no tan sólo por los horrores de la guerra, sino también por las calamidades de terribles epidemias y devastadores terremotos. Los ánimos se hallaban dolorosamente impresionados bajo la acción de tan repetidos desastres.

La grandeza de alma de Laguna y su amor entusiasta á la

humanidad, exento de toda sombra de egoismo, se pusieron perfectamente de manifiesto en aquella crítica ocasión, y en tan angustiosos momentos, al emplear su poderosa palabra y su iniciativa enérgica en el servicio de instituciones que juzgaba verdaderas, y sin las cuales eran, en su concepto, incompatibles el orden, la religión, la seguridad individual, la propiedad, la familia y todo cuanto hay de noble y elevado en la esfera social, que necesita para su existencia y prosperidad de tales bases, como ha menester la vida física del espacio, aire, luz, agua, calor y todos los medios que contribuyen á la incesante serie de reacciones vitales, sin cuya realización no hay más que la soledad de las tumbas y el silencio de la muerte.

Y en la vida de este hombre se hallan no pocos motivos de admiración y de aprecio, así como también de curiosidad y de estudio, pues no siempre bogó la barca de su existencia por tranquilos lagos y por serenas corrientes, sino que hubo, como es natural, de sostener luchas, ya con la envidia, que forzosamente había de salir al paso á quien ocupaba puestos que excitaban la emulación y el deseo, ya también con la preocupación y la rutina, con cuyos enemigos ha de contar siempre el médico, y sobre todo el que se halla al cuidado de regios clientes ó elevados magnates, con cuyos caprichos y exigencias hay necesidad de transigir, y en cuyos palacios hay á veces no escasas amarguras que devorar.

Refiérese la siguiente anécdota que le ocurrió en Metz. Parece ser que se hallaba asistiendo á un tudesco en una fiebre pertinaz, y Laguna le ordenó que tomase el vino mezclado con agua. Objetóle el soldado que prefería tomar primeramente el vino y á continuación el agua, á fin de que la mezcla se verificase en el estómago. Accedió el Doctor con natural sencillez, le dió el vino puro y lo bebió el enfermo; mas al ir á ofrecerle el agua, le dijo:—*Bebedla vos, señor médico, pues ya no tengo sed alguna.* Se formalizó Laguna, y en adelante le amenazó con abandonar su asistencia si no era obediente á sus prescripciones. De todas suertes, fué un hecho que no dió al olvido el fa-

cultativo, y que referia como anécdota curiosa del ejercicio de su profesión.

Partió de Metz para Colonia, dejando grata memoria de su estancia en aquélla, por lo cual fueron muy reiteradas las súplicas y continuadas las instancias para que no les abandonase. Sólo consintieron de buen grado en aquella ausencia, con la formal promesa de volver dentro del breve período de tres meses, como cumplió con exactitud.

Esto indica cuán grande era el aprecio que se había conquistado entre aquellos habitantes, á pesar de la circunstancia de no haber nacido entre ellos ni conocer previamente sus costumbres y condiciones.

Volvió á Metz, según había prometido, y por entonces fué cuando asistió á la mujer del verdugo y pudo apreciar la acción fisiológica de algunos narcóticos, de cuyo hecho se ocupa en los *Comentarios al Dioscórides*, y que en su oportuno sitio transcribimos en este trabajo. Por entonces tuvo ocasión de examinar un curioso libro, cuyas hojas eran de corteza de árbol, donde había consignada con letras de oro una donación hecha por Carlo Magno á la iglesia mayor de la ciudad. Poco después se despidió de aquella población, en la que permaneció cinco años, para emprender más tarde, como veremos, su viaje á Roma, pasando por Bolonia.

## II

Se hospedó en Colonia en casa de su amigo el ilustre jurisculto y filósofo Adolfo Eicholtz, Rector de aquella Universidad. Aparecieron por entonces unas relaciones ó avisos de ciertos prodigios acaecidos en Constantinopla por los meses de Junio y Julio de 1542, escritos en idioma italiano, poco conocido en aquella época de los alemanes. Suplicaron á Laguna que tradujese estos opúsculos, como lo verificó, adicionando la



obra con un epitome del origen y vida de los emperadores turcos, hasta Otomano Solimán, y una breve reseña del gobierno y costumbres de aquel pueblo, todo lo cual dedicó á Enrique Stolberg, Deán de la Catedral de Colonia, en 11 de Diciembre de 1542, en cuya capital se imprimieron. Después en Amberes en 1544, y en Maguncia en 1552.

La permanencia de Laguna en Colonia fué principalmente invertida en el estudio de las ciencias naturales, á las que tenía decidida é irresistible vocación. Allí tradujo los libros *De natura stirpium*, de Aristóteles, y los *De re rustica*, de Constantino César, aun cuando estos últimos no los dió á luz por haber salido por entonces otra traducción y haberse, por tanto, anticipado á su pensamiento. En la Universidad de Colonia pronunció un magnífico discurso en latín, el 22 de Enero de 1543, alusivo á las revueltas políticas y religiosas de la época, de cuyas calamidades hizo una exactísima pintura, poniendo de manifiesto los grandes perjuicios que ocasionaban y las desastrosas consecuencias que acarrearían en lo futuro, por lo cual mereció los más entusiastas elogios y la unánime aprobación del escogido concurso á quien se dirigía.

Fué recibido en Colonia con las mayores muestras de aprecio de todas las clases sociales, pero muy particularmente de las personas doctas. A instancia de algunas de éstas, llevó á cabo la traducción de la obra de Aristóteles titulada *De las plantas*, dando con esto á conocer las ideas del gran filósofo de Estagira acerca de los vegetales, muy dignas de ser repetidamente leídas y con detención meditadas por todo el que se dedique á los interesantes estudios de historia de las ciencias naturales. Esta obra la dedicó al Consistorio de Colonia, en muestra de gratitud y reverencia por las muchas pruebas de aprecio que del mismo recibiera.

El 22 de Enero de 1543 tuvo, pues, lugar, en el aula mayor de la Universidad de Colonia, la peroración de Laguna. Concurrieron los Principes de la Iglesia, los Doctores más reputados, todas las eminencias científicas y literarias. Verificóse el acto á las siete de la noche, y á la luz de multitud de antorchas se

presentó en la cátedra con capuz y capirote de bayeta negra, y tituló á su disertación, parodiando á Terencio, *Europa eautontimorumeni*, es decir, Europa que se atormenta.

Su facilidad en la palabra y su elocuencia, digna émula de los más distinguidos oradores, pudieron lucirse ámpliamente en aquella ocasión al pronunciar un discurso que después se publicó y dió á conocer al mundo entero, pudiendo decirse que fué aquel uno de los más solemnes actos de su vida pública y del que guardó imperecedero recuerdo.

La hora en que tuvo lugar tan solemne acto era, como se ha dicho, una de las primeras de la noche. Cubiertas las paredes de la sala con bayetas negras, erigido un túmulo én el centro, rodeado por los lados de fatidicas antorchas, daba todo un aspecto fúnebre y tétrico á la estancia y reflejaba en el exterior el triste estado de aflicción en que los ánimos se hallaban. Laguna se presentó vestido de riguroso luto, cual correspondía á la gravedad del acto, imponente por su aparato, pero más trascendental todavía si se recordaba el motivo que congregaba á tan escogido auditorio en tan especial momento.

Y no hay que decir las dificultades de salir airoso en semejante paso. Lo escogido y grave del concurso, lo crítico de las circunstancias, la facilidad de que las ideas se perturbaran ó no brotasen con la abundancia necesaria en tales casos, para que la palabra sea todo lo fluída y abundante que se eviten repeticiones ó frases inconexas, todo fué satisfactoriamente vencido en aquella ocasión, saliendo de sus labios las oraciones con una limpieza y perfección tales, que pudieran haberse escrito sin tomarse el trabajo de enmendar ni corregir un estilo, que llenaba las condiciones del orador consumado y del hablista modelo.

Jamás han sido puestas más á prueba las condiciones del orador, como en tan crítico momento. Imaginación, abundancia de ideas, afluencia de palabra, voz poderosa y vibrante, acción oportuna y enérgica, todo fué puesto en evidencia en aquella solemnidad y en tan grave compromiso, del cual salió

todo lo airoso que hubiera podido suponerse, y alcanzó el triunfo que debía esperarse en un orador consumado en el difícil arte de la palabra, logrando vencer los muchos obstáculos que se oponen para que el protagonista de tales actos alcance la aprobación y el aplauso de un auditorio que, por su índole, imponía no sólo respeto, sino hasta temor en el que hubiera de dirigirse á tan especial colectividad.

Se conquistó, desde el primer instante, con su talento, las simpatías de todos sus oyentes. Tuvo que ser en aquella ocasión un verdadero artista, para crear con su palabra grandes pensamientos que, por su forma y la brillantez y valentía de su fondo, pudiesen encadenar la tempestad de aquellos ánimos batalladores y fogosos, más atentos y propicios á la lucha que á emprender el camino de la concordia y la paz. Fué oportuno y consiguió dominar las embravecidas olas de un océano tumultuoso, por un esfuerzo de aquella inteligencia, que no sólo brillaba con su pluma, y á la cabecera del enfermo, sino que tenía todo el valor, arrojo, serenidad y calma indispensables para conjurar los conflictos.

En esta oración personifica á la Europa del modo siguiente: *«Eunti dudum ad privata negotia mea, etc.* Poco há, respetable concurso, que yendo á mis negocios particulares, se me presentó una mujer (tal me pareció) miserabilísima, triste, llorosa, pálida, mutilada, con los ojos hundidos, estenuada y asquerosa, cual un paciente de tisis confirmada. Vestida de luto y apoyada en un fuerte báculo, se aproxima, y con voz lánguida y casi imperceptible, me habla de este modo:

—«Afectísimo amigo: Sabiendo el aprecio que siempre has hecho de mí, lo grato que te ha sido mi nombre, y convencida del interés que en mi mayor adversidad te he inspirado, he creído conveniente recurrir á ti, á fin de que tus consejos sean el antidoto, la más eficaz medicina en situación tan lamentable para quien ignora cómo eludir su cierta perdición.

»No hay uno de los que me adoraban, de los que me ensalzaban contemplándome en el apogeo de la felicidad, uno de los que pendían de mi voluntad, que no me mire con ceño y aspe-

reza, que no huya de mí como de una enfermedad contagiosa. Pasan otros sin hacer más aprecio que el de una estatua demolida. Hay quien, divisándome á gran distancia, se aleja más y más, como para evitar un agüero infausto y desastroso. No falta quien ni aun reconoce á la que todos llamaban su auxilio, su protectora. Últimamente, de tantos como enriquecí, ¿quién me da una limosna? A tal grado llega la ingratitud de los hombres. Temo molestarte ó que me abandonen las fuerzas antes de referir mi calamidad. No seré difusa. Yo soy la infeliz, triste y desgraciadísima Europa, que tantas veces admiraste en mi esplendor, la que contemplabas con entusiasmo olvidado de todo, la que deslumbraba tu vista con su hermosura y gracia, la que llamó la atención y se granjeó el afecto de todo el mundo.»

Semejante narración no pudo menos de sorprenderme. ¿Quién creería que un repentino y leve soplo de la fortuna hubiese trasformado así la más linda doncella? Parecía un cadáver animado, una estatua hecha de intento para infundir terror. Tal era su espantoso y tétrico aspecto.

No pude menos, lo aseguro, de compadecer á la que solía felicitar. Pregunté la causa de tal trasformación, y me dijo:

—«A los Príncipes cristianos se la debo.»

—«Ven Europa, ven, no te ruborice haber de presentarte á hombres generosos, nobles y amigos nuestros. Acércate Europa...; pero qué, ¿no responde? ¡Apenas respira, está exánime! ¡Ah! ya vuelve en sí, está cadavérica, fría. ¡Un pomo, vinagre! ¡Europa! ¡Europa! ¡Vuelve en tí, alégrate, saldrá todo á pedir de boca! Visitaremos el palacio del Elector principal del Sagrado Imperio; él sanará tus males, calmará tus dolores; como que favorece á los desvalidos, consuela á los tristes, socorre á los indigentes, viste al desnudo, alimenta al hambriento, recoge al forastero, protege al huérfano y la viuda, y es el curador de las ciencias y establecimientos útiles.»

Personificando á la Europa, supone que pronuncia las siguientes palabras:

«Ilustres varones: Mi sentimiento, mis lágrimas serían menos, toleraría resignada mis ofensas, si sólo fuesen mis enemigos los de los cristianos, si aquéllos maquinasen mi ruina; pero si los mismos á quienes dí el ser, á quienes nutri, á quienes auxilié cuanto pude, que colmé de beneficios y bienes sin igual, los mismos príncipes cristianos convertidos en furias, suscitan la guerra civil, ¿podrá tan acerbo dolor producir en mí más que suspiros y lágrimas? Los dolores de un tumor se mitigan evacuando el pus que contiene; un espíritu angustiado, un alma afligida, se desahoga con el llanto, se alivia con suspiros. ¡Ay de mí! tan pronto desfallezco como me reanimo; soy como el violento fuego sobre el que se vierten pequeñas porciones de agua...»

Hace varias consideraciones mitológicas, y después pone en boca de la misma Europa estas frases:

«¿Quién, pregunto, quién en este mundo más desgraciada que yo? ¿Quién en los abismos más triste, infortunada y calamitosa? Nadie, en verdad, nadie.

»El que un águila arranque las entrañas á Prometeo en la laguna Estigia, el que atormente á Tántalo la rabiosa sed, el que á Ixión le despedace la rueda de agudas puntas, el subir Sísifo continuamente la enorme piedra; comparados estos tormentos con los que sufro, les parecerán un placer.»

Existen en la peroración á que nos referimos párrafos de gran valor, cualquiera que sea el aspecto bajo que se consideren. Es el acabado modelo de orador, cuya elocuencia tiene el no común mérito de la oportunidad, tan difícil de conseguir, y que, por lo mismo, se observa con poca frecuencia.

En el epílogo expone las siguientes consideraciones:

«Olvidan los príncipes cristianos el ejemplo de los cartagineses; no se acuerdan del de los espartanos y atenienses, que labraron su ruina en la guerra civil; no sirve para separarlos de su propósito la sabia respuesta de Tirtesio, príncipe francés, que interrogado por Escipión el africano, porque Numancia, antigua ciudad de España, siempre invencible, al fin había sucumbido, respondió: *Vencieron unidos, discordes se esclavi-*

zaron. Olvidan las palabras de la Sagrada Escritura, que dice: *No hay fuerza en la desunión.*»

Añade también que, á pesar de que blasonan de cristianos, ponen en olvido las máximas evangélicas y con su conducta provocan la cólera del cielo.

Censura enérgicamente la conducta de los ejércitos beligerantes. Ambos llevan como enseña en su estandarte la Cruz, sin otra diferencia que el color de la misma, y, por tanto, es muy digno de recriminación el que se hallen movidos por un espíritu de exterminio, cuando todas las obras del Divino Autor, lo mismo los lejanos astros que giran en el espacio, que el invisible insecto y la insignificante planta, se halla sujeto á leyes armónicas, al paso que el hombre, dotado de inteligencia y raciocinio, se goza en las guerras, asesinatos, revoluciones y en todos los medios de destruir y aniquilar á sus semejantes. Todo esto lo expone con la mayor elocuencia y haciendo ver las terribles consecuencias de aquella lucha exterminadora, sin razón y sin motivo de disculpa.

### III

Laguna tiene un puesto indiscutible en la galería de españoles célebres. Su vida fué una epopeya no interrumpida de trabajo fructífero y útil, en el concepto de verdadero progreso y adelanto científico, marcando huellas indelebles de su paso y abriendo nuevos horizontes en las especialidades á que se consagró. Los admirables resultados que obtuvo en su carrera los debió, sin duda, á la grande aplicación y tenacidad en el estudio, al propio tiempo que á la metódica preparación en los conocimientos fundamentales para dedicarse con buen éxito á cualquier género de profesión científica, ó sea á esos rudimentos iniciadores, que ingratos á los jóvenes principiantes, son la

base fundamental de los estudios serios de una ciencia. Son las llaves que abren sus anchurosas puertas.

Sus pensamientos se cernían más alto que las ideas de la generalidad. El alcance de sus planes, la síntesis de su inteligencia, la generalización de sus concepciones, abrazaba horizontes más amplios y no se contentaba con las explicaciones deficientes y erróneas que de muchos asuntos se daban en su época y pasaban como corrientes y admitidas por todos. Así es que, aunque forzosamente tenía que pasar por alguno de los errores de su tiempo antes que oponerse á la opinión de todos, no era, sin embargo, sin protestar ni hacer las observaciones que juzgaba oportunas, ni presentar de relieve lo que conceptuaba fuera del verdadero cáuce científico y de las inflexibles leyes del buen sentido y de la lógica de las grandes ideas.

Su carácter, hasta cierto punto humorístico, se revela en sus escritos de un modo patente. Mezclaba la sátira con lo formal y serio de una manera sumamente oportuna y discreta, de tal suerte, que en la lectura de muchos párrafos se halla grato solaz al propio tiempo que la revelación de la ciencia, en donde, si bien es cierto que muchas ideas son hoy inadmisibles en el actual estado de progreso y adelanto de los conocimientos, no hay que perder un instante de vista que fueron escritas hace más de tres centurias y, por tanto, es en la historia donde tienen su gran importancia y su interés primordial, para demostrar, por medio de la comparación, el inmenso camino recorrido en unos casos y el relativo quietismo ó lentitud suma en el progreso, en otras ocasiones.

En Migdelburgo, en Zelandia, pudo observar por entonces que también aquellos mares producen irisantes perlas, como apreció al comer un pez que alojaba en su interior una bastante gruesa, que estuvo á punto de ahogarle, cuya circunstancia refiere en los *Comentarios de Dioscórides*.

Considerando lo mal traducida que estaba la *Historia filosófica de Galeno*, corrigiéndola detenidamente, y puso en buen latín la denominada *Physca*, dando á las ideas del ilustre médico del

siglo II la interpretación verdadera y genuina y el sentido recto y conveniente que tenían, á fin de que dicha obra, al ser leída, no pudiera ser erróneamente juzgada.

#### IV

El modo de propagación de los helechos y la fecundación de las plantas fanerógamas, fué ya conocido por Laguna, lo cual es muy notable en aquella época, en que había tantos errores y tan extrañas ideas acerca del particular. Pero debe rectificarse, sin embargo, la creencia, consignada en alguna obra, de que fuera el iniciador del sistema sexual de plantas de Linneo, pues este ilustre sabio dió á conocer su clasificación en 1737; y aun cuando Cesalpino ideó una manera de estudiar las plantas á fines del siglo XVI, y Tournefort, en 1694, dotó á la ciencia de un plan de clasificación de vegetales, corresponde al ilustre sueco la gloria de un adelanto notable en la filosofía de la ciencia y en sus estudios taxonómicos.

Pero es indudable que dió á conocer ideas fisiológico-botánicas importantes.

La prueba de que tenía conocimiento de los sexos y modo de fecundación de las plantas, se halla en el siguiente pasaje del *Epitome de Galeno*:

«*Reperitur etiam ut in animalium generibus, sic sexus uterque in stirpibus... si ex fragantia masculi portio aliqua at feminam ventorum, beneficio pervenerit, ipsius feminae, fructus cito ad maturitatem perveniunt.*»

No deja de tener importancia científica este conocimiento en aquella época, demostrando que quien lo poseía era observador profundo de la naturaleza y tenía suficiente inteligencia para saber interpretar con exactitud los hechos. Debe, pues, consignarse el descubrimiento de Laguna en la historia de la botánica, para gloria de nuestra nación.



Porque el estudio de las plantas criptógamas es uno de los asuntos que ofrece, en botánica, mayores dificultades. Figuran dichas plantas en número inmenso, y todos los días se están haciendo nuevos descubrimientos y trabajos de gran mérito en el conocimiento de las mismas, acerca de cuya organografía, fisiología y papel que desempeñan en lo que se relaciona con la vida humana, tanto hay que saber. Por eso es muy de celebrar y merece alta consideración, la circunstancia de haber Laguna determinado la manera de propagación de los helechos, que hasta entonces era confusa y con graves y trascendentales errores.

Atribúyesele poca práctica en el conocimiento específico de las plantas. Pero este defecto es menos grave, si se atiende á que propagó en nuestro país los estudios botánicos, presentándolos en el estado rudimentario y deficiente de entonces; mas no por eso menos meritorio en quien logró la realización de tan feliz idea. Por otra parte, conocer muchas plantas se alcanza con los paseos instructivos, las herborizaciones, las reiteradas visitas á los jardines botánicos, todo lo cual no es muy difícil y, por tanto, se adquiere con alguna constancia faltándole á Laguna muchas veces tiempo material para dedicarse con toda la asiduidad debida á tan útiles trabajos, para los cuales, si poseía grande afición, se hallaba á veces imposibilitado de llevarlos á cabo. Así es que no por eso puede despojársele del título de botánico, adjudicado por la pública opinión.

Sin embargo de no ser el concepto botánico en el que más se distinguiera Laguna, le cita el gran Cavanilles en un *Discurso sobre algunos botánicos españoles del siglo XVI, leído en el Real Jardín Botánico al principiar el curso de 1804* (1), con gran elogio, puesto que dice que tradujo el *Dioscórides* y lo enriqueció con preciosas anotaciones y publicó—añade—otros libros donde *habla de la fecundación de los vegetales con más claridad que sus coetáneos y predecesores*, poniendo sus trabajos al nivel

(1) Folleto en 8.º de 42 páginas

de la importancia de los de Bernardo Cienfuegos, cuyas obras inéditas se conservan, cual precioso tesoro bibliográfico, en los manuscritos de la Biblioteca Nacional.

Consideró Laguna á las plantas dotadas de cualidades morales (en sentido figurado, se entiende), diciendo que se podía demostrar en ellas equidad, justicia, benevolencia, paciencia, valor, sufrimiento, religión y libertad. La justicia y equidad, porque no invaden el terreno ajeno; la benevolencia y fraternidad, porque abrigan y sostienen á las que no quiere la tierra (musgos y líquenes); paciencia, porque algunas, como los robles, consienten que otras se apoderen de su copa y lozanía; valor, como en la palmera, que por mucho peso que la echen se dobla, pero no se vence; cariño, en la misma planta, porque cuando la separan de su compañera se aniquila y muere; religión, porque muchas se inclinan al Oriente y siguen al sol para adorar al Autor de la naturaleza; liberalidad, porque dan todo lo que poseen, sin reservar nada para sí; y, por último, sufrimiento en la adversidad, como la caña, que cede á los vientos impetuosos sin quebrarse. Todo esto lo refiere en una de sus obras.

En medio de que las anteriores frases son producto de una imaginación viva y sólo pueden considerarse como expresiones figuradas y metafóricas, no dejan de tener una gran significación en el concepto de su entusiasmo por la ciencia de los vegetales y por el conocimiento de las plantas, á cuyo estudio se consagró con toda la asiduidad compatible con sus tan variadas como heterogéneas ocupaciones y diversos asuntos á que consagró su actividad incesante y su juicio reflexivo. No podía denominársele consumado botánico, pero nadie le disputará el dictado de entusiasta por esta ciencia y conocedor de las grandes ventajas que reporta.

V.

El Duque de Lorena le hizo comparecer en Nancy en 1545, á consecuencia de un padecimiento tenaz que se hallaba sufriendo dicho personaje, y deseoso de ser asistido por Laguna, cuya fama y reputación iba creciendo incesantemente, con gran justicia: porque la opinión pública podrá á veces engañarse en sus juicios; pero cuando de un modo tan unánime y repetido se aprecia el valor de un individuo, respondiendo en todas ocasiones al elevado concepto que del mismo se ha formado, es prueba indudable de que su mérito es verdadero y hay fundamento formal para que sobresalga del nivel de las gentes y ocupe un puesto honroso entre los que le rodean y ensalzan.

El Duque falleció el 12 de Junio de 1545, *tabescens ac leniter deficiens* (1), es decir, á consecuencia de envenenamiento, cuya curación se resistió á los cuidados de los médicos. Ocurrió por entonces un incidente digno de mención. Un día que fué Laguna á visitar al Duque, se presentó el Concejo á pedir justicia contra un matrimonio anciano que vivía en una ermita de las afueras y eran brujos y malhechores, quemaban las mieses y daban muerte á los ganados. Presos los acusados y sometidos al tormento, confesaron su delito, y además el de haber dado muerte al padre del Duque y producido á éste la grave enfermedad que padecía. Preguntados por la causa de este crimen, dijeron que era por no haber querido S. E. lavarles los pies y darles un vestido el Jueves Santo; y entonces, por instigación malévola, le inficionaron de tal suerte que fuera imposible su curación. La vieja fué condenada á la hoguera y el

(1) Rosures.—*Historia de Lorena.*

viejo convenientemente vigilado se le perdonó la vida, pero apareció ahogado á los pocos días. En el *Dioscórides* se habla también de este particular.

La reputación de Laguna no padeció en lo más mínimo por no haber triunfado de la enfermedad del Duque de Lorena, ni fué obstáculo este resultado á que reconociesen todos su ciencia, cuidados y esfuerzos, que se estrellaron ante lo imposible y tuvieron que rendirse á la ley de lo inexorable.

## PARTE TERCERA

Laguna, médico de los Papas Paulo III y Julio III.—Su estancia en Roma.—Trasládase á Amberes.—Cualidades que resaltan en Laguna.—Carácter que distingue al siglo XVI, por lo que se relaciona con el personaje biografiado.—Síntesis de la vida de Laguna.

### I

En todos los puntos de Italia cundió prontamente la fama de Laguna, y fué desde luego conocida la importancia de sus opiniones y las relevantes dotes de que se hallaba adornado, puesto que no tardó en recibir señaladas pruebas de aprecio y estimación. En este número se halla el título de Doctor y el diploma de maestro con que le honró la Universidad de Bolo-  
nia, de cuya escuela han brotado tantos sabios y ha sido plantel de generaciones ilustres, que han llenado el mundo con su nombre y merecido el respeto de todas las personas cultas. Por ese motivo era tanto más digna de aprecio una recompensa que no se prodigaba ni aun otorgaba fácilmente á los que careciesen de bien probados merecimientos y de títulos suficientes para alcanzar tan señalada honra. Desempeñó en dicha escuela el cargo de profesor, hasta que le llamó el Emperador para llevarle consigo á Roma.

Era el mes de Diciembre de 1545 cuando Laguna pisó por

vez primera el suelo de la capital del mundo católico. Precedido de la gran fama adquirida en otros países y de la reputación que sus actos como ciudadano y como médico le conquistaron en el tribunal inapelable de la pública censura, no es de extrañar que fuese prontamente solicitado por las personas de mayor categoría y por las primeras dignidades, llegando á fijar la consideración del mismo Pontífice, que deseaba apreciar y conocer personalmente al individuo cuyos merecimientos habían de tal suerte llamado la atención.

El Pontífice, que tuvo á su cargo la difícil y elevada empresa de presidir el Concilio de Trento, y que subió á la Silla de San Pedro rodeado del prestigio que entre los sabios teólogos adquiriera, no tardó en conocer el mérito del médico español, á quien bastaba solamente oír por vez primera para formar el juicio exacto de sus aventajadas dotes, y la alta idea de su ilustración y cultura, no limitadas en modo alguno á los linderos de su profesión, sino que se extendía por más amplios horizontes y más extensas regiones.

No terminó su prestigio y valimiento en la corte romana con la vida del Pontífice, pues á la muerte de Paulo III fué nombrado por su sucesor en la Sede, Julio III, no sólo su médico de cámara en 1550, sino que también llegó á ser uno de sus secretarios privados, sin por eso dejar de prestar servicios como facultativo á muchas personas, y cuidados y consuelos á los que demandaban sus auxilios; todo lo cual era compatible con las ocupaciones destinadas al bufete, y el no escaso tiempo que consagraba á la enseñanza, brillando igualmente en todas las manifestaciones de su actividad y los ejercicios de su superior inteligencia.

Médico, pues, de Julio III, llegó á adquirir la confianza y el aprecio de aquel Pontífice, antes conocido con el nombre de Juan María Giochi y que, á pesar del corto tiempo que permaneció en el sólio, porque sólo fué el espacio de cinco años, comprendidos desde 1550 á 1555, dejó huellas de su paso por tan altísimo puesto, el más elevado de la humanidad, restableciendo el Concilio de Trento, interrumpido desde la muerte de Pau-

lo III, y concediendo á los jesuitas la facultad de absolver á los herejes de las penas temporales. Mereció Laguna del Papa no pocas muestras de aprecio, llegando á ser, no sólo su médico, sino uno de sus predilectos y favorecidos amigos, en quienes el Jefe visible de la Iglesia consideraba al hombre de inteligencia y conocimientos superiores.

Prueba de ello es que continuó dispensándole favores y confianza iguales á las que recibiera de su antecesor Paulo III, de quien Laguna obtuvo, como premio á los relevantes servicios que á la religión Católica prestara, los títulos de Caballero de la Espuela de oro, Conde palatino y Soldado de San Pedro, cuyas honrosas distinciones, pertenecientes á una Orden de Caballeros instituida por León X en 1520, le fueron otorgadas en 28 de Diciembre de 1545; todo lo cual constituía una serie de pruebas del aprecio y cariño que con sus actos supo conquistarse de aquél que es mirado como la representación de Dios sobre la tierra, y cuyos decretos son, por tanto, inspiraciones divinas, aun en esta época de libre pensadores.

## II

Su estancia en Roma no fué perdida en modo alguno para la ciencia. En medio de aquella población, esencialmente monumental y artística, donde varias generaciones han dejado las honrosas huellas de su inspiración y fantasía, como si quisieran acumular en un sitio los frutos del genio, no cesó un instante Laguna de dedicarse al trabajo, procurando hacer que no fueran estériles para su carrera y contemporáneos lo que se presentaba á su contemplación y el cúmulo de útiles datos que adquirió en sus visitas á las bibliotecas y museos, en donde había multitud de tesoros, cuyo precio supo aquilatar y cuyo valor tuvo muchos motivos de conocer.

Cerca de San Juan de Letrán recogió algunas plantas úti-

les, y en la Trascada, ó sea los antiguos campos tusculanos, recolectó preciosos ejemplares. Adquirió por entonces de unos lapidarios unos pedazos de electrón (succino) purísimo, uno de ellos con un insecto en el interior, parecido á un mosquito, y en el otro con una mariposa. El Maestre Gilberto, muy su amigo, le regaló un pedazo de cinamomo, hallado en el sepulcro de la Princesa María, hermana de los Emperadores Arcadio y Honorio; el Licenciado Fuentes, Cirujano de Nápoles, le envió una caja de mumia que había encontrado en la isla de Nicita en un sepulcro de mil quinientos años de antigüedad, recolectando otros ejemplares curiosos y de importancia científica é histórica.

La edad en que fué á dicha capital; sus estudios en los centros docentes á que acudió; la sed de novedades y de impresiones en que se hallaba; la educación que recibiera en sus años primeros, todo constituía un conjunto de circunstancias abonadas para que su imaginación y su inteligencia estuviesen satisfechas, rodeadas del arte y de la historia, para contemplar á sus anchas cuanto había en torno suyo, é interpretarlo con la perspicacia de que se hallaba dotado, analizando con minuciosidad cuanto se ofrecía, al modo que claro prisma descompone la blanca luz en el artístico espectro.

En Roma invertía provechosamente el tiempo, dedicándose á la pública enseñanza y al ejercicio de su profesión, figurando entre sus clientes, entre otras personas distinguidas, el Cardenal D. Francisco de Bobadilla y Mendoza; pero sin abandonar nunca el estudio de los clásicos griegos, por los cuales tenía extraordinaria afición, encontrando siempre en sus páginas nuevos motivos de estudio é ideas no aprendidas; por lo cual no es de extrañar que pasase las horas que su trabajo le consentía en un estudio que le proporcionaba deleite é instrucción, dados los buenos conocimientos que poseía del idioma griego, para poder saborear todas las bellezas de tan estimables autores.

Doce años próximamente permaneció en Roma, donde pudo, en efecto, admirar y detenidamente apreciar todos sus



monumentos, en los cuales puede decirse que se halla escrita la historia de aquel gran pueblo donde, á pesar de los cataclismos políticos y materiales, se han salvado tantos testimonios de grandeza á través de los cuales puede hacerse una excursión histórica que comprenda muchos siglos, cual lo han verificado ingenios de primer orden, legando á la humanidad preciosos detalles desconocidos é ignorados.

En aquellos prodigios arquitectónicos pudo estudiar. Laguna, como toda persona de inteligencia y cultura superiores, la historia y vicisitudes de la ciudad que por tantos conceptos merece ser conocida y estudiada, y que tantas enseñanzas encierra en cada uno de sus edificios y donde quiera dirija sus miradas el observador curioso. En Roma se hallaba indudablemente satisfecho su deseo de saber y su espíritu de observación.

La multitud de monumentos en donde cada mirada es seguida de una novedad, por muchas que sean las visitas á los mismos sitios; las ricas bibliotecas y las grandes manifestaciones artísticas, juntamente con las simpatías que inspira á todo español aquel brillante cielo y luz espléndida, muy parecidos á los hermosos é iluminados horizontes de nuestra patria: y hasta el dulcísimo idioma del Dante, afine á las armoniosas cadencias castellanas, y las huellas del influjo español en muchas partes de la ciudad, eran motivos para que persona de sus condiciones viese sus deseos satisfechos y sus aspiraciones cumplidas con la permanencia en aquel gran centro.

La estancia en Roma le inspiró gran número de ideas útiles, que se reflejan en las páginas de sus obras. El trato de gentes, la vista de monumentos y de objetos naturales, los recuerdos históricos encerrados en la gran ciudad, la meditación continuada, en medio de aquella atmósfera y rodeado de tales elementos, había de dar forzosamente resultados brillantes y producir frutos de imperecedero recuerdo, donde se hallaran señaladas las huellas de una superior inteligencia que, donde quiera que dirige su actividad, brotan fuentes inagotables de ingenio y de provechosa enseñanza.

No podían pasar desapercibidas y ser examinadas de ligero, para un hombre observador, todas las maravillas de arte y todo el conjunto de objetos que son vivos testimonios de la historia de la humanidad en muchos de sus períodos más brillantes, y páginas siempre abiertas de interesante libro, dispuesto á enseñar á toda hora de un modo elocuentísimo; porque habla, no sólo á la inteligencia, sino al sentimiento, pues su lenguaje es de los que inspiran el atractivo de la belleza y las simpatías de todo lo que se halla rodeado por la brillante aureola de la poesía y el arte.

Aquel espíritu observador, aquella inteligencia tan perfectamente educada para recibir y apreciar impresiones, no podían, pues, permanecer ociosos, ni serles indiferente la vista de tanta maravilla artística y de tantos tesoros de ingenio y fuentes de inspiración. Por eso en sus obras, en sus relaciones, en todos los casos que hallaba motivo de manifestar admiración y respeto á lo que en Roma observara, se ven marcados los gratos recuerdos que en su mente dejó la permanencia en la gran ciudad, donde trascurrieron para él días muy felices de su existencia, compartidos entre el estudio, la contemplación del arte y el cuidado de sus egregios clientes, de quienes recibiera pruebas de aprecio y amistad capaces de envanecer á otro que no tuviese la modestia y el buen juicio del insigne español cuya biografía escribimos.

Los monumentos, las columnas, los arcos, los obeliscos, los escombros y las ruinas de Roma, son otros tantos libros de curiosa historia y de anedóctica leyenda. Las inscripciones, difícilmente legibles, en las oscuras piedras, son un rico archivo para conocer noticias de las generaciones que vivieron treinta y siete siglos atrás. El viajero puede visitar en las afueras las orillas poéticas en que estuvo la cuna de Rómulo, así como el Monte Sacro, testigo de tantas convulsiones y revueltas políticas, y en la cumbre del Capitolio, donde estaba la célebre roca Tarpeya, como igualmente otra multitud de recuerdos de un pueblo que ostentaba las grandezas de todo el mundo conocido, desde el Egipto, que suministraba modelos para sus obeliscos,

hasta el África, que enviaba las fieras destinadas á sus anfiteatros.

Imposible no sentir profunda emoción ante la vista de las maravillas artísticas de aquella ciudad.

Sus cuadros representan toda la historia admirable del arte pictórico, con sus épocas de prosperidad y decadencia. Las riquísimas galerías del Vaticano; sus portentosos frescos, sus lienzos de casi todas las escuelas y autores; la riqueza de belleza artística derramada por aquellas galerías; las obras que brotaron del genio inmortal de Miguel Ángel, contemporáneo de Laguna, aunque veinticuatro años más joven éste que aquél, todo influía en el ánimo del inteligente español para rodearle de una atmósfera de arte á que no podía permanecer ajeno en modo alguno.

Porque el hombre dotado de condiciones de observador y crítico, halla en todas partes motivos donde ejercer sus dotes y presentar los resultados de su inteligencia. Así es que, para Laguna, fué de gran provecho el viaje que realizó á la gran ciudad, donde cada día trascurrido allegaba nuevos materiales para el edificio que había de salir de su ingenio, tan admirable como aquellos monumentos y joyas que brotaron de tantos artistas, y que el hombre de ciencia aprovechaba para tomar los datos necesarios en el ejercicio de su carrera y para imprimir el grado de adelanto que se propuso á los estudios á que se consagró con tanto afán.

Asistió más de una vez á la imponente solemnidad de la bendición *urbi et orbe*. Se halló confundido entre aquella multitud de la plaza de San Pedro, en sereno y clarísimo día de Abril, cuando iluminado el horizonte por los resplandores de un sol espléndido, pudo observar tantos miles de personas de distintos países, vistiendo diversos trajes y hablando diferentes idiomas, todos atentos al balcón de la gran basilica, en que aparece el Pontífice revestido con los atributos supremos del sacerdocio y dirige sublimes palabras, que llegan á todos los oídos y repercuten en todos los corazones en una época en que las creencias religiosas tenían tan poderoso arraigo.

En su tiempo se hallaba en construcción la gran basilica de San Pedro, cuando el ilustre Miguel Ángel, ya octogenario, tomó bajo su dirección la responsabilidad de continuar las obras de la primera catedral del mundo católico, que, á partir de entonces, cambiaban de rumbo, siguiendo distinto plan del anterior arquitecto Sangallo y dando al templo la forma de cruz griega que hoy tiene. Por aquella época formóse en Roma una asociación, á la cual no fué extraño Laguna, que se componía de Príncipes y personajes de las primeras naciones del mundo, con el fin de aumentar el fondo de limosnas para la fábrica de San Pedro y contribuir, cada cual en la medida de sus fuerzas, á la realización de tan gigantesca obra, que puede denominarse el primer monumento del mundo, en el cual han dirigido al Altísimo sus oraciones los católicos por espacio de quince siglos.

Pudo ver, cuando apenas brotaron de su inimitable paleta los portentos del gran Rafaél, cuya fugaz existencia no fué obstáculo á immortalizar su nombre con el *Pasmo de Sicilia*, que posee el Museo de Madrid y con los inimitables frescos del Vaticano, que pueden considerarse como acabado modelo de la pintura, en la *Teología*, la *Filosofía*, la *Jurisprudencia* y la *Poesía*, donde se ven representados: en la primera, los dogmas y principios fundamentales de la Religión; en la segunda, la escuela filosófica de Atenas y los sabios que la dan vida; en la tercera, los juriconsultos y Pontífices creadores de las grandes fuentes del Derecho en el *Digesto* y en las *Decretales*; y, por último, la Poesía representada por Apolo en medio de las Musas, ocupando la cima de una montaña, á cuyo pie corren las cristalinas aguas de la fuente de Castalia y en la cumbre se ven frondosos laureles, cuya sombra produce la inspiración y la belleza.

El Tusculano, sitio de las inmediaciones de Roma donde se hallaba la granja que alcanzó gran celebridad por haber sido la residencia de Cicerón, era el punto cuya soledad y encantos brindaban soberanamente á Laguna para dedicarse á sus escritos y entregarse á sus favoritas elucubraciones, sintiéndose

doblemente inspirado y con gran aptitud para los trabajos literarios y de meditación. Allí fué donde escribió, entre otras cosas, la *Vida de Galeno* y pudo leer detenidamente sus obras, para extractarlas con acierto y oportunidad y dar después á luz pública el *Epítome*, que adquirió la reputación y fama que indudablemente merecía por sus buenas condiciones.

### III

La muerte de Julio III, acaecida en 1555, fué la causa de que abandonase Laguna la ciudad de Roma y se dirigiese á Amberes, donde no le faltaron tampoco motivos y ocasiones en que distinguirse para merecer el aprecio de los habitantes de aquel país. Allí fué donde hizo estudios notables acerca de la epidemiología, que publicó más tarde y que le sirvieron no poco para muchas de las apreciaciones que consignó en diversas obras, como resultado de una experiencia bien aprovechada y de haber aprendido en la práctica lo que jamás se olvida, puesto que va revestido del prestigio y exactitud de los datos experimentales y comprobados.

Después de la muerte de Julio III abandonó, pues, Laguna, á Roma. Trasladado de allí á Amberes, á poco tiempo de su llegada se desarrolló una mortífera epidemia, y tuvo motivo de poder demostrar una vez más hasta el punto que llegaba su ciencia, desinterés, celo, valor y caridad, asistiendo á los que se vieron atacados por la cruel dolencia. Entonces escribió su tratado sobre aquella peste, consignando gran número de datos clínicos que observó en los muchos enfermos que se hallaron á su cuidado, queriendo que no fuesen perdidas las multiplicadas y muy útiles observaciones que recogiera en aquella honrosa y célebre campaña, de la cual no puede menos de tomar acta la imparcial historia.

Su vida fué una verdadera peregrinación para el estudio y



una interesante epopeya del trabajo intelectual. Porque donde quiera que acudía, encontraba motivos de aplicación y asuntos dignos de ser meditados y conocidos. Los monumentos, las bibliotecas, los grandes fenómenos naturales, la vida que se cernía en torno suyo, la tierra que pisaba, la planta que crecía en la humilde ladera, eran otras tantas causas en que su actividad se ejercía y á que su ansioso espíritu de investigación se entregaba, en la seguridad de hallar ancho campo á sus deseos, como el ave se lanza majestuosa á los aires en los que vive y halla elementos de desarrollo y expansión.

Las amistades que contrajo fueron en número no escaso, procurando siempre, como realizó, en efecto, ser fiel á los que diera el título de amigos, sin jactancia ni vanagloria de los favores que les otorgase, ni tampoco aparecía con muestras exageradas de afecto, rayanas en la hipocresía, que, si bien á muchos entusiasman, no son siempre la señal infalible de las expresiones del corazón. Era en esto el verdadero castellano viejo, sencillo y desprovisto de afectación, pero, en cambio, verídico é ingénuo, esclavo de su palabra y exacto cumplidor de sus compromisos y deberes.

En Venecia entabló relaciones con un sujeto, que regresaba de Armenia provisto de gran abundancia de plantas medicinales, entre ellas el *cardamono*, de cuyos efectos pudo enterarse detenidamente. En aquella ocasión observó también el *cálamo aromático*, y más tarde, en los Alpes de Génova, recolectó el *nardo céltico*; todo lo cual sirvióle en gran manera para sus estudios y lo utilizó en las obras que dió á luz, enriqueciéndolas con datos originales de gran valía, dando á muchas sustancias el valor y significación que les eran propios, ó rectificando ideas erróneas y confusas.

En su mente bullían sin cesar, cual pensamientos vagos, las ideas que no tardaba en dar forma su incansable actividad y constancia modelo. No eran como esas fantásticas imágenes que ve la juventud en sus dorados sueños de ambición, para después desvanecerse como fugaces sombras. Aparecía en su cerebro una idea, y acto continuo era sometida á la prueba de

su realización, basada en hipótesis formales, empleando toda su actividad en llevarla á cabo y no descansando hasta darla cima y verla coronada, si no por el éxito, cuando ménos por haberse formado al calor de una fe inquebrantable y de un deseo constante y sin desmayos.

Los viajes fueron para Laguna un motivo de estudio y un gran elemento de instrucción.

El trato con personas de distintos países y de categorías diversas, la vista de horizontes variados, las excursiones á sitios en que la naturaleza brinda con productos á cual más distintos y en donde pueden admirarse las grandes manifestaciones naturales, la posibilidad de consultar á sabios eminentes y de leer preciosos libros y raros manuscritos, no hay que dudarlo, son un conjunto de poderosos elementos, cuya resultante ha de ser el fruto sazonado y la obra concluída del hombre ilustre y digno por tantos títulos de ser escuchado con singular atención y con extraordinario respeto.

Á pesar de haber alcanzado grandes distinciones y ser objeto de las deferencias de magnates y Príncipes, no se dejó arrastrar por la vanidad, ni se olvidó un momento de que el hombre de ciencia debe ser siempre modesto, si ha de estar verdaderamente poseído de su misión; pues cuanto mayor sea el caudal de conocimientos adquiridos, es más firme la convicción de que le falta mucho que saber y no poco que alcanzar en esos vastos é inacabables horizontes de la ciencia, semejantes á los extensos é insondables mares, en cuyo seno siempre se hallan nuevos y sorprendentes descubrimientos.

Alcanzar tan gran celebridad en toda Europa, subir de tal modo en el concepto público y pronunciarse su nombre con singular elogio en todas partes, en época en que los libros que salían á luz eran todavía escasos y casi desconocido el periodismo, que lleva y propaga en sus columnas las ideas con la rapidez con que se conciben, indica que había grandes motivos y poderosas razones para que la sociedad de entonces adjudicase tan preciada distinción y tan señalado premio al hombre insigne que por su trabajo, su ingenio, su carácter, sus

obras y su ciencia, se colocaba en primera fila y descollaba entre la generalidad de sus compañeros y de las personas de alguna ilustración y cultura.

#### IV

El siglo en que Laguna floreció fué no poco crítico respecto á ideas filosóficas y médicas. De una parte luchando con la superstición, envuelta y disfrazada con los nombres de cábala y de magia, y por otro lado la alquimia con sus exageraciones, que se hallaba en todo su auge, constituían un sinnúmero de obstáculos al progreso, y á veces hasta de peligros para el hombre de ciencia que lanzaba alguna novedad, casi siempre mal acogida y á veces con grave peligro para el atrevido innovador. Sin embargo, comparado con anteriores periodos, ya empiezan á vislumbrarse los primeros fulgores de una era de adelanto y progreso, y el comienzo de nuevos rumbos para encontrar por otros derroteros las verdades que al andar de los tiempos tantos beneficios habían de producir y tantos asombrosos adelantos realizasen.

Entonces aumentó el gusto por la literatura griega, debido á la influencia producida por los griegos, que, arrojados de Constantinopla, fueron á esparcir sus doctrinas por varios puntos de Italia, por lo cual se restauró la medicina hipocrática, hasta el punto de que los médicos casi no leían más obras que las de Hipócrates y Galeno, mientras que los filósofos se entregaban por completo á las profundas concepciones que brotarán de los privilegiados genios de Platón y Aristóles, verdaderos titanes de la inteligencia que admirará eternamente la humanidad. Semejante influjo no pudo menos de producir notables adelantos, principalmente en las ciencias de observación, á las cuales se dedicaba Andrés Laguna de preferencia, sirviéndole sus estudios filosóficos para poder discurrir



con notable acierto y dar el verdadero valor y la significación genuina á los hechos que en el gran libro de la naturaleza estudiaba y leía.

Mas también empezaron á surgir entonces grandes divisiones y profundas diferencias entre los médicos, formándose varias sectas, en las cuales unas seguían fidelísimamente las doctrinas del oráculo de Cos, mientras que otros proclamaban cierta libertad de pensar, sin someterse á determinados principios autoritarios. Por eso aparecieron tantos reformadores, sosteniendo algunos las más absurdas y peregrinas doctrinas, en todas las ramas del árbol de la ciencia médica. La alquimia adquirió gran vigor y preponderancia, y los astrólogos y adivinos no eran tampoco extraños á muchas de las controversias médicas, por cuya razón influyeron algún tanto en su modo de ser en la época citada.

Comenzó en aquel tiempo á iniciarse en España una favorable reacción, emanada de los poderes públicos, en pro de las clases populares y humildes, antes olvidadas y proscritas, dando participación y considerando al mérito donde quiera que se hallase, y no siendo obstáculo un origen desconocido y oscuro para elevarse á las más altas dignidades, con tal de que demostrase el que alcanzaba esa distinción poseer las excepcionales y difíciles condiciones á que tenía forzosamente que someterse el que salía triunfante de las pruebas por que había de pasar por necesidad.

Refiriéndonos á nuestra nación, el siglo xvi fué brillantísimo en la historia de la Medicina española y de todas sus ciencias auxiliares. Engrandecida y unificada la Monarquía, comenzó en todos los conocimientos un período de progreso que superó en gran manera al manifestado en las demás naciones. Los españoles fueron buscados para ocupar importantes cátedras en Universidades extranjeras; los nombres de Fray Luis de León, Argensola, Herrera y Garcilaso, son otros tantos títulos de gloria en la literatura patria, del mismo modo que Mariana y Mendoza en Historia, Nebrija y Francisco Sánchez en Humanidades, Monzón en Matemáticas, Alonso Barba en Quí-

mica, inventando medios para obtener la plata de los minerales; en Astronomía, Córdoba; en Filosofía, el ilustre español Ginés de Sepúlveda y el gran Luis Vives, y en Derecho el eruditísimo Covarrubias. En este período figura, pues, el personaje Laguna como digno representante (dentro de su esfera), en la profesión á que se dedicó, de la pléyade de grandes hombres que surgieron en un período en que la humanidad se mostraba tan pródiga de ingenios titánicos.

A Laguna puede estudiársele con arreglo á la época en que vivió, en la edad llamada por Renouard *de renovación*, que comienza en el siglo xv y concluye en nuestros días, así denominada por ser efectivamente una época en que las sociedades parecen descartarse de todas sus antiguas creencias y empezar una era de novedades y progresos. Dentro de esta misma edad hay dos períodos: el llamado erudito y el denominado reformador, comprendiendo el primero los siglos xv y xvi y el segundo los xvii y xviii, dejando naturalmente al juicio de la posteridad los hechos que tienen lugar en la presente centuria. Al período erudito es donde corresponde colocar á Andrés Laguna, y allí, por lo tanto, es el sitio en que la historia debe consignar sus hechos y hacer su crítica.

En la décimasexta centuria se fundaron cátedras y universidades, dotadas con los medios materiales suficientes para dar las enseñanzas con la extensión que permitían los conocimientos de la época. Muchas sustancias enriquecieron la materia médica: entre ellas figuran el guayaco, la zarzaparrilla, la china y el safrás; se modificó ventajosamente la manera de administrar el mercurio en la sífilis; se dieron procedimientos para convertir en potable el agua de mar, y el estudio de la clínica y de la anatomía patológica hicieron grandes progresos. Andrés Laguna tuvo la dicha de respirar esta atmósfera de adelantos y contribuir con su iniciativa á que se realizasen en el terreno de la práctica y de la experimentación.

Las guerras de religión predominaban en el siglo xvi. Mas la política, también disfrazada con el carácter religioso, tomó una parte activa en la lucha entablada entre diversas nacio-

nes, en aquel período que puso fin de una manera definitiva á la Edad Media, para comenzar una nueva era, donde la ciencia había de tener muchos motivos de aumentar sus horizontes y, por tanto, se preparaban días de gloria, que ya estaban cercanos, para que la química y todas las ciencias de observación dieran algunos pasos, precursores de otros más gigantescos que habían de realizar en el glorioso camino que recorrieran, hasta llegar al estado en que hoy se hallan, y cuyas conquistas y triunfos no es posible predecir adónde llegarán con el trascurso del tiempo.

Las guerras religiosas preocuparon, pues, hondamente á la Europa en esta centuria. El libre examen en materias científicas llegó hasta las cuestiones relacionadas con la conciencia, por cuyo motivo fueron tan tenaces los odios y tan implacables las persecuciones. Ese es el siglo de Paracelso y del Canciller Bacon; ese es también el siglo de Copérnico, cuyo estudio profundo acerca de la astronomía dió por resultado el descubrimiento de que la tierra giraba juntamente con todos los planetas en derredor del sol, en oposición completa con las antiguas creencias de que los movimientos de este astro ocasionaban los días esplendorosos y las oscuras noches, así como los cambios y sucesión de las diferentes estaciones. Ese es el período de otros grandes genios que cuenta la historia en sus páginas.

## V

Si hubiéramos de sintetizar en breves frases la figura de Laguna, diríamos que había sido el médico ilustrado; el orador elocuente y enérgico; el escritor científico, que se inspira en las ideas de su tiempo y en la ciencia que profesa; el helenista y latino de superiores conocimientos y de notable alcance; el observador curioso de la naturaleza leyendo en sus páginas sublimes los grandes secretos que atesora; el viajero ilustrado

y el hombre de sociedad culta y de diplomático instinto, que trata cual debe á los Soberanos, Príncipes y magnates, sin desdeñar al humilde y desvalido, llevando á su hogar el consuelo y á sus deudos la dicha.

No puede menos de concedérsele también ciertas condiciones de político y conocedor del espíritu de los pueblos, aunque sin figurar entre los hombres de gobierno. Algunos de los hechos de su vida lo atestiguan de una manera elocuente. La campaña sostenida en Metz y Colonia, dejó memoria inextinguible de su sagacidad y tacto en la manera de interpretar los deseos de las muchedumbres, así como el de las personas distinguidas y que tenían posición elevada por diversidad de razones. Su clara inteligencia, no hay que dudarlo, veía en horizontes muy extensos y sabía anteponerse á los conflictos y arrostrarlos con ánimo sereno cuando se presentaban á su paso, como el práctico marino sabe reñir formidables batallas con los embavecidos elementos.

Los datos que se tienen acerca de su vida privada son poco numerosos; pero indican que se deslizó en general tranquila, bajo serenos y limpios horizontes, lo cual manifiesta que su carácter era de condiciones adecuadas, no sólo para el trato de gentes, sino para ocupar dentro del hogar doméstico el sitio que verdaderamente le correspondía y no perder su dignidad ni olvidar jamás sus deberes, aun entregado á las dulces afecciones del cariño, que desligan de todas esas trabas sociales y que obligan á una vida artificial y ficticia, apareciendo muchas personas con distinta conducta en una y otra esfera. Para él no había olvido de sus deberes en ningún instante de su existencia.

No puede menos también de asignársele la cualidad inherente á los hombres superiores, cual es la de crecerse y adquirir vigor y ánimo ante las dificultades y conflictos. Podría adolecer de los defectos inherentes á todo ser humano; pero no careció jamás de valor y energía ante el peligro, como tuvo más de una vez ocasión de demostrar satisfactoriamente en el curso de su vida. No era de los que se aniquilan y hunden

ante las contrariedades, sin presentarles antes ruda batalla, á fin de que no se pudiera decir que fué vencido sin combate. Así se le puede observar lo mismo en la cámara de los Príncipes y régios salones que en los más oscuros y modestos albergues. Poseía constancia y tesón, iluminados por la fe, y con esas cualidades se llega muy lejos y se realizan las más árduas empresas.

Laguna es un verdadero personaje histórico para quien hace tiempo ha sonado ya la hora de escribir con perfecta imparcialidad y sin la presión que siempre ejercen los contemporáneos. Mas al propio tiempo surgen dificultades, propias de la gran distancia que de su época nos separa, á fin de dar exacta idea de muchos de los episodios de su vida. Los archivos presentan pocos documentos referentes á él, y es lástima que no puedan encontrarse. Así es que sus obras, en las que consigna muchos sucesos en que intervino personalmente, son los más fidedignos orígenes á que hay que acudir en primer término para la adquisición de datos ciertos que puedan servir de noticias al biógrafo y de documentos al historiador.

Laguna, no hay que dudarlo, ha pasado á la posteridad rodeado de luminosa aureola, ganada en la lid del trabajo y en el yunque de un constante empeño de procurar á la ciencia conquistas y á la humanidad consuelos. Pero, no es, no, el obrero inconsciente que, poseído de la fiebre del trabajo, se sacia con entregarse á él en totalidad, como poseído de un vértigo, sino que brotan multitud de chispas de luz de aquella inteligencia á medida que la gimnasia de su ejercicio la ponen á prueba y la someten á nuevos ensayos: Sabía imprimir á cuanto tocaba el sello indeleble del hombre de superior talento y de criterio elevado.



## PARTE CUARTA

Laguna escritor.—Idea detallada de sus principales obras, dejando para otra sección los comentarios al *Dioscórides*.—Consideraciones críticas acerca de los trabajos que dió á luz.—Importancia histórica de los mismos.

### I

Llegamos en el conocimiento de Laguna al período indudablemente de más interés y al concepto que reclama más detenida atención de quien se proponga estudiarle. Sus ideas, reproducidas y multiplicadas por la imprenta, merecen muy singular estudio y maduro examen. Al propio tiempo constituyen importantes documentos, que conducen á esclarecer muchos datos de la vida del personaje y á resolver no pocas dudas que surgirían cuando se intentase consignar los episodios de su vida y no acudieran, en poderoso auxilio del que á este trabajo se dedica, las páginas de los libros que dió á luz. Examinemos, por tanto, sus producciones.

La savia de su juventud se manifestó de una manera espléndida en multiplicados escritos, que dió á luz en su mayor parte cuando la nieve de los años todavía no blanqueaba sus cabellos, pero que indicaba un caudal de conocimientos que no

es frecuente se posean en edad relativamente temprana. A medida que avanzaba en años, las obras que entregó á la publicidad revelaban, no sólo una gran suma de conocimientos, sino también las acabadas muestras de perfección en los juicios que suministra la experiencia con sus inexorables avisos y sus profundas advertencias, á las que sólo se presta atención cuando las contrariedades de la suerte han marcado profundas heridas en el alma y grandes amarguras en la existencia.

De aplicación y laboriosidad extraordinarias, tenía grandes deseos de manifestar al público sus trabajos y consignarlos en obras, que han sido apreciadas en su justo valor y consultadas por las varias generaciones que en el largo espacio de tres centurias se han sucedido. No había en aquella época periódicos á que acudir para dar á conocer á los contemporáneos las pruebas de su estudio y los resultados de sus viajes, por lo cual se valía del libro y del folleto, lo que demuestra sus deseos de presentar al público los frutos de su ingenio, cuya importancia se manifiesta con sólo indicar que han pasado á través del tiempo y son buscadas sus obras igualmente por el erudito que por el que desea conocer á la ligera el estado de la ciencia en aquel lejano periodo de nuestra historia literaria.

La vocación de escribir para el público fué marcadísima desde su edad juvenil. Sus producciones llevaban ya cierto sello de superioridad y atractivo, para que fueran acogidas con aplauso y leídas con interés por todos, así como también conservadas y buscadas de sus contemporáneos y sucesores. Si no tuviesen motivos de ser respetados y acogidos sus escritos, no hubiesen ciertamente figurado en el predilecto lugar que los han puesto, tanto el literato como el médico, ni hubieran sido de igual manera elogiados por el farmacéutico, el botánico, el químico, el historiador y el bibliófilo. Son para todos igualmente dignos y de la misma manera ensalzados y aplaudidos.

Daremos, pues, á conocer á Laguna como escritor, enumerando sus principales obras, sin perjuicio de tratar por separado de una de ellas que, aun cuando no lleva el carácter de la



originalidad, tiene tanto mérito y es de tal modo importante, que hace preciso un análisis un tanto detenido de la misma. La parte bibliográfica de este personaje es digna de conocerse en sumo grado, porque constituye uno de los principales elementos de su celebridad y uno de los más brillantes timbres de su indiscutible gloria.

## II

La mayor parte de los libros de Laguna están dedicados á diversas personas, queriendo manifestar de tal suerte la consideración que le merecían. Unas veces á su padre, en muestra de cariñoso amor filial; otras á distinguidos hombres de ciencia; alguna también á varones virtuosísimos; á los Soberanos y Príncipes, á los ilustres Prelados y al Pontífice, aceptando todas estas personas las dedicatorias que se les dirigian y apreciando en cuanto valían las pruebas deferentes de tan insigne escritor. De todos recibió más de una vez felicitaciones y plácemes, en atención á la superioridad de los escritos referidos.

La bibliografía relativa á Laguna es aún más interesante que cuando se trata de otros escritores que, además de brillar en este concepto, se han distinguido por diversos motivos. Pero en el caso presente, un gran número de datos referentes á la vida del Doctor Laguna, hay que recogerlos, por razón del trascurso del tiempo, como se ha dicho, en sus libros, donde se ven las tendencias, inclinaciones, afectos, intereses, aficiones, extravíos, amistades, respetos, errores de apreciación, gratitudes, sucesos y episodios importantes de su existencia, que no ha quedado á las generaciones futuras otro sitio donde hallarlas que en esos volúmenes, cuyo conjunto puede muy bien calificarse como el testamento de sus levantadas aspiraciones.

La colección de sus obras, en número de más de veinticinco, supone desde luego una suma considerable de trabajo. Hemos tenido ocasión de consultar casi todas, en las principales biblio-

tecas públicas y particulares, así como las diversas ediciones que de varias se han publicado y no consignadas en otras biografías de Laguna. La *Biblioteca Hispana-Nova*, de D. Nicolás Antonio, cuya obra constituye un verdadero monumento bibliográfico de nuestra nación, nunca bastante elogiado ni enaltecido, enumera la mayor parte. Sin embargo, en investigaciones detenidas y muy reiteradas hemos podido hallar algunos otros detalles que se omiten en la referida Biblioteca y en otros libros que del particular se ocupan, los cuales nos complace-mos en publicar en el presente trabajo, como datos nuevos y no divulgados todavía.

Laguna escribió en 4 de Abril de 1548 la *Vida de Galeno*, que dedicó al Doctor Juan de Aguilera, médico de Paulo III. Pocos días después, el 11 del mismo mes y año, dedicó á don Gaspar de la Hoz, canónigo de Segovia, un tratado en latín de pesos y medidas medicinales. En ésta obra condena la costumbre de las boticas de suministrar los líquidos valiéndose de la medida en lugar del empleo del peso, con lo cual da á entender que tenía perfecto conocimiento de los errores á que se halla sujeto cuanto se relaciona con el volumen; lo que no acontece con los datos suministrados por medio del peso, menos ocasionados á las inexactitudes por causa de temperatura, capilaridad, presión, influencias atmosféricas, etc., y demás circunstancias que hoy la Física reconoce como modificantes y proporciona los medios de corregirlas.

Redujo las difusas obras de Galeno á un *Epítome*, que dividió en cuatro tomos. En el primero se ocupa de lo concerniente á la fábrica del hombre, como él denomina, ó sea la anatomía y fisiología, y lo dedica al Cardenal Mendoza. En el segundo, de todo lo concerniente á la conservación de la salud y conocimiento de las enfermedades, y lo dedica al Pontífice Paulo III, en 10 de Abril del mismo año. El tercero comprende las diferencias de todas las enfermedades y método general de curarlas, dedicado á Cosme de Médicis, Gran Duque de Flo-rencia.

El cuarto contiene la historia de todos los medicamentos

simples y compuestos, y lo dedica al Cardenal D. Pedro Pacheco, Obispo de Jaén.

De este *Epítome* se hicieron varias ediciones, y en 1553 le publicó muy enmendado, en Lyon, Guillermo Rovilio, con un extenso índice.

Respecto al mérito literario y valor de la obra titulada *Epítome de Galeno*, bastará decir que el erudito Martín del Río, en sus *Disquisiciones mágicas*, dice que es superior á Erasmo, cuya reputación es de primer orden en todo lo referente á las traducciones del griego al latín. Es, por consiguiente, necesario asignar á Laguna el honroso dictado de buen helenista, circunstancia que le sirvió en gran manera para conocer las fuentes de muchas de las obras que á la sazón pasaban por las primeras y de mayor autoridad en aquel tiempo. Pueden, pues, sus trabajos servir de pauta en los de su clase.

El *Epítome de Galeno*, que hemos podido examinar en la biblioteca del Escorial, es un voluminoso tomo en folio, de magnífica impresión, en papel de hilo. El título es el siguiente:

*Epítome Galeni pergameni operum, in quator partes digesta pulcherrima metodo universale illius viri doctrinam complectens, per Andrea Lagunam, Segoviensem, equitem auratum et Medicum longe excellentissimum, suma fide studioque collecta.*

Está, pues, dividido en cuatro partes que tratan de los asuntos ya indicados, y que dedica á los individuos expresados. Por el mérito contraído con esta obra, reconocido por todas las personas doctas como muy sobresaliente, fué denominado Laguna por algunos con el honorífico título del *Galeno español*. Esta frase indica la sensación que produciría en el mundo científico.

Es lástima que el inglés Huxham no conociese la obra de Laguna, donde puede estudiarse perfectamente á Galeno; porque se lamenta de que fuera este autor muy difuso y usase de multitud de perífrasis, y en el *Epítome* se salvan todas esas dificultades, se quitan todos esos defectos y puede el lector adquirir la instrucción que desea y formar cabal juicio de esa gran figura histórica. Así es que no puede menos de consig-

narse con extrañeza que no conociese el autor del libro de las *Fiebres*, ó sea el ilustrado médico Huxham, el *Epítome* que dió á luz Laguna y que fué una de las obras por las cuales obtuvo más triunfos y en la que descansa el pedestal de su fama, puesto que en la obra referida de las *Fiebres* se hacen por el Doctor inglés las indicadas apreciaciones respecto á Galeno.

### III

La *Historia de la Filosofía de Galeno*, que tradujo en Gante, fué en los cortos momentos robados al descanso que el rudo ejercicio de su profesión le permitía en épocas azarosas y de verdadero conflicto para la salud pública. De dicha obra poseía el manuscrito en griego Adriano Corón, y no pudo Laguna resistir el deseo de darla á conocer, puesto que se trataba en el libro de asuntos tan de sus especiales aficiones y de su peculiar competencia, empresa que realizó con brillantez y precisión.

Entre sus obras figuran también un *Método para conocer y curar las carnosidades que se engendran en las vías de la orina*. Lo dedicó á Mariano Espinel, protomédico del Virrey de Nápoles, en 1.º de Abril de 1551.

El último día del año 1552 dedicó á Pedro Carnicer, protomédico del Rey, unas contradicciones observadas en la obra de Galeno, cuyo escrito comprobaba lo bien acabado del trabajo titulado *Epítome de las obras de este autor*. Estas contradicciones están impresas en Lyon por Guillermo Rovilio en 1554. Es un opúsculo que indica lo concienzudo de Laguna en los escritos que dió á luz.

La traducción de la obra titulada: *Galeni, de urinis, libri duo*, impresa en París por Luis Sianeo, se la dedicó Laguna á su padre. Merecen consignarse los siguientes versos del médico portugués Lope Serrano en elogio de la obra y del traductor:

*Si cupis ad votum, varias cognoscere causas  
Morborum, et certis disseruisse notis,  
A lotio placitum deducens nomen habeto  
Galení jamjam dogmata certa tenes.  
Hæc opus è græco vertit sermone Lacuna  
Multijuga Andreas dexteritate: vale.*

Es un pequeño opúsculo, donde prueba una vez más sus buenas condiciones de helenista al traducir del griego este folleto, prestando al propio tiempo un verdadero servicio á la ciencia al dar á conocer el indicado trabajo. En la dedicatoria consigna un sentido recuerdo á su amante padre, tributándole gratitud eterna por los desvelos para con él en los primeros años de la vida.

Tradujo del griego al latín dos diálogos de Luciano, titulados *Trago podagra* y *Ocyppo*. Dedicó éste á Gonzalo Pérez, ilustrado secretario de Carlos I en Alcalá, á 21 de Octubre de 1538, y el *Trago podagra* al Doctor Fernando López de Escorial, médico de cámara del Emperador, en Segovia, en 1.º de Noviembre del mismo año. En aquel mismo día dedicó al César el libro titulado *Del mundo*, de Aristóteles, que tradujo del griego al latín. Las tres traducciones fueron impresas en Alcalá por Juan Brocario en 1538. Aun cuando en las obras de Aristóteles se cita este libro como traducido por Juan Sinapio y Jacobo Micila, no es menos exacto que Laguna hizo una perfecta y bien acabada traducción de la indicada obra, que le valió no pocas felicitaciones por parte de los eruditos de su tiempo.

Tradujo Laguna en 1786 cuatro catilinarias, tituladas *Cuatro elegantísimas y gravísimas oraciones que pronunció Cicerón contra Catilina*, cuyo trabajo se cita en el catálogo de la biblioteca de Salvá, noticia que refiere este autor haberla encontrado en las apuntes de su padre, rectificando algunos datos de don Nicolás Antonio, á propósito de la traducción de Cayo Salustio Crispo, y por tanto merece mirarse con el respeto á que tiene perfecto derecho un autor de la reputación bibliográfica de Salvá, considerado con justicia como una de las autoridades más indiscutibles en estas materias.

IV

El tratado de *Agricultura*, escrito en griego, atribuido por algunos á Constantino César Pogónato, que murió el año 685 de la Era Cristiana, y por otros con más fundamento á Casio Dionisio, natural de la antigua Utica, que vivió setecientos años antes que el Constantino, fué traducido en gran parte por Laguna, pues tradujo ocho tomos de los 20 de que consta la obra. Escritos de su mano los presentó al Emperador, que le mandó los diese á la imprenta; pero la circunstancia de haber aparecido entonces otra traducción, hecha por Yano Cornario, le retrajo de la publicación, y solamente la dió á conocer á escaso número de personas. Después, sin embargo, se imprimió acompañando al mismo texto griego, y donde puede apreciarse y compararse la gran diferencia en favor del trabajo de Laguna respecto al de Cornario.

Después publicó la obra de Cornario, cuyo título es el siguiente:

*Castigationes... in translationem octo ultimorum librorum de re rustica Constantini Caesaris, per Joannem Cornarium physicum editam; Colonia, 1543.*

Es un tomo en octavo menor, de 43 páginas, y corrigió muchas de las ideas de Cornario, que eran indudablemente erróneas.

En el año 1557 escribió y dió á luz una notable carta en que se refutaban minuciosamente las apreciaciones del alemán Cornario á sus traducciones de Aristóteles. En ella demostró los grandes errores en que incurrió Cornario en las traducciones que hizo, por desconocer ó solamente tener ligera idea del griego y el latín, despreciando al propio tiempo las injurias que infirió á Laguna, no dejando tampoco de intervenir en la polémica que tuvo carácter de grave y acalorada en ocasiones,

la diferencia de religión entre uno y otro, pues el español era católico ferviente y el alemán estaba afiliado á la religión protestante; y estas intransigencias eran en aquella época mucho mayores que las que hoy tienen lugar en los partidos políticos. No había tregua ni cuartel para los disidentes en religión. Por lo tanto, no es de extrañar que la discusión tomase carácter agresivo, pues no solamente se veía al antagonista en opinión científica, sino al enemigo á que había necesidad de combatir, y eran lícitos todos los medios, con tal de aniquilarle. No juzgamos en este momento la conveniencia de tales exageraciones. Sólo sí podemos asegurar que había fe y convicción extraordinaria en las creencias y, por tanto, se defendían con todo el calor del que se cree razonablemente campeón de las ideas verdaderas, justas, legítimas y exactas.

Forma parte también de sus escritos la obra póstuma titulada: *Discurso breve sobre la cura y preservación de la pestilencia; la escribió siendo médico del Papa Julio III, y mandó imprimir su madre en Salamanca el año 1566.*

Esta obra se redactó en los perentorios momentos de incompleto descanso que le permitía la asistencia á una mortífera epidemia que afligió al Brabante, y que fué igualmente asoladora para la especie humana que para los irracionales, dejando tristísima memoria en aquel país, al propio tiempo que grato recuerdo del caritativo y sabio médico que con sus consuelos y su ciencia auxilió á los epidemiados.

## V

La peste que invadió el ducado de Lorena por los años 1542 y 1543, hallándose Laguna en Metz, la explicaba en este libro por una intoxicación aérea. Decía que el aire pestífero, introduciéndose por la respiración y traspiración, se comunicaba á

las arterias y venas, y que este fenómeno acontecía por el comercio que tienen entre sí dichos vasos sanguíneos.

Añade también en dicha obra que el uso diario de la raíz de carlina ó cameleón blanco, tomado con vino en cantidad de una dracma de dicha raíz por las mañanas, era un excelente medio preservativo contra aquella enfermedad, con el cual había librado á muchas personas, y que solamente murió en su casa un paje que se negó de un modo tenaz á tomar dicho remedio. Las ideas que poseía acerca de las causas de esta epidemia indican que no se hallaban desprovistas de fundamento bajo el punto de vista etiológico, pues son admitidas hoy por algunas escuelas que merecen respeto y consideración.

El *Discurso breve sobre la cura y preservación de la pestilencia* lo dedica al Conde de Feria, Sr. Gómez de Figueroa. Define la pestilencia diciendo que *es una fiebre continua, breve, aguda y peligrosa, causada por el aire infecto que contaminaba el cuerpo por medio de la respiración*, y aseguraba que las causas de la infección del aire consistían en influjos celestes, terrenos ó mixtos; que sus signos precursores eran el excesivo calor tras la mucha humedad, los cometas, auroras boreales, multitud de insectos y enfermedades epidémicas, como viruelas y sarampión. Aconseja como profilácticos huir del aire corrompido, trasladándose á otro lugar, y en caso de no efectuarlo, la limpieza y ventilación de los aposentos; que se hagan hogueras de leños olorosos y fumigaciones, porque así se embota ó templa la malignidad del aire que se respira. Aconseja que se haga uso de frutas ácidas y manjares secos, y propone como medio preservativo las sangrías y purgantes, recomienda las píldoras de Rasis y varios otros compuestos laxantes y tónicos.

Los síntomas prodrómicos ó precursores de la enfermedad y el plan curativo, ocupa no escaso número de páginas.

Hemos podido ver en la biblioteca del Escorial la siguiente obra de Laguna:

*De origine regum turcarum compendiosa quedam perioche.*

Es un opúsculo de corta extensión:

Los títulos literales de algunas de sus obras son:



*Galení omnium operum, exceptis iis, quæ in Hippocratem composuit, Epitome*, en folio, impreso en Basilea en 1551. Después se publicó otra edición en cuatro volúmenes en 1553.

También merece conocerse la *Vida de Galeno (Vita Galeni)*, impresa en Venecia en 1548, y *De ponderibus et mensuris*, así como *De contradicciónibus quæ apud Galenum sunt. Annotationes in Galeni versiones, quæ ad suum tempus prodierunt*; Venecia, 1548.

*Methodus cognoscendi, extirpandique nascentes in vesica collo carunculas*, en 8.º; Roma, 1551.

*Adnotationes in Dioscoridis, factam à Joanne Ruellio, interpretationem*; 1554, en 16.º

*Epistola apologetica ad Joannem Cornarium*; 1554, en 8.º

*De Virtus et exercitiorum ratione, maximi in senectute, observanda*; 1547, en 8.º Después se hizo otra edición en Colonia en 1550.

*De Articulari morbo commentarius*; Roma, 1551, en 8.º

*Compendium Curationes, precautionis morbi passim, populariterque grassantis: hoc est vera et exquisita ratio noscenda, precaenda atque propulsanda febris pestilentialis*; 1542, en 8.º

*Geoponicum, sive de Agricultura*; Colonia, 1543, en 8.º

*Las cuatro elegantísimas y gravísimas oraciones de Cicerón contra Catilina*, trasladadas en lengua española; 1557, en 8.º (1).

(1) El ejemplar que hemos tenido ocasión de consultar en la biblioteca de la Facultad de Medicina de la Universidad central, relativo al Epitome de Galeno, es un voluminoso tomo en folio, á dos columnas, que al final tiene el tratado *De ponderibus et mensuris*, y su fecha es de 1604. Es una edición póstuma, muy corregida respecto á las anteriores. Tiene su dedicatoria al Cardenal Bobadilla y Mendoza, y perteneció dicho libro, según una nota manuscrita que hay en el mismo, al Doctor Chinchilla.

También hemos comprobado detenidamente el folleto titulado *Discurso breve sobre la cura y preservación de la pestilencia*; Salamanca, 1566. Le dedica al Ilmo. Sr. D. Gómez de Figueroa y de Córdoba, Conde de Feria, Señor de Montealegre, etc. Los títulos de los capítulos son: *Del término de la vida de cada uno.—Qué cosa sea la pestilencia.—De la necesidad que tenemos de respirar.—En qué manera nos inficiona el aire pestífero.—De las causas que suelen corromper y violar el aire.—De las señales que anuncian la pestilencia.—De la preservación contra la pestilencia.—Del aire.—Del ejercicio y reposo.—Del regimiento quanto á comer y beber, conveniente en tiempo de pestilencia.—*

VII

La obra titulada *Anatomica methodus seu desectione humani corporis contemplatio, in compendium atque addeco enchiridion reducta*, fué impresa en París por Ludovico Ciano, en 1535. En ella se ve al buen disector que describe perfectamente los intestinos, y dice que, mientras los demás compañeros huían del mal olor cadavérico, que les inspiraba repugnancia y asco, él, con el escalpelo en la mano, estudió minuciosamente el intestino ciego y demostró la existencia de la válvula ileo-cecal, de la que hace una minuciosa y exacta descripción. Este es otro título que le enaltece y demuestra sus condiciones de observador, y sus creencias de que los verdaderos progresos en estos estudios hay que buscarlos indudablemente en la práctica, única maestra á la que hay que rendir ineludible tributo.

Esta obra es notable, entre otras cosas, por las muchas comparaciones de que hace uso para facilitar las áridas descripciones anatómicas, con lo cual consigue que se fije la atención del lector en aquellos símiles y pueda llegar á conocer de una manera exacta la situación, forma, propiedades y relaciones de muchos órganos.

Sin merecer figurar entre las más sobresalientes del autor, es, sin embargo, bastante aceptable y muy digna de conocerse y estudiarse por varios conceptos. No traspasa los límites de un compendio, pero se propone el útil objeto de facilitar la en-

*Del uso de las estufas y baños.—Del acceso á las hembras.—De las cosas preservativas por vía de medicina contra la pestilencia.—De las señales de la fiebre pestilencial presente.—De la cura de los que ya tiene asidos la pestilencia.*

Termina el trabajo con algunos preceptos contra las viruelas y el sarampión. Es un bosquejo epidemiológico, rudimentario, de 48 páginas en 8.º, muy deficiente, como es natural.

señanza de una ciencia importantísima y de gran necesidad en las ciencias médicas.

En este libro refiere la siguiente curiosa anécdota de su infancia:

«Siendo yo muchacho, y no teniendo bastante dinero para entretenerme en el juego, ni de donde me viniera, fui un día con mi padre á casa de un enfermo, muy rico y principal, á quien visitaba, y subí con él á la habitación. Ésta me pareció muy oscura, porque yo venía de parte muy clara: me puse detrás de mi padre, cuando observé que al lado de la cama había un bolsillo. Creyendo que los asistentes y el enfermo verían poco, por lo que me había sucedido, empecé á registrarlo; pero ¡cuál fué mi sorpresa cuando, dirigiéndose á mí el enfermo, me dijo: ¿qué tienes que ver con mi bolsillo? ¿no estás contento con apurarlo para las medicinas, que aún quieres llevarte lo que queda? Yo me avergoncé, é hizo tal sensación en mí, que desde aquel momento empecé á dedicarme al estudio de la Filosofía; pues es bien seguro, que si yo hubiera tenido algún conocimiento en ella, no me hubieran sorprendido en una falta tan torpe, pues que hubiera sabido lo que me costó tanta vergüenza saber.» (Página 57.)—Entonces tenía Laguna doce años. En este párrafo se observa la ingenuidad del escritor, siquiera sea para recordar episodios poco gratos, y que otro hubiera desde luego omitido, como faltas del niño que todavía es irresponsable de sus actos.

La obra *Geoponicon, sive de agricultura tractatus*, está impresa en Colonia, en 1543, y en la dedicatoria al Emperador Carlos V es muy de notar la elegancia de la frase. Copiamos, para poder formar juicio, las siguientes líneas:

*Ut igitur jam finem faciam, Christianissime Cæsar, alii quidem tibi afferunt Canes, alii equos, alii Camellos, alii deinceps id quod tuæ celsitudine aptius fore arbitrantur. Ego vero non perinde astuens fortunæ donis, offero commentarios octo, quos nuper, invocantes tuum numen prius è Græco in sermonem latinum convertimus. Quare nostram tenuitatem nos asperneris Clemens. Cæsar, quando alia offerre nobis non licet, qui in otio literario vitam ipsam conterimus.*

Estos conceptos son los que sirven de conclusión á la dedicatoria, donde dice que sólo ofrece al César ocho comentarios, pues que, en efecto, de los 20 libros de que consta el original griego, solamente fueron traducidos por Laguna los ocho últimos.

El libro *De virtutibus*, traducido de Aristóteles é impreso en Colonia, lo comentó con profundas máximas morales. Al final de la obra está el retrato de Laguna y, al comenzar, inserta los siguientes versos del inimitable Ovidio:

*Pronaque cum spectent animalia cœtera terram  
Os hominis sublime dedit Cœlum que videre  
Jussit et erectos ad Sydera tollere vultus.*

Cita también multitud de ejemplos tomados de historias y leyendas populares, sumamente oportunos para ilustrar el texto y corroborar las ideas del ilustre fundador de la filosofía peripatética que, como es sabido, hizo exclamar á Filipo, Rey de Macedonia, la gratitud que debía á los dioses, no sólo por haberle concedido un hijo (Alejando Magno), sino porque había nacido en tiempo de Aristóteles.

El opúsculo *De articulari morbo Commentarius*, en 8.º, impreso en Roma en 1551, lo dedicó á Julio III, para darle una prueba del interés que le inspiraba su salud, muy quebrantada en aquella ocasión por un ataque de gota. En su trabajo habla de los remedios que había visto usar en España, Francia, Inglaterra, Italia y Alemania contra dicha dolencia. Propone varios procedimientos para la curación de la artritis y, entre ellos, los baños de mosto. Con este motivo cita el ejemplo de un guardián de San Francisco que, atormentado por la gota, usaba al comenzar el otoño baños de mosto y, para no desperdiciarlo, refiere con cierto gracejo *que lo daba el muy bribón á beber á sus pobrecitos hermanos*.

En la dedicatoria, hablando del sacerdocio, dice, dirigiéndose al Pontífice: *Si vero, ad sacerdotia inhiet, confestim sibi quadam inexpugnabili affigitur, accumulandi, per fas ant nefas,*

*ecclesiasticos redditus, totusque confectus curis et anxietatibus, violat jura omnia et divina et humana, ut sacras diripiat opes, quas tamen eras moriturus, vel invitus obvio cuivis relinquat.*

También menciona en la misma dedicatoria las distintas pasiones de cada edad de la vida y de cada estado social.

El titulado *De contradictionibus quæ apud Galenum sunt*, es un tomo en 8.º, donde se propuso demostrar las dificultades que hay que vencer para estudiar con el debido provecho la multitud de obras de Galeno, á cuyo detenido trabajo dió cima con gran felicidad. Con esto prestó un gran servicio á la ciencia en diversos conceptos, manifestando al propio tiempo un estudio, perspicacia é ingenio que le acreditaron sobremanera, hasta el punto de que hubiera bastado este trabajo para formarle una reputación, si ya no la hubiese conquistado por otros hechos. Está dedicado á Pedro Carnicer, médico distinguido. Es uno de los libros que más ponen en evidencia la gran erudición de Andrés Laguna.

## VIII

Todo este conjunto de producciones constituye un catálogo, suficiente por sí solo á formar la reputación de un escritor. Porque existen gran número de ideas originales que acusan desde luégo en quien las emitió un juicio razonado y una grandísima instrucción. Con la exposición de esta biblioteca, fruto de la inteligencia y laboriosidad de quien la dió vida, es suficiente para formar acabado concepto del hombre cuya biografía exponemos. Es la elocuencia de los hechos más solemne y magnífica que la enumeración de los detalles de una existencia en que tanto hay que considerar y tan grandes ejemplos encierra.

No es el escritor ligero que, ávido de publicar sus trabajos, se impacienta por darlos á luz. Es, por el contrario, el pensador concienzudo, que medita sus juicios, los rectifica, reforma

y corrige antes de que se apodere de ellos la imprenta y pasen al dominio público. Los defectos de que puedan adolecer sus obras, son propios de la índole del asunto, de las preocupaciones de la época, del atraso de muchos conocimientos, del espíritu de sistema, de la intolerancia de opiniones, de la falsa interpretación que el vulgo daba á muchos conceptos, y de la imposibilidad, en fin, de la experimentación y obstáculos con que había necesidad de luchar sin probabilidades de buen éxito. Á pesar de todos estos elementos contrarios, todavía han podido atravesar las edades y merecer un puesto honorífico en la historia.

También tradujo del griego, anotó y comentó muy extensamente la obra de *Materia medicinal*, de Dioscórides. De este trabajo nos ocupamos con la detención y minuciosidad que merece en separado capítulo, para dedicar á su examen atento algunas páginas, pues indudablemente lo merece, cual habrá ocasión de observar y de justificar plenísimamente, el motivo de la predilección. Es un libro que ha pasado unido indisolublemente al nombre de Laguna, como podrá observarse en el análisis crítico que del mismo haremos.

Laguna tuvo una verdadera vocación de escritor científico, y á la verdad reunía condiciones muy aceptables para tan difícil cometido. Sencillo y claro en su exposición, no poseía extraordinaria elegancia en su estilo, pero se distinguía, no obstante, por la corrección, franqueza, oportunidad, fluidez, concisión y exactitud en sus juicios, al propio tiempo que por la claridad en el modo de exponerlos; todo lo cual era un conjunto de motivos que le colocaban en la situación de un escritor notable, cuyas producciones no habían de pasar por la censura pública, cayendo sobre ellas la glacial indiferencia ó el manto del olvido, sino que habían de ser ávidamente leídas y hasta constituir un acontecimiento su aparición en las prensas.

Y en sus obras se revela su carácter, su ingenuidad, los episodios de su vida, sus amistades, sus afectos, sus opiniones, sus preocupaciones; en una palabra, son el medio más ade-

cuado, como hemos dicho, para estudiar la biografía del personaje, porque en aquellas páginas están escritos con indelebles caracteres los hechos más importantes que tuvieron lugar en una existencia que las condiciones históricas han hecho interesante y las edades han de legar á la posteridad como preciado modelo. Es un autor que revela al público sus personales impresiones, de tal modo, que adquieren sus escritos muchas veces el carácter de narración íntima ó de relato confidencial y amistoso.

Los libros á que se dirige para sus traducciones y comentarios, se observa que son obras de grandes maestros y de figuras de primera magnitud en la historia. Aristóteles, Galeno, Dioscórides, Cicerón, son los nombres que maneja, y cuyas ideas, lanzadas por sus titánicos genios, acoge en su mente para interpretarlas en el idioma patrio ó en lengua latina; mas no limitándose únicamente á trascribir lo que aquéllos dijeron, sino que lo amplía, ilustra y comenta, señalando los periodos en que las huellas del tiempo han dejado sus indelebles marcas, y haciendo resaltar en otros casos las grandes bellezas de los sabios que interpreta, restaurando muchos de sus pensamientos, al modo que el pintor infunde nueva vida en el deteriorado lienzo de un genio artístico.

No puede negarse que Laguna fué un verdadero literato y que ganó en buena lid el título de escritor distinguido. La lista de sus obras, que forma, como acaba de verse, una biblioteca, dice bien elocuentemente que se trata de una persona que consumió no pequeña parte de su existencia en el bufete y que tenía gran competencia en los estudios literarios. Alguna de sus producciones tiene este exclusivo carácter, cual es, por ejemplo, la versión castellana de las *Oraciones de Cicerón contra Catilina*, que demuestra, no sólo un perfecto conocimiento del latín, sino de las condiciones del orador para identificarse con el pensamiento del gran filósofo, cuyo nombre ha quedado eternamente grabado en la historia de la humanidad, y trasladar sus ideas al idioma español sin que desmerezcan ni pierdan toda su importancia y valer.

Tuvo también ocasión de oír la voz de la crítica, no siempre justa y acertada, que se hizo de sus escritos. Pero es forzoso que á tales pruebas se someta el que lanza sus pensamientos al público por medio de la prensa. Las opiniones son tantas cuantos son los individuos, y aquello que á los unos entusiasma y admira, es para otros sobrado motivo de reprobación y desagrado, por más que hay trabajos, entre los cuales pueden elegirse alguno de los de nuestro biografiado, que se abren paso á través de las censuras injustificadas y de las apreciaciones que dicta la pasión ó el espíritu de sistema. Era un escritor digno de respeto, aunque hubiese en sus obras lunares, que resaltaban más por lo mismo que contenían grandes méritos.



## PARTE QUINTA

Descubrimiento de la válvula denominada en anatomía ileo-cecal.—Ideas acerca de la circulación de la sangre.—Aptitudes de Laguna.—Vuelve á Segovia.—Contrariedades que experimentó.—Amistades que contrajo.—Laboriosidad ejemplar de Laguna.—Profundas consideraciones á que se presta el estudio biográfico del mismo.—Muerte de Laguna.—Juicio de la posteridad.—Honores póstumos.

### I

Sin embargo de no constar en la historia de un modo terminante, se cita á Andrés Laguna, en la Anatomía, como el descubridor de la válvula ileo-cecal, situada en el límite del intestino ciego y de los intestinos delgados, que se considera como el resultado de la invaginación del intestino delgado en el grueso y cuyo empleo es importante en los últimos períodos de la digestión, para impedir que las materias contenidas en los intestinos gruesos retornen á los delgados. No hemos querido dejar de consignar un hecho que honra igualmente al autor que á la medicina patria, y, por tanto, se indica, por haberlo visto así expresado en las notas del traductor español de la obra de *Historia de la Medicina* de Renouard (1) expuestas para ampliar y completar ideas del original.

(1) Renouard, traducido por el Doctor D. Pablo Villanueva.—Salamanca, 1871.

Este hecho le acredita de profundo observador anatómico, aun cuando no se dedicó asiduamente á esta especialidad, pues bastante fijó su atención en otros estudios de igual importancia y de gran trascendencia por muchos conceptos. Pero donde quiera que dirigía sus miradas y concentraba su actividad, no tardaban en observarse las brillantes huellas de una inteligencia y criterio superiores. Veía lo que no aprecian las medianías y lo que pasa desapercibido ó ignorado al mayor número.

Emitió algunas ideas que indicaban conocimiento, más ó menos remoto, de la circulación de la sangre, cuando ya estaba próxima la aparición en el mundo de Miguel Servet que, para gloria de nuestra patria, fué el descubridor de la referida función orgánica.

Dice Laguna:

«El corazón ocupará la región media del tórax, aunque aparezca que se inclina más al lado izquierdo, por la frecuente palpitación que hiera más á éste que al derecho. Tiene solamente dos ventrículos, uno derecho y otro izquierdo. No sé en qué pueda fundarse la opinión de los que añaden una tercera cavidad, á no ser que entiendan como tal aquellos poros ó durezas prominentes que hay en el tabique. Pero, en realidad, el corazón, que de suyo no tiene sangre alguna, la recibe recíprocamente de la vena cava, por la aurícula del ventrículo derecho, de donde, trasportada á la cavidad izquierda del mismo, se confeccionan los espíritus vitales que, pasando, por fin, por las arterias á todo el cuerpo, van á calentar las partes que están frías y á refrigerar á las cálidas con esta aereación. Siendo, pues, el corazón el órgano más principal de todo el cuerpo, el que primero empieza á vivir y el que más tarde abandona la vida, debe otorgarse parte de certeza á la opinión de Aristóteles, que decía que el principal asiento del alma estaba en el corazón.»

Reflexiona ahora acerca del artificio y obra de la naturaleza: «Como sólo existen dos vasos que van desde el corazón á los pulmones, uno que es la vena (arterioso) y otro que es la arteria (venoso), y éste, formado de una sola túnica, se unen. De aquí surge una controversia nada vulgar.

»Porque como del corazón á los pulmones sólo se dirijan dos vasos, por el uno, llamado vena arteriosa, se dirige la sangre sutil para la nutrición de éstos; por el otro, arteria venosa, los espíritus vitales, cuando se contrae el corazón como el mismo Galeno confiesa. Prodúcese, digo, la cuestión de cuándo y por qué sitio se arrojan los excrementos fuliginosos, desde el ventrículo izquierdo del corazón á los pulmones. Por la vena arteriosa no se dirigen, porque por ella sólo pasa sangre. ¿Dirás, tal vez, por la arteria venosa? Pero es fácil demostrar que tampoco por ésta, ó bien en el diástole; pero en el tiempo que el corazón se dilata, atrae, ciertamente, aire benigno, mas no le envía después. No el sistole, ó sea cuando se contrae, puesto que entonces envía á los pulmones los espíritus vitales. Nunca, por lo tanto, hemos de creer que el aire frío se elabora muy cuidadosamente en los pulmones antes que llegue al corazón.»

Las anteriores líneas indican de una manera bien clara y evidente que Laguna tenía idea de los movimientos sanguíneos, si bien con las inexactitudes propias del estado de la ciencia en aquella época, en que á la Fisiología faltaba tanto que conocer y los experimentos eran tan deficientes é inexactos.

Poseía variadas aptitudes dentro de su carrera, á la cual se dedicó con afición y entusiasmo extraordinarios. Excelente clínico, para ser un buen médico á la cabecera de sus enfermos, era también un distinguido naturalista, dirigiendo principalmente su vocación á la Botánica, en cuyo estudio hallaba, como ya hemos visto, satisfacción su espíritu investigador y erudito. Así es que tenía buenos conocimientos en esta ciencia, tal como entonces se concebía, sobre todo de las plantas de aplicación terapéutica, cuyos detalles consignó con tanta minuciosidad en la obra de Dioscórides. Por eso la Farmacia y la Medicina tienen que consignar en su historia un recuerdo glorioso al ilustre segoviano que tanto contribuyó á la propagación de los conocimientos científicos de su tiempo.

No hay profesor de Farmacia ó Medicina que tenga algún

entusiasmo por su carrera y por las glorias patrias, que desconozca ú olvide el nombre de Andrés Laguna, digno de figurar al frente del movimiento científico de una época determinada y representante de una generación que dió á su patria honra y prez, y en el cultivo de los conocimientos produjo adelantos visibles. Es una personalidad de la que no es posible prescindir ninguno de los que se dedican á las ciencias médicas, y cuya importancia reclama ufana una nación que, si bien ha sido pródiga en hijos artistas de imperecedero renombre, no ha estado tan multiplicadamente representada en cultivadores de las ciencias de la naturaleza, aunque tampoco haya carecido de algunos.

No hay para qué hacer consideraciones acerca del mérito de todos sus trabajos, cuando han triunfado tan brillantemente del sudario del olvido, ese abismo en que se hunden y sepultan las obras de la humanidad, al propio tiempo que los autores que las dieron vida y forma. De seguro que todo aquello que resiste las continuas oleadas del tiempo y pasa incólume por las vicisitudes de los años, merece por lo menos la calificación de respetable á los ojos de la historia. No hay que dudarle; lo que ha conservado la sucesiva tradición en varias generaciones, es porque posee algún título á la perpetuidad, y en tal caso, hay siempre que detenerse á examinar aquello que han considerado digno de aprecio los que nos precedieron en la peregrinación por el mundo.

## II

La vida de Laguna se presta á grandes comentarios y á no pocos estudios. Desde el punto de vista histórico es como principalmente hay que considerarle. Como vivió en la época más brillante de la historia española y se distinguió de un modo notable por más de un concepto, ha de ir forzosamente unido su nombre al de las glorias de nuestra nación, cuya influencia

era la primera del mundo, y á quien rendían el tributo de respeto y admiración todos los pueblos civilizados. Figura, por tanto, en el catálogo de aquellas personalidades con quienes la patria se enorgullece.

A su venida de Flandes, que tuvo lugar en 1557, creyó poder disfrutar largo tiempo las anheladas delicias de la tranquilidad y la paz del hogar doméstico. Pero no le fué dado conseguir este deseo sino breve período, pues el duque del Infantado rogó le acompañase á Francia, teniendo en cuenta sus relevantes conocimientos médicos, cuando fué á recibir á Isabel de Valois, que venía á desposarse con Felipe II, en cuyo monarca tenía fijos los ojos Europa y cuya política pesaba y significaba tanto en aquel período histórico.

Experimentaba vivos deseos de volver á su patria, como no podía menos, después de haber pasado por la natural nostalgia del que ha permanecido largo tiempo en apartadas regiones del sitio en que naciera y donde trascurrieran felices los risueños días de la infancia y contrajera aquellos lazos de amistad primera, jamás extinguidos ni rotos. Si á esto se agrega que le esperaba la inefable satisfacción de abrazar á los autores de sus días, se comprenderá cuánto sería el anhelo de regresar á un país en que abriera los ojos á la luz, y hoy tornaba con un nombre ilustre y una experiencia adquirida con los años en el yunque del trabajo y probada con las injusticias de los hombres y la continua observación de los hechos.

Pero en aquellos lugares, para él tan queridos, que vieran deslizarse tranquilos los días de su infancia, le estaban aún reservados dolores que, desgraciadamente, hubo de experimentar bien pronto, y la satisfacción de volver á su patria fué poco duradera, amargándose sus momentáneas alegrías, y los mismos ojos en que se pintara su dicha no tardaron en verse humedecidos por las lágrimas, puesto que su anciano padre, que tanto anhelara la vuelta al hogar doméstico de aquel hijo querido y ausente, pudo apenas estrecharle entre sus brazos, como si esperase á cumplir su paternal propósito para dejar el mundo.

Deseosa su familia, é igualmente ansioso él, de disfrutar los goces de la paz doméstica y las delicias del hogar, cuando tanto tiempo trascurriera lejos de los suyos en extraños y remotos países, no pudo, pues, sin embargo, permanecer largo tiempo en su pueblo natal sin experimentar el terrible dolor de ver morir al querido autor de su existencia, pues falleció poco después de haber llegado á Segovia Andrés Laguna y cuando todavía no se habian extinguido los ecos de los dulces trasportes del cariño revelado tras larga ausencia. Cerró con piedad filial los ojos al anciano padre, de quien recibió el último adiós y la postrer mirada, teniendo en medio de su dolor la satisfacción de asistir á su eterna despedida.

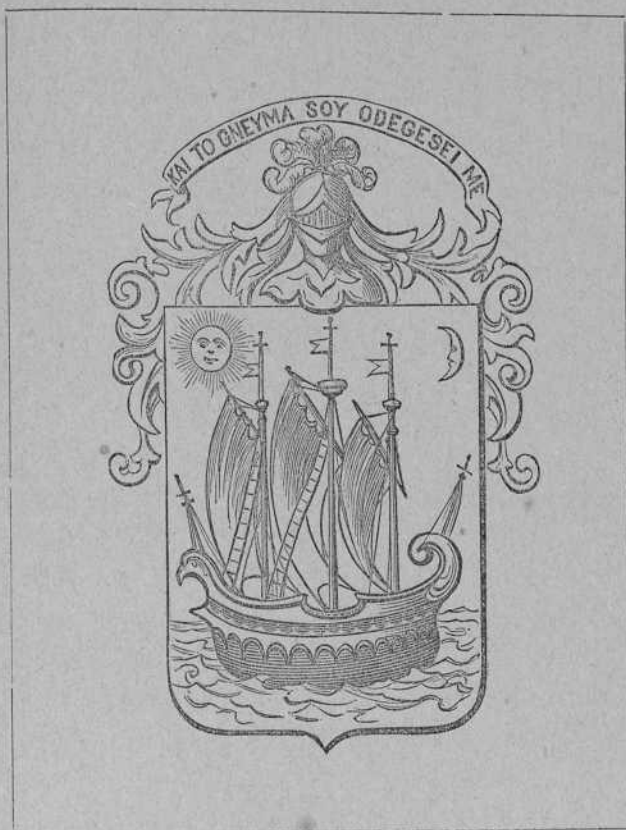
Á fines, pues, del año 1557, á mediados de Noviembre, fué cuando partió de Flandes á España y llegó á Segovia, donde poco después perdió á su padre y colocó en su sepulcro, que existe en la capilla de Nuestra Señora, en la iglesia parroquial de San Miguel, una lápida con un epitafio en letras cinceladas, que dice así:

D. O. M.

*Doctrina et pietate, clarissimo viro D. Jacobo Ferdinandi á Laguna, insigni Doctori medico: qui dum Iugiter studeret Segoviensibus ferre. Manus auxiliitrites invida tamen morte interceptus Concesit Fatis VII. Idus majas 1541. Andreas Laguna filius miles Sancti Petri, ac Medicus Julii III. Pontif. Max. ex Italia et Germania Redux Indulgentissimo Patri. Ya Vita Functo Sibiq. Morituro, ac suis possuit anno 1557.*

En la parte inferior hay un escudo con una nave que surca las aguas, y en la parte superior este lema: *Kai to gneima soy odecesei me*, ó sea: *Spiritus tuus deducet me*, que significa: *Tu espíritu me encaminará*. Colmenares dice que no sabe si serán acaso, las armas del apellido Laguna, ó más bien obra de su caprichoso ingenio.

Dibujo que se observa en la sepultura existente en Segovia del padre de D. Andrés Laguna, y según algunos escudo de armas de la familia.



III

De carácter apacible y de simpático trato, supo adaptarse de igual modo á las costumbres y educación de los clientes de alcurnia elevada, que á las personas menos favorecidas por la

fortuna y que ocupaban la más humilde categoría social. Si bien es cierto que su distinguida educación y gran cultura le hacían apto para dignamente alternar en los palacios de los Soberanos y Príncipes, su caridad y abnegación, al propio tiempo que su afable proceder, le atraían á la morada del pobre y del desvalido, á la cual llevaba consuelo, ciencia, fe y valor, como el benéfico ambiente produce en los campos, vida y poesía en las flores y frutos que brotan con su influjo.

Merció ser admitido en la sociedad aristocrática y obtuvo la confianza, el aprecio y hasta la honra de ser consultado en asuntos de gobierno por magnates y Príncipes, por Soberanos y Jefes de Estado, por personajes ilustres de alta significación política y social; todo lo cual se debía á sus condiciones de superior instrucción, talento, prudencia, diplomacia, sentimiento de justicia, trato de gentes, discreción, oportunidad y exquisito conocimiento del mundo, condiciones que revelan en quien las reúne que ha traspasado los límites del nivel común y es honra de su patria y de su época, por ser sumamente difícil navegar sin naufragio en el turbulento mar de la vida activa y especial de quien pisa el palacio de los Soberanos y no es el cortesano de oficio, sino el modesto sabio que vive de su ciencia y su trabajo.

Ciertamente tuvo la satisfacción de encontrar algún tanto premiados sus desvelos y, hasta cierto punto, satisfechas sus aspiraciones. Mas no por eso le faltaron luchas, contrariedades y espinas en el camino de su vida. La superioridad de su talento y la posición que supo conquistarse, habían forzosamente de mortificar á muchos que veían disgustados su elevación y sus honores. La envidia es tan antigua como la humanidad, y hay que contar siempre con sus asechanzas. Pero supo sobreponerse á sus émulos, y jamás le abatieron los sinsabores ni le desvelaron los disgustos producidos por sus contemporáneos.

La vida, no hay que dudarlo, es una lucha incesante, un continuado combate, una serie de dificultades donde, el que más victorias obtiene, es el que alcanza la única y posible ventura que al hombre le es dado conseguir. Así es que en la exis-



tencia de Laguna no dejaron de presentarse ocasiones y motivos varios en que hubo de entablar combates con la suerte, logrando al fin vencerla. No de otro modo acontece á todas las personalidades que, cual la que nos ocupa, llegan á llamar justamente la atención de las gentes por sus publicaciones, por sus actos, por su modo de conducirse en los difíciles y elevados cargos que desempeñó; por sus brillantes trabajos, en una palabra, que le conquistaron merecido renombre y eterna inmortalidad.

La prudencia y el talento, juntamente con su gran serenidad, fueron las poderosas armas de que se valió para combatir y conjurar las diarias complicaciones y continuados conflictos de la vida, sobre todo quien, como él, por su posición, por la fama de que su nombre disfrutaba, por la influencia con los Reyes y altos personajes, por sus escritos y por las diversas circunstancias de que estaba rodeado, había de tener mayores obstáculos y mayor número de motivos de sinsabores que los que viven en la modesta esfera de las medianías y no han alcanzado á hollar con su planta esas regiones á que las notabilidades llegan, donde, si bien es cierto que disfrutaban satisfacciones y deleites, experimentan asimismo las amarguras y penas del que tiene que recibir los acerados dardos de la emulación, siempre dispuestos á herirle.

Bien puede asegurarse que en ninguna época de su vida fué pródigo del tiempo y malgastó el caudal de la existencia, ni aun en el período de la juventud, en que, por lo regular, tanto se desperdicia y tantas horas se consumen en lo superfluo ó perjudicial, ó tal vez en la inacción, por lo mismo que el tiempo sobra y se cree que aquellas fragantes flores jamás han de marchitarse y aquel brillante sol no ha de llegar nunca á su ocaso. En todas ocasiones dió siempre el verdadero valor á las horas que trascurren, sabiendo invertirlas en útiles y provechosas ocupaciones, teniendo la seguridad de que la misión del hombre dedicado á la ciencia es la de hacerla progresar y dejar marcadas las honrosas huellas de su paso por la misma.

En algunos períodos de su existencia no hubo para él dis-

tracciones, afectos, mundo, pasiones, esperanzas, aspiraciones, dicha, ideas, entusiasmo y vida sino para el estudio y la posesión de la ciencia, en la cual cifraba toda su ventura y por la que no vacilaba en realizar cualquier género de sacrificios. Por eso alcanzó con justicia un renombre envidiable, y sus opiniones eran consultadas y tenidas en mucho por el público ilustrado, en la seguridad de que sus juicios habían de ser la resultante del mucho estudio acumulado y recogido por una gran inteligencia que una vez dueña de tantas ideas, las modelaba y daba nuevas formas, como hábil escultor que del informe barro produce bellísimas y artísticas figuras.

#### IV

Era sumamente aficionado á las comparaciones y al estilo figurado cuando explicaba un asunto científico, y lo mismo al hacer la descripción en sus obras. Al tratar de los órganos contenidos en la cavidad abdominal en uno de sus libros, compara dicha cavidad al mar, los intestinos á las grandes naves; las venas mesentéricas que se esparcen por ellos, á los esquifes; los cuatro humores á los remos, y el organismo en general al piloto de la embarcación. Añade que, así como inclinando el timón de un buque se le hace variar de rumbo, del mismo modo la superabundancia de una de las cuatro condiciones del cuerpo, calor frío, humedad y sequedad, que son el timón de la salud, hará precisamente variar el estado de ésta.

Dice que el corazón representa al Pontífice, que ocupa el punto céntrico de las naciones; el hígado, el pernicioso imperio de Turquía; el cerebro, asiento principal del espíritu, al Emperador Carlos V, y que el cerebro, corazón é hígado, se hallan en relaciones, como Grecia, y España. Son ideas que revelan los asuntos de interés en la política de aquel tiempo.

Contemporáneo de Garcilaso de la Vega y testigo de sus

triunfos, leía con beneplácito sus producciones y celebraba con entusiasmo las inspiradas églogas del célebre poeta toledano, que puede con razón calificársele de uno de los escritores más elegantes de nuestra patria, á cuyas obras puede acudirse, en la seguridad de hallar una de las fuentes más puras del idioma castellano, por lo cual se le considera como uno de los escritores clásicos que, á pesar de haber muerto á la temprana edad de treinta y tres años, supo colocar tan alto su nombre. Laguna conoció sus trabajos y los elogió y apreció en cuanto valían.

Los repetidos viajes que llevó á cabo, sirviéronle en gran manera para adquirir un fondo de ilustración y cultura nada comunes, cuya enseñanza fué doblemente fructífera para quien se hallaba con una preparación y aptitud tan extraordinarias. Dotado, en efecto, de facultades intelectuales superiores, adquirieron éstas mayor desarrollo con el incesante cultivo y la bien dirigida gimnasia de su inteligencia, á que se dedicó sin punto de reposo. Porque los museos que visitó, las personas con quien consultó, los países que á su vista se ofrecieron, fueron otros tantos motivos para que adquiriese un caudal de ciencia que, convenientemente asimilada, pudo presentarla á la consideración pública revestida de un grado de originalidad y atractivo que no es dado conseguir á quien no posea las condiciones de la persona á que nos referimos.

Desde luégo se ve en Laguna el hombre incansable para el trabajo, que no retrocede ante las contrariedades inevitables en todos los trances de la vida y que desprecia todos los sacrificios, con tal de ver realizado el logro de sus buenos deseos. Su fe y constancia tienen profundas raíces, para no impacientarse con el inmoderado deseo de lograr prematuramente la satisfacción de sus ambiciones. Sabe esperar y tiene suficiente constancia para resistir las duras pruebas á que ha de someterse el que ocupa la posición social en que el modesto hombre de ciencia estaba colocado.

La laboriosidad fué su constante norma de conducta. Sin más que hacerse cargo ligeramente del número de obras que salieron de su pluma, bastantes para formar una biblioteca que

constituyese la fama de un escritor notable, sus ocupaciones incesantes de médico con gran clientela y de observador profundo de los fenómenos que la naturaleza ofrece á toda hora, para interpretarlos con la crítica del que atesora gran caudal de ideas y superior ingenio, son evidentes señales de que no permanecía ocioso ni daba momento de paz á una febril actividad de la que tanto provecho reportaran la ciencia y la salud pública.

Su actividad era, en efecto, tanta, que parece inconcebible pudiera realizar las empresas que llevó á término cuando, simultáneamente, había de distribuir su atención en varias ocupaciones de índole distinta. Sólo quien, como él, poseyendo igual aptitud en los difíciles trabajos del bufete como para vencer los obstáculos de la oratoria y resolver los problemas que lleva consigo el ejercicio de la medicina y las ocupaciones del naturalista práctico, era el llamado á colocar su nombre tan alto y ofrecer el raro ejemplo de sobresalir en varias carreras y llegar á superior altura en diferentes especialidades.

## V

Conocer la biografía de Laguna y estudiar sus obras, vale tanto como investigar las más puras y claras fuentes de la historia de la Farmacia española en el siglo xvi. No es posible permanecer indiferente ante documentos que revelan toda la cultura científica de una época, y en pos de los cuales se ha desarrollado un cúmulo de ideas que hoy constituyen cuerpos de doctrina, cuyo núcleo se halla en aquellas páginas, que deben ser conocidas y proclamadas por todo el que sienta el entusiasmo por la ciencia patria que inspira la lectura de sus curiosos libros.

Laguna puede ser juzgado igualmente por su vida que por sus obras. Hay actos en su existencia, episodios en que intervi-

no, hechos en que fué actor, asuntos de que fué testigo, que no pueden menos de intervenir en alto grado y colocar al protagonista en predilecto lugar. Mas los escritos que ha dejado, al modo de luminosa é inextinguible huella, serán siempre documentos fehacientes de la poderosa inteligencia que les dió el ser, cual esas obras de arte destinadas á desafiar al tiempo y á pasar al dominio de la generalidad, que las considera como una joya de la nación en que nacieron.

En cada período de la vida de este hombre insigne, hay grandes enseñanzas y muchos motivos de meditación y estudio. Los viajes que llevó á cabo, las obras que publicó, los discursos que dirigió á varias colectividades, su conducta con los poderosos y magnates y su proceder con los humildes y menesterosos, son páginas gloriosas de la vida de un profesor celoso, que tiene condiciones superiores y se halla, por lo tanto, en aptitud de legar á su patria honrosos monumentos que las generaciones sucesivas han apreciado, libres de la presión del instante y cuando ha sonado verdaderamente la hora, en el reloj de la historia, de juzgar á las personas con perfecta imparcialidad y con ánimo sereno y desapasionado.

Á su regreso de Francia, cuando acompañó al Duque del Infantado para recibir á la Princesa Isabel, hija de Enrique II, sintióse Laguna acometido de una enfermedad que poco después fué la que le llevó al sepulcro. Un terrible ataque de hemorroides, que adquirió caracteres muy graves, produjo su muerte en los comienzos del año 1560, pudiendo decir que su existencia fue admirablemente aprovechada; pues sin haber alcanzado una gran longevidad, realizó y sintetizó en su vida lo que puede alcanzar el que adquiere con justicia el dictado de sabio y la fama de erudito y de autoridad irrecusable en su profesión; lo cual es dado, ciertamente, á bien pocos.

Laguna murió pobre. Sin embargo de haber desempeñado tan eminentes cargos y dedicar su vida entera á la laboriosidad, no pudo hallar en los últimos días de su existencia todo el bienestar á que era acreedor tan infatigable apóstol del trabajo.

Respecto al sitio en que ocurrió el fallecimiento, no hay completa conformidad de pareceres en las personas que del asunto se han ocupado. Si bien hay muchos que opinan que murió en Segovia, existen también otros varios que aseguran que se verificó antes de llegar á esta ciudad, cuando ya se dirigía á ella muy enfermo del referido ataque y tal vez agravado con las molestias inherentes á tan largo viaje (1). De todas suertes, su primera sepultura fué indudablemente el pueblo en que naciera, en lo cual se cumplieron sus deseos, diversas veces manifestados, pues jamás perdió el afecto á los patrios lares, y donde quiso también dormir su eterno sueño.

Se supone que Andrés Laguna fué célibe, ó si contrajo matrimonio, no tuvo sucesión. No existen, ó por lo menos no aparecen, documentos que atestigüen lo relativo á estos particulares. Á su muerte quedaron por herederos de sus bienes y derechos su madre, doña Catalina, y Miguel Juárez. De todas suertes, es sensible que se extinguiera en su persona la rama directa de un apellido que había engrandecido de tal modo y que supo por su ciencia y condiciones hacerle glorioso é imperecedero.

Tal fué la vida de aquél hombre, cuya celebridad se halla tan plenamente justificada. En sus actos como médico, orador, literato y cortesano, ya se le considere en relación con los Monarcas ó con el más humilde ciudadano; en sus escritos, que después de tres centurias llegan á nuestras manos con el aprecio y valor de documentos históricos, jamás decae, y vemos siempre al individuo que ocupó con sobrada razón un lugar eminente entre los de su época y ha consignado la fama en su templo con indelebles caracteres y con imborrables huellas. Es, verdaderamente, una gloria nacional.

(1) Suponen algunos que falleció en el pueblo llamado Galapagar; pero no garantizamos esta noticia. Se cita como una opinión sin grandes pruebas.

VI

Murió cuando aún no había llegado al ocaso de aquella inteligencia que diera tantos y tan beneficiosos resultados y aún podían esperarse brillantes creaciones de la fecundidad de su ingenio y del incesante ejercicio á que le sometía. No se apagaba con los años la llama de su entusiasmo, ni se desvanecían los deseos del progreso y adelanto en su carrera, de los cuales marchaba siempre en pos, cual peregrino de la ciencia y de las letras, nunca saciado ni satisfecho con las conquistas que realiza y con los triunfos que alcanza. Fué, pues, sorprendido y súbitamente paralizado en un camino que recorría con avidez y deseo de victorias, como el guerrero que sólo ve los laureles y no recuerda, ni remotamente, los peligros y los riesgos.

Su cadáver fué depositado junto al de su padre, en la misma iglesia y capilla, y más tarde el de su madre, colocando en la lápida la siguiente inscripción:

*Aquí yace la buena memoria de Catalina Velazquez, muger del Doctor Diego Fernandez de Laguna, fundadora de la capilla. Falleció á 28 de Octubre de 1568 años.*

El tío de Andrés Laguna, ó sea el hermano de don Diego, el Doctor don Melchor Fernandez de Laguna, gobernador eclesiástico, primero del Arzobispado de Toledo y después del Obispado de Plasencia, que ya estaba presentado para esta mitra, y que cuidó algún tiempo de los sepulcros de sus deudos, fué también enterrado en la misma capilla, que ya había adquirido el carácter de panteón de familia, y era como tal venerado por las muchas personas afectas con que contaron entre

sus contemporáneos, de quienes se captaron no escaso número de simpatías, y entre los que tuvieron el aprecio y consideración que merecían por sus relevantes cualidades.

He aquí el epitafio que dedicó á Laguna, en su sepultura de Segovia, el Canónigo de aquella iglesia catedral D. José de Aldema:

*D. O. S.*

*Hic jacet: inmensumque brevis jam terra Lacunam*

*Absorbere valet: si tamen ulla valet.*

*Adtlic qui exausit: fuso qui jura Galeno*

*Addiait: Hispanum Pedaciumque dedit.*

*Pharmaca dum promit, medicas dum ferre Tiaram*

*Usque manus incubat, occubuit.*

*At Bonus in Portum deduxit spiritus illum,*

*quo transgressa Lacum, libera, navis erit.*

*Anno M. D. L. X.*

Las anteriores frases sintetizan perfectamente la vida y hechos del español ilustre que ha dejado tan honrosa memoria de su vida y tan honda huella de sus grandes y variados trabajos.

Todo el que lea la sencilla inscripción que cubre este sepulcro, no podrá menos de pensar profundamente en lo que significan aquellos huesos encerrados en pequeño espacio, y el gran poema que realizaron en el mundo cuando animados con el calor de la vida, dieron muestras de actividad y energía extraordinarias, juntamente con un sinnúmero de cualidades que contribuyeron á dar fama imperecedera y recuerdo de gratitud al hombre que tantos triunfos alcanzara en el mundo de la ciencia. De seguro el visitante sintetizará en su mente toda esa campaña de proezas que asaltan el ánimo en todo el que conozca las glorias de la patria y haya oído pronunciar los nombres de sus ilustres hijos.



VII

Murió Laguna precisamente el mismo año que Felipe II eligió á Madrid para residencia de la Corte, instituyéndola desde entonces capital de España, trasladándola de Toledo, donde á la sazón se hallaba. A partir, pues, de 1560, es desde cuando reside en Madrid la capitalidad de nuestra patria; idea muy discutida respecto á su conveniencia mayor ó menor, y en cuyo asunto no es oportuno entrar ahora (1). Sólo sí se cita para indicar que no residió en esta población Laguna todo el tiempo que hubiera permanecido si la decisión del Monarca se hubiese anticipado á la fecha referida, que precisamente coincidió con la muerte del ilustre hombre de ciencia. Es, pues, una efeméride relacionada con este asunto, y por eso la consignamos.

No consta que se le concedieran otras distinciones que se otorgan á los hombres de mérito y á las eminencias de una carrera determinada, fuera de las que le confirió el Pontífice. Pero eso no ha sido obstáculo para que haya alcanzado el más grande y estimado premio que puede imaginar el hombre más apasionado de las distinciones y honores, cual es la corona siempre floreciente de la inmortalidad, que se adjudica de una manera espontánea y que brota sin esfuerzo alguno, como el lirio en el valle ó como la cristalina gota de rocío en la hoja. Ese es el más justificado galardón, por lo mismo que ni se busca, ni se pide, ni se prodiga, sino que sale al encuentro del que lo merece, y lo posee sin que nadie sea osado á disputárselo.

En la *Historia de Segovia*, de D. Diego Colmenares, se cita también el nombre de Laguna, colocándole en lugar preemi-

(1) Según el ilustre escritor de gran autoridad en el asunto, el Sr. D. Ramón de Mesonero Romanos, la capitalidad de España en Madrid debe contarse desde principios de 1561.

nente, al hablar de Fray Andrés de Vega, pues dice que el año 1560 fué infausto para la ciudad de Segovia, puesto que en dicha fecha perdió tres ilustres hijos, que fueron: el doctor Andrés de Laguna, el maestro Fray Domingo de Soto y Fray Andrés de Vega.

El libro de Colmenares ha servido de primera y principal consulta á los biógrafos de Laguna y á casi todos cuantos se han ocupado de su personalidad en diversos conceptos, por lo cual merece gran crédito.

## VIII

La ciudad de Segovia, justo es decirlo (1), no se apresuró inmediatamente á honrar cual merecía la memoria de Laguna. No conservó sus cenizas con todo el cuidado que merecían, pues nadie se ocupó de ellas, durante mucho tiempo olvidadas en la capilla de San Miguel de la referida ciudad. El año 1810, con motivo de trasladar á esta iglesia la imagen de Nuestra Señora de la Soledad, se cubrió con el retablo el sepulcro. Los restos fueron después extraídos, y parece ser que se colocaron en un serón de esparto, quedando abierto el nicho y expuesto á las profanaciones, hasta que por orden del Gobierno, y con la consiguiente licencia de la autoridad eclesiástica, fueron trasladados al panteón de hombres célebres que se proyectó formar en San Francisco el Grande, en Madrid.

En nuestros días se ha dado su nombre á una plaza en la ciudad en que nació, por iniciativa del distinguido farmacéutico y entusiasta de las glorias de Segovia D. Mariano Llovet. A expensas de éste se construyó elegante lápida, que se colocó en la antigua plaza titulada de los Huertos, que desde entonces se llama plaza del Doctor Andrés Laguna, perpetuando

(1) *Apuntes biográficos de escritores segovianos*, por D. Tomás Baeza.

de tal suerte la memoria del ilustre segoviano (1). Es de sentir, sin embargo, que no se le haya erigido una estatua, como debía haberse efectuado por una suscripción nacional, cuya idea debiera ser acogida por todos los que tengan el aprecio que se merecen á los grandes hombres que han dado á su patria tantos días de gloria.

No ha sido posible averiguar de un modo exacto la casa en que nació, ó por lo menos el lugar que ocupaba. Es lamentable que no haya medio de perpetuar en este sentido su memoria, siquiera con una modesta inscripción en aquel sitio, cuyo recuerdo debiera ser tan grato y apreciable á los que se honran con haber nacido en la ciudad donde vió la luz primera el insigne sabio español. De todas suertes, si la fatalidad ha sido causa de que no haya esa mención material, seguramente el nombre de Laguna se hallará grabado en todos los corazones de sus compatriotas y paisanos y no habrán menester de grandes manifestaciones externas para evocar su recuerdo.

La posteridad, en fin, no ha sido ingrata con este ilustre nombre, pues ha dedicado á su memoria recuerdos honrosos é imprecaderos testimonios de su admiración y respeto. Por decreto de las Cortes Constituyentes de 1869 se le declaró digno de ocupar un puesto en el Panteón Nacional de hombres célebres al lado de Calderón, del Gran Capitán, de Garcilaso, de Ercilla, de Lanuza, de Quevedo, de Gravina y de otras grandes celebridades cuya memoria vive en todos los corazones españoles y á cuyo recuerdo se enorgullece el entusiasmo patrio, sintiendo verdadera satisfacción de haber nacido en el mismo suelo en que vieron la luz aquellos héroes de inteligencia privilegiada y por derecho propio poseedores del templo de la inmortalidad, aun sin el mandato oficial.

Así es que el 20 de Junio del referido año, en cuyo día tuvo lugar la traslación de los restos de hombres célebres al Panteón Nacional, ceremonia llevada á cabo con inusitada pompa y extraordinaria solemnidad, iba, entre las varias carrozas que

(1) Véanse los documentos del final.

conducían las cenizas de otros genios, el carro de Laguna con magnífica corona de laurel y las inscripciones siguientes, recordando los títulos de sus principales obras: *Método anatómico*, *Epítome de Galeno*, *De herba panacea*, *Anotaciones á Dioscórides* y una leyenda con la siguiente inscripción:

*Gloria de su patria fué  
en Medicina y en fé.*

El carro marchaba tirado por cuatro caballos castaños con correa amarilla y encarnado. Como trofeos las obras del distinguido médico, y formando el cortejo de acompañamiento los estudiantes de las Facultades de Medicina y de Farmacia, las Reales Academias de Medicina y Ciencias exactas, físicas y naturales, representaciones de los Cláustros de las Facultades de Medicina y de Farmacia de la Universidad Central y del Cuerpo de Sanidad Militar.

En el primer acuerdo relativo á la instalación del panteón de hombres ilustres no figuraba el nombre de Laguna. Pero la iniciativa de un distinguido estadista, el Excmo. Sr. D. Salustiano de Olózaga, Diputado en aquellas Cortes, motivó el presentar una proposición la víspera de la solemnidad en que se hacía públicamente la traslación de los restos de tantas celebridades y, después de apoyarla, acordaron las Cortes Constituyentes por unanimidad que merecía el Doctor Laguna figurar dignamente al lado de las eminencias que la patria colocaba en tan preciado sitio (1).

Á pesar de verificada la solemnidad de la traslación, no se continuaron las obras para la realización de tan gran pensamiento.

Después se han vuelto á trasladar los preciosos restos á su antiguo panteón de Segovia, reclamados por el Ayuntamiento de esta ciudad, en vista de que no se realizaba ni llevaba á término la idea del Panteón Nacional. Para esto fué comisionado

(1) Véanse al final los documentos en que se detallan estos datos.

el Sr. D. Mariano Llovet, á quien ya hemos citado, Alcalde que ha sido de dicha población, y cumplió con tan honroso encargo, llevando los huesos del hombre ilustre á descansar en el templo en que fueron primeramente colocados, y que hoy conserva Segovia cual preciada reliquia que juzga pertenecerle y tener en su recinto como testimonio de glorioso recuerdo (1).

(1) Véanse los documentos que se insertan al final.



## PARTE SEXTA

Estudio bibliográfico de la obra de Dioscórides, anotada.—Generalidades acerca de éste libro.—Importancia del mismo en la historia de la ciencia española.—Su estilo, ediciones, carácter de sus láminas, tipografía, parte material y otros detalles.—Fama que proporcionó á Laguna esta obra.—Motivos de haber transcrito algunas de sus más importantes páginas, y consideraciones acerca de las mismas.—Significación de la obra en diversos conceptos.

**Análisis de la obra de Dioscórides, comentada é ilustrada por el doctor  
Andrés Laguna.**

### I

La importancia de esta obra exige que se forme con su estudio capítulo separado de todas las demás, para poder apreciar con exactitud hasta dónde llegaban los conocimientos científicos de Laguna y juzgar con acierto el estado de las ciencias naturales en España en la décimasexta centuria, que merece muy particular atención y examen.

Es una enciclopedia de medicamentos la que se consigna en este libro. Sin obedecer en su clasificación, como es consiguiente, á los principios que reconoce la ciencia moderna como fundamentales, lo cierto es que constituye una larga y minuciosa enumeración de sustancias, exponiendo detenidas consideraciones, que salen de los límites de la parte descriptiva para

penetrar en otro orden de ideas, cuyo desarrollo exigiría no escaso número de volúmenes. Allí se ven muchos de los rudimentos de ciencias que han adquirido gran preponderancia con el trascurso de los años, semejantes á lo que acontecería con los embriones de gigantescos y potentes árboles que cubren con su sombra grandes extensiones de terreno ó alcanzan con su cima inmensas alturas.

La obra titulada *Pedacio Dioscórides Anazarbeo acerca de la Materia medicinal y de los venenos mortíferos*, que tradujo Laguna del griego al castellano é ilustró y anotó con multitud de datos, es indudablemente un monumento que la historia de la ciencia patria ha recogido y ha motivado el colocar, con justicia, á su traductor y comentador entre los más notables naturalistas españoles de su época, en la seguridad de que, en tan meritorio trabajo, han de hallarse noticias que sean de alto interés histórico para el médico, el botánico, el farmacéutico, el toxicólogo, el químico, el zoólogo, el escritor, el bibliófilo, el crítico y el filósofo, pues todos han de recoger en las páginas de la obra ideas de trascendencia suma y de interés de primer orden para la especialidad científica que cultiven. Con razón, pues, ha pasado á las edades sucesivas unánimemente respetada y aplaudida.

La consideración de que todas las naciones de Europa habían traducido á sus respectivos idiomas la obra de Dioscórides, faltando una edición castellana, con mengua de nuestra fama y gran deficiencia en los estudios farmacéuticos y médicos, así como en los botánicos, fué la circunstancia que le movió, lleno de fe y entusiasmo, á emprender un trabajo para cuya realización se necesitaban multitud de condiciones difíciles de reunir en una misma persona, pero que, por raro capricho de la suerte, se hallaban acumuladas en el sabio segoviano, que ya en la madurez de su razón, con sus conocimientos helenistas, su costumbre y hábito de escritor y sus estudios científicos, eran un conjunto de elementos apropiados para la perfecta realización de tan difícil empresa.

La producción de Dioscórides, de remota época, puesto que



la existencia de dicho sabio data de los años primeros de la Era Cristiana, había ya sido, en efecto, comentada y vertida á idiomas varios por otros escritores que tomaron á su cargo esa tarea en siglos ya lejanos.

De ninguno se ha ocupado la historia y se ha detenido el examen crítico como en el trabajo de Laguna, que lo emprendió con verdadero entusiasmo y deseo decidido del mejor acierto y la mayor perfección.

Dioscórides, que siguió en sus años primeros la carrera de las armas y ejerció después la profesión de medicina en concepto de facultativo militar, como médico de los ejércitos romanos, visitó muchos países, donde pudo observar las plantas y producciones naturales de los mismos, apreciando al propio tiempo muchas de las aplicaciones de esos cuerpos. Escribió varios libros, algunos de los cuales tienen dudosa autenticidad; pero la denominada *Materia medicinal* es el que le ha dado más nombre y donde se ha fijado principalmente la historia para recordar sus hechos, y los hombres de ciencia para dirigir gran número de investigaciones, ya con objeto de comprobar los datos citados por escritor de tan remota época, como también con el fin de hacer un examen crítico más ó menos fundado de la antigua materia médica.

En épocas menos lejanas, *El Pedacio* de Dioscórides fué ya interpretado antes de Laguna por Juan Ruelio, en 1518. Forma un tomo en 8.º mayor, sin paginación alguna. Libro sumamente raro en su primera edición, publicada en París, hasta el punto de figurar entre esas adquisiciones preciosas y apreciadísimas por los bibliófilos.

Otra edición es de Alcalá de Henares, debida al célebre latino D. Antonio Nebrija, que la adicionó con dos opúsculos, el uno titulado: *De Dioscoride patria et atate et professione ex variis auctoribus, ab Antonio Nebrissensi decerpta*; y el otro es un *Lexicon illarum vocum, quæ ad medicamentariam artem pertinent*, el cual tiene la correspondencia castellana de muchos nombres griegos y latinos de las plantas. El título de la obra es el siguiente:

*Pedacii Dioscoridis Anazarbei de medicinali materia... Joanne Ruellio sucessionensi interprete. Impressum Compluti Carpetanie in officina Arnaldi Guillelmi, atque absolutem ; ; nonus februarii, anno à natali christiano MDXVIII.*

Hay también otra edición de *Dioscórides*, que tradujo Ruelio, hecha en Valencia en 1626 por Miguel Sorolla; pero ni ésta, ni la anterior, ni algunas otras pueden compararse al trabajo de Laguna, que se propuso hacer una obra nueva, y á quien sólo sirvieron de motivo los pensamientos de Dioscórides para dar á conocer una copia de asuntos que revelaban á las claras el estudio, meditación, ingenio, consulta, detalles y aplicación del que debiera ocupar, más bien que el secundario puesto de traductor, el protagonista de creador y principal papel de autor único.

## II

Tenía Laguna por Dioscórides una verdadera veneración y decidido entusiasmo. Su repetida lectura llegó á hacerle apreciar en lo mucho que valía tan ilustre filósofo, cuyas ideas respetaron las generaciones que se habían sucedido durante quince siglos. Por eso no le agradaba, cuando veía interpretaciones y comentarios de las obras del gran maestro, que no se ajustasen á la exactitud y no revelasen con fidelidad sus ideas. Así es que criticó con razón el trabajo de Ruelio, si bien dice que las faltas en este caso procedieron de haberse servido el traductor de ejemplares apócrifos y erróneos, poco dignos de inspirar confianza respecto á la veracidad de las ideas en ellos expuestas, que distaban bastante de ser las emitidas por Dioscórides.

La empresa fué largamente preparada y detenidamente meditada por Laguna, como no podía menos de acontecer, tratándose de un asunto de tal índole. Consultó con personas doctas y adquirió gran número de materiales para comprobar y hacer un minucioso estudio de sus propiedades; emprendió viajes,

rebuscó en archivos y bibliotecas no pocos libros, manuscritos y códices, á fin de que la obra llevase todo el sello de interés y perfección que merecía la popularización en España de unos conocimientos tan indispensables al farmacéutico y al médico, como escasamente cultivados y no poco desatendidos por los que á estas profesiones se consagraban.

Porque dista mucho de ser un trabajo improvisado, ni obra de algunos momentos de entusiasmo y afición. Es, por el contrario, el resultado de largos años de estudio y de consulta, de meditación y examen, de comprobación y análisis, para realizar todo lo cual no bastan una inteligencia vulgar y un minucioso espíritu de pacienzudo trabajo, sino que han de hallarse reunidas, en quien se propone llevar á cabo empresa de tal magnitud, una suma de conocimientos y una elevación de miras, que estuviesen muy por cima del nivel de la generalidad y descollasen mucho de la talla de las inteligencias de su época, para reunir en un mismo individuo las condiciones de literato y hombre de ciencia, suficientes para dar á sus obras todo el atractivo é interés de la que nos ocupa.

Es de advertir también que hizo cuantiosos gastos para proporcionarse de Egipto, Grecia y Berbería muchos objetos raros, con el fin de comprobar sus propiedades, estudiar detenidamente sus caracteres, aclarar dudas y apreciar detalles que de seguro no habian sido estudiados ni conocidos por todos los que se ocuparon de aquellas sustancias. Fueron no pocas las dificultades que tuvo que vencer para llevar á cabo su obra con toda la brillantez y exactitud que se propuso, sin reparar en los sacrificios que tuvo que imponerse, ni en otra serie de obstáculos que hubo de allanar á satisfacción; todo lo cual hay que tener presente al examinar este libro, por tantos títulos digno del aprecio y respeto de cuantos á estos estudios se dedican.

La aparición del mismo fué un verdadero acontecimiento que tuvo lugar para gloria de las ciencias naturales y de nuestra nación, y que puede considerarse cual glorioso triunfo alcanzado por un hombre de ciencia que demostró una suma de

estudios y superioridad de criterio tales, que ha quedado como grandioso monumento de imperecedero recuerdo, digno de ser consultado y de ocupar honroso puesto en la biblioteca de todo el que desee conocer la historia de las ciencias naturales con aplicación á la farmacia y medicina, presentando á la faz del mundo sabio el ejemplo de un español que, en la décimasexta centuria, podía figurar en primera línea entre los naturalistas ilustres.

En el libro del inmortal Cervantes, ó sea en el *Quijote*, se hace mención honrosa de la obra de Dioscórides, ilustrada por Laguna, lo cual demuestra el eco y la importancia que en el mundo culto hiciera la producción referida en aquella época; porque la instrucción de Cervantes, con ser extensísima, no se hubiera fijado en este libro si no lo mereciera por sus condiciones especiales y á no poseer un mérito relevante para figurar en la biblioteca del docto y ser citado cual honroso modelo en conocimientos de la índole á que pertenecía (1).

Detengámonos algún tanto, por consiguiente, en el estudio del *Dioscórides* español, pues bien lo merece un libro que puede considerarse como la historia de la ciencia del siglo XVI, tal como en nuestra patria se concebía. Aquellas páginas necesitan ser muy despacio leídas, por todo el que se dedica á los estudios médicos y farmacéuticos, pero muy singularmente los segundos. Dominantes algunos sistemas ante los cuales era forzoso rendirse, se observa en muchos casos la tendencia reformista del que, conociendo los errores de sus contemporáneos, trata de separarse de la opinión general y protesta de un modo más ó menos vivo, como el que llega á sitio en que la masa común de las gentes sigue caminos erróneos y el nuevo individuo advierte lo que antes no se veía.

(1) El párrafo del *Quijote* en que se hace esta mención, se inserta al final, así como una nota de Clemencin.

III

Muy detenidamente, á la verdad, hay que leer un libro que tanto enseñan y tanto significan las ideas expuestas en sus amarillentas páginas, ya muy deterioradas por el trascurso de los años. Porque, si es una rápida ojeada lo que por ellas se dirige, no podrá verse, seguramente, la importancia que sus pensamientos encierran, á través de muchas vulgaridades y no pocos errores, si se juzga con arreglo al actual estado de la ciencia. Es como si estuvieran cubiertas con un velo las máximas que expone y hubieran menester de cierta habilidad para recorrerle y apreciar lo que oculta bajo sus escondidos pliegues. Nada más fácil que juzgar erróneamente la obra y creerla digna de ser relegada al olvido, sin título alguno para ser evocada en la época presente. De aquí, pues, la necesidad de saberla manejar y fielmente interpretar sus páginas.

La edición primera de la obra de Dioscórides, profusamente anotada, la publicó Laguna en 1555. Este libro fué objeto de graves censuras del Tribunal de la Inquisición, y muchos de sus párrafos fueron condenados, y procesado Laguna, con cuyo motivo sufrió algunos sinsabores y hubo de experimentar las contrariedades de una época de intolerancia, en que las ideas científicas no podían darse á conocer sin grave riesgo de experimentar serios disgustos, producidos muchas veces sin que el autor de un libro tuviese intención, ni menos propósito de delinquir.

No es de suponer que fuera herético ni heterodoxo en sus juicios el que mereció las simpatías y el aprecio de los Pontifices, hasta el punto de ser una de las personas de su confianza y alcanzar distinciones preciadas de los jefes de la Iglesia, que no prodigaban, ciertamente, á los que no reunieran condiciones y títulos relevantísimos, como acontecía con el personaje

aludido, en quien la ciencia y la fe católica se hallaban á igual altura, y el creyente y el docto eran igualmente queridos por el Padre común de los fieles.

Justo es decir que los escritores científicos no abundan en su época. El movimiento intelectual manifestado por medio de la prensa, era escaso. Por otra parte, las dificultades para publicar un libro se presentaban en gran número. Censuras, calificaciones, críticas, interpretación errónea de las ideas del autor; todo constituía un conjunto de tropiezos y de obstáculos, de los cuales muchas veces no era fácil triunfar. Así es que las obras que vieron la luz pública en esos periodos tienen ya un mérito de que seguramente han de carecer las de posteriores tiempos, en que la publicidad ha sido tan frecuente y puede decirse que no se ha dado punto de reposo.

El título literal de la obra es el siguiente:

*Pedacio Dioscórides Anazarbeo acerca de la materia medicinal y de los venenos mortíferos, traducido de lengua griega en la vulgar castellana, é ilustrado con claras y sustanciales anotaciones y con las figuras de innúmeras plantas*, por Andrés Laguna. Amberes, 1555. Es un tomo en folio de 616 páginas y ocho de principios, con gran número de figuras grabadas en madera, intercaladas en el texto.

Después hay varias ediciones. Una en Madrid, en 1560; otra en Salamanca, en 1563, con el retrato de Laguna grabado en madera; otra en 1570, también impresa en Salamanca; otra en 1586; otra en Valencia, en 1636; otra en 1651; otra en 1677; otra en 1695; otra en 1733 en Madrid, con adiciones de D. Francisco Suarez de Rivera y láminas grabadas en cobre, constituyendo dos tomos en folio. En 1572 se publicó en Madrid la misma edición con portada nueva.

En la edición de Salamanca de 1586, debajo del retrato, hay el siguiente soneto de D. Luis de la Cerda al Doctor Laguna, que copiamos más por la curiosidad bibliográfica que por su mérito literario.

Dice así:

«Tú, que ganando eterno nombre y vida  
Espíritu gentil, claro y divino,  
Raro ingenio, excelente, peregrino,  
Extraña habilidad jamás oída;

Por tí la Medicina al fin venida  
Se entiende, pues mostraste tal camino,  
Que te hará siempre de alabanza dino  
Y tu fama inmortal esclarecida.

Dioscórides se alegra, y justamente,  
Que tú, entre cien mil otros, fueses sólo  
Quien mejor sus conceptos entendiste.

Gózate España, pues al mundo diste  
Otro nuevo Esculapio y docto Apolo,  
Para remedio de la humana gente.»

La carta numcupatoria que figura al frente del libro, dirigida al Príncipe heredero Don Felipe, hijo de Carlos V, y después conocido en la historia con el nombre de Felipe II, es un notable documento, que merece ser conocido por más de una razón y que copiamos al final íntegro, para que puedan hacerse por el lector todas las consideraciones á que se presta tan interesante escrito. Es la reproducción de muchas impresiones que experimentó Laguna, muy dignas de ser conocidas y apreciadas por el lector de la obra de Dioscórides.

No todas las ediciones tienen la referida carta, con lo cual pierden no poco en aprecio y estimación.

Su importancia, bajo diversidad de conceptos, es de tal naturaleza, que no podemos dispensarnos de copiarla. Á continuación de la misma hacemos algunas ligerísimas consideraciones encaminadas á demostrar ese gran interés. Al propio tiempo se da á conocer en ese documento algun rasgo notable de Laguna como naturalista, escritor y médico, y es, por tanto, digno de ser referido en sus datos biográficos. Es un verdadero documento histórico.

El primer pensamiento de Laguna, respecto á la dedicatoria de esta obra, fué consagrarla al Pontífice Julio III. Mas ocurrida la muerte de aquel Papa en 29 de Marzo de 1555, terminó ya la misión del Doctor en Roma y se trasladó á Amberes, y en 15 de Setiembre del mismo año consignó la dedicatoria al Príncipe Felipe II. Es muy conveniente que no pase desapercibido este dato histórico en una obra de tal importancia y cuyos antecedentes es sumamente curioso conocer.

La dedicatoria es al Señor Ruy Gómez de Sylva, Conde de Melito, en unos versos que más adelante se darán á conocer, y en donde se propuso que sirviera de intermediario con el Príncipe, de quien era Camarero mayor, para que su Señor acogiese con benevolencia el trabajo y lo prestase su apoyo y protección.

La obra, considerada en conjunto, es de un gran valor histórico. El médico, el farmacéutico y el químico, es indispensable que la lean detenidamente, si han de aprender los antecedentes de muchos de los asuntos que cultivan y el grado de adelanto que alcanzaron en nuestro país hasta el siglo xvi. Mas también el hombre de letras y el que se dedica á los estudios generales de historia encuentra datos útiles, relacionados con las costumbres, usos, jerarquías, supersticiones, entusiasmo y otra porción de conceptos, en los que seguramente puede inspirarse para rectificar ó completar las ideas adquiridas en escritos de otra índole, siendo el de que tratamos una obra que ha pasado á la categoría de legendaria, y de enseñanza de la ciencia tal como era tres siglos atrás.

Las primeras ediciones del *Dioscórides* ilustrado por Laguna son, sin duda, libros que entran en la categoría de las riquezas bibliográficas, y muy apreciados, no solamente por los que se han dedicado á las ciencias naturales ó á las médicas en toda su extensión, sino de todo bibliófilo que sea verdadero entusiasta por las glorias patrias. Singularmente la edición de Amberes y la de Salamanca son las preferidas, por lo completas; pues en algunas otras, como las de Valencia, hay supresiones que, si bien no afectan á lo esencial, son, sin embargo, suficientes para considerarlas desprovistas del carácter ge-



nuino de las primeras, tal como salieron de manos del comen-  
tador.

Constituye una curiosidad bibliográfica notable el ejem-  
plar de esta obra perteneciente á Felipe II, cuando era todavía  
Príncipe heredero. Existe entre los libros raros de la Biblioteca  
Nacional. Encuadernado con el lujo correspondiente á la ele-  
vadísima persona á quien estaba dedicado, se halla impreso en  
ricas vitelas, con orlas caprichosas y artísticamente ilumina-  
das y las figuras también con diversidad de colores. Es la ma-  
nifestación espléndida del arte de la época. El volumen es mu-  
cho más abultado que los ejemplares de otras ediciones, cual ha  
de suceder necesariamente, atendido al espacio mayor que la  
vitela ocupa con relación al papel. De seguro es un ejemplar  
único, del cual no hay otro idéntico.

La encuadernación es severa y elegante. Sin embargo de  
hallarse los dorados ya destruídos en parte por la acción del  
tiempo, se observa que están distribuídos profusamente y con  
toda la colocación artística que merece un objeto destinado al  
uso de un monarca. No ha podido, como es consiguiente, li-  
bertarse de la destructora acción de los años, á pesar de la cu-  
bierta con que cuidadosamente se halla conservado. En la ac-  
tualidad se halla sujeto con unos broches que no son los pri-  
mitivos, cual se observa por las huellas que dejaron, y además  
no corresponden á la riqueza, elegancia y gusto artístico que  
predominan en todo el libro, por donde quiera que se le consi-  
dere.

Toda la carta numcupatoria está orlada de lujosos colores.  
Siempre que se menciona al Príncipe lo hace con letras de oro,  
lo mismo al dirigirse á él que cuando estampa en abreviatura  
la palabra majestad.

Las figuras, tanto de las plantas como de los animales, es-  
tán iluminadas con diversos colores, y todo este trabajo, hecho  
á mano exclusivamente para el ejemplar á que nos referimos,  
lo hace de valor extraordinario, atendida su significación his-  
tórica.

Las primeras figuras son: el Iris doméstico é *Iris silvestris*,

y la última el canis rábidos ó perro rabioso, perseguido por varios hombres. Es, pues, un ejemplar único.

Al final se insertan los privilegios para el Reino de Aragón y para los países de Brabante y de Flandes.

Este curioso libro pertenece á la edición dedicada al Conde de Melito; tiene la dedicatoria en esta forma:

«Al Ilustrísimo Señor Ruy Gomez de Sylva, Conde de Melito y Camarero mayor del Serenísimo Rey de Ingalaterra, Principe y Señor nuestro:

Siendo nacido en Grecia y sustentado  
de los Reyes de Egipto, vine al Latio,  
por ser todo el Oriente ya ocupado  
de bárbara canalla y fatigado,  
sin poderse esperar allí solatio.

Pero adonde pensé yo hallar sosiego,  
hallé infernal discordia y gran renzilla;  
vilo metido todo á sangre y fuego,  
y así propuse transferirme luego  
al sosegado Reino de Castilla.

Allí pienso bivar y hazer mi asiento  
debaxo de la sombra y dulce amparo  
del gran Philippo, qual segun yo siento  
fue dado al mundo por luz y ornamento,  
por dechado Real y espejo claro.

Mas porque no m'atrevo á ir sin guia  
un hombre peregrino á tant'Alteza  
ni se con que ocasion ni por que vía,  
es menester que vuestra señoría  
Señor Ruy Gomez use de grandeza.

Y pues por su valor é integridad  
adornada de singular prudencia  
vino á tener tan grand'authoridad  
*con la Real y Sacra magestad,*

se digne encaminarme á su clemencia.  
Lo qual si hazeys, Castilla y Portugal  
os harán gracias como á Promotor  
del que les llena un muy grueso caudal  
De quantas cosas crió el celestial  
para ilustrar este mundo inferior.»

Dice el Dr. D. Anastasio Chinchilla, en una nota de su *Historia de la Medicina española*, que visitando un convento de España vió dos ejemplares del *Dioscórides*, uno de los cuales tenía las figuras de las plantas iluminadas por el mismo Laguna, según constaba en una nota manuscrita y rubricada por el mismo. Advierte el Dr. Chinchilla que no conocían la obra ni su importancia en el referido convento, hasta que llamó la atención acerca de ella.

#### IV

Propúsose Dioscórides escribir una obra que tratara de las virtudes medicinales de las plantas de una manera exacta y minuciosa, cual no lo había sido en los incompletos y por todo extremo deficientes trabajos de Bitinio y Heráclides. Rectificar errores cuyo origen radicaba en no haber observado las plantas ni podido apreciar sus caracteres, dando como perfectas y aceptables las descripciones inexactas de otros, es un objeto que trata de realizar también en su obra. De igual modo asigna una gran importancia al estado de desarrollo de los vegetales, sitio y país en que crecen, época del año en que se recolectan, caracteres diversos que presentan, según la edad, y otra porción de consideraciones útiles en el estudio de la ciencia.

Laguna hace una anotación en el prefacio, mucho más larga que lo expuesto por Dioscórides en el mismo. Entre varias consideraciones curiosísimas, merece citarse la duda de algu-

nos autores acerca de la época en que escribió Dioscórides la obra. Algunos suponen, erróneamente, que fué contemporáneo de Plinio, cuando fué un siglo anterior; pues Dioscórides Anazarbeo, médico llamado *el Pecosó*, á consecuencia de las huellas violentas que presentaba su rostro, vivió en tiempo de Cleopatra y Antonio, de quien fué continuo familiar. Plinio, pues, fué posterior á Dioscórides, de quien tomó no pocas ideas, sin embargo de no citarle en sus escritos, cuya omisión explica Laguna porque acaso quisiera aparecer original en muchas ocasiones en que distaba de serlo, ó tal vez porque creyera que las ideas de Dioscórides no eran propias, sino adquiridas en la consulta de otros libros.

En una advertencia al lector en la edición de Valencia del año 1677, se dice que ha ido perdiendo el libro su interés, á consecuencia de haberse borrado las estampas, por lo cual ha hecho abrir otras de nuevo, aunque teniendo que sufragar excesivos gastos. *Y también—añade—va corregido conforme al Catálogo nuevo del Santo Oficio y quitadas algunas supersticiones que tenía. Y también me ha movido á ello el ver que esta noble ciudad (Valencia) ha fundado un huerto para que en él se planten toda suerte de yerbas y flores aromáticas para alivio de los estudiantes que habían de ir muchas leguas á buscar el conocimiento de ellas. Y así te doy, amigo lector, en este libro el compendio de aquel huerto abreviado, á donde no solamente hallarás el conocimiento de ellas, pero las propiedades y virtudes naturales.*

Después de recomendarse á la benevolencia del público, se advierte que, por carecer en la imprenta de caracteres griegos, el catedrático de griego de la Universidad de Valencia ha transformado en letras latinas los nombres griegos que hay en todo el libro.

La censura de Fray Lamberto Novella es muy curiosa, por lo cual la copiamos á continuación:

«El Maestro Fray Lamberto Novella, de la Orden de Predicadores, digo: Que de la Comisión del muy ilustre señor doctor D. Martín Dolz, Presbítero, Canónigo de la Santa Iglesia de Tarazona, Vicario general del Arzobispado de Valencia por el

ilustrísimo y reverendísimo Sr. D. Fray Isidoro Aliaga, Arzobispo de dicha ciudad, he leído con cuidado el libro que Pedacio Dioscórides Anazarbeo compuso de la materia medical y de los venenos mortíferos, traducido de lengua griega en la vulgar castellana, ilustrado con anotaciones y glosas, con las figuras de innumerables yerbas por el doctor Andrés de Laguna, Médico de Julio III, Pontífice Máximo, y no he hallado en él cosa alguna contra nuestra Santa Fé Católica, ni contra las buenas costumbres, y está ya corregido y castigado, conforme la nueva corrección del Santo Oficio de la general Inquisición del año 1631, y así juzgo se le puede dar licencia que se pide para darle á la estampa, por la necesidad que hay de su doctrina y no hallarse en España, siendo tan útil á la Medicina.

»En Predicadores de Valencia, en 2 de Mayo de 1635.—El M. Fr. Lamberto Novella.»

Este documento es de interés histórico, porque indica las vicisitudes por que pasó la publicación de la obra y el aprecio y concepto en que se la tenía en aquella época, pues ciertamente vino á cumplir una misión y llenar una necesidad harto sentida en estos estudios.

Divídese la obra en secciones, que titula libros, y que por orden numérico son hasta seis, habiendo después varios capítulos destinados á las respectivas descripciones de las sustancias de que se ocupa. A cada libro precede un prefacio ó prólogo, donde, tanto Dioscórides como su comentador, exponen las generalidades referentes á los cuerpos que tratan en la sección. Forma en su totalidad un volumen de 617 páginas en folio, sin incluir los índices y tablas colocadas al principio, todo lo cual constituye unas cincuenta páginas de impresión compacta y escasas márgenes (1).

En el libro primero trata *de todas las aromáticas medicinas, de los aceites, de los unguentos, de los árboles, y de los licores, gomas y frutos que dellos nacen*. En el segundo, *de los animales, de la miel, de la leche y de la enxundia, de las legumbres y de la*

(1) Edición de 1677.—Valencia.

*hortaliza, añadiendo todas las yerbas que son agudas al gusto, como son los ajos, las cebollas y la mostaza. En el tercero, de las raíces, cumos, yerbas y simientes domésticas y ordinarias á la vida del hombre, como de las medicinales. En el libro cuarto continúa con las demás especies de plantas y raíces que restan. El libro quinto lo destina á la descripción de las suertes de vinos y de los minerales, comenzando de la vid. Por fin, el libro sexto, que, como dice, será el último de nuestra fatiga, trataremos de la facultad y fuerza de los venenos que nos pueden dañar y de los remedios saludables contra ellos.*

En todos los tratados interviene igualmente la pluma de Laguna, demostrando extensos conocimientos.

La parte material es bastante aceptable, en atención á la época y al estado del arte tipográfico entonces. Las frases y los giros son castizos y revelan también el siglo en que se escribieron, pues muchas palabras ya son anticuadas y algunas han caído por completo en desuso; de igual modo que la ortografía actual en otras es distinta de la empleada en la obra. Es también de notar que se halla marginada, y, por tanto, resulta fácil de hallar un asunto determinado, por estar con gran profusión expuesta en las márgenes la cuestión de que se trata, cuya costumbre, adoptada por todos ó la mayor parte de los autores antiguos, ha llegado todavía hasta nuestros tiempos en algunos libros, y por cierto es digna de aplauso.

Examinando, en resumen, las varias ediciones del *Dioscórides* de Laguna, se observa que las más apreciables, bajo el punto de vista bibliográfico, son: la de Amberes, 1555, que es un tomo en folio de 616 páginas y ocho de principios; la de Salamanca, 1563, con el retrato de Laguna grabado en madera, y la de 1570, también de Salamanca, con el retrato grabado de igual modo y que, reproducido por el fotograbado, figura al frente de este libro. Las demás no tienen igual estima, pues en unas ha desaparecido la carta numcupatoria, en otras alguna de las dedicatorias, en otras las licencias otorgadas por el Rey

para la impresión del libro, todo lo cual son variantes que desvirtúan algún tanto el valor de la obra en el concepto histórico, que es por el que se desea conocer precisamente.

V

No hay medio más adecuado de formar cabal idea del valor de la obra que copiando íntegras algunas de sus páginas, para inmediatamente hacer los indispensables comentarios. Se ha procurado llamar la atención sobre todos aquellos asuntos que por algún concepto merecen consignarse. Datos históricos, detalles notables descriptivos, ideas más ó menos bizarras; todo se registra en aquel extenso tratado, cuya lectura siempre revela algo digno de estudio cuantas veces se pasa la vista por sus renglones.

No debe menospreciarse por haber pasado al olvido mucho de lo que allí se consigna, pues siempre será un documento de grande enseñanza y de la mayor estimación.

Si bien es cierto que en el referido libro se exponen muchas vulgaridades, y hasta conceptos que, con arreglo al criterio de hoy, pudieran calificarse de chavacanos, hay siempre que atender y no olvidar jamás la época en que se escribió, para poder juzgarle con el recto criterio y la imparcialidad indispensables, á fin de adjudicar á este trabajo la calificación y el buen nombre que merece, aun dentro de los inconvenientes referidos. Su lectura enseña mucho, sobre todo si cae en manos de persona que sepa dar la importancia que tiene lo que se expresa en aquellas páginas.

Hace muy atinadas observaciones respecto á la época de la recolección de las plantas y sus partes. También rectifica algunas de las ideas emitidas por Dioscórides. Establece cuatro grados distintos de caliente, frío, seco y húmedo en los simples medicinales. Así dice que la manzanilla es caliente en el

primer grado, los marrubios en el segundo, el abrotano en el tercero y la tapsia en el cuarto. Del mismo modo, la cebada es fría en el primer grado; la calabaza en el segundo, la mandrágora en el tercero y el papaver en el cuarto. La malva es húmeda en el primer grado, la verdolaga en el segundo y las lechugas en el tercero. También afirma que cada grado tiene, en su acepción, gran latitud.

Era tal el entusiasmo por el estudio de la botánica y el deseo de completar sus conocimientos para que la obra de Dioscórides saliese con la mayor perfección, que estuvo á punto de embarcarse en Venecia y dirigirse á Egipto y Berberia, sólo con el fin de establecer comparaciones prácticas entre las plantas descritas por Dioscórides y las naturales. De dicho viaje hubieron de hacerle desistir el Embajador español en la República veneciana y otras varias personas de gran influencia sobre Laguna y que ejercían gran prestigio y consideración en su ánimo. Pero, de todos modos, es un rasgo que indica la fe y buen deseo con que emprendió este trabajo, que es indudablemente el que le ha proporcionado más fama y ha inmortalizado su nombre con mayor razón.

Dice que hay necesidad de observar muy cuidadosamente las edades de las plantas, si ha de tenerse cabal y completa idea de la organización perfecta de las mismas. Porque hay yerbas que en su primera edad parecen muy distintas que después de crecidas, pues varían la forma y aspecto de las hojas, así como otros varios órganos. Establece la semejanza de lo que acontece en la especie humana: los niños nacen con formas muy redondeadas y con algunos órganos poco más que rudimentarios, desarrollándose más tarde y variando aquellas curvas para trasformarse en adultos, distintos por completo de su primitiva constitución.

Á propósito del conocimiento de las plantas, encarece la conveniencia de tenerlas pegadas con cola en algunos cartones, como dice que él poseía, *con la cual industria se conservan en su figura y color muchos siglos como si fueren embalsamadas*, cuyas frases indican que tenía conocimiento de la formación



de los herbarios, así como de que Dioscórides hizo uso de este método para conservar plantas, que sin duda es el más adecuado para adquirir exacta y cabal idea en todas ocasiones y épocas de su forma, porte, color, aroma y demás propiedades difíciles de referir ó de exponer en términos bien inteligibles.

Establece Laguna en este prólogo una clasificación y definición de los sabores. Los sabores, según él, pueden ser: acerbo, austero, salado, amargo, agudo, ágrío, dulce, insulso y muy desgraciado. Llama sabor acerbo al áspero, *que aprieta toda la boca*, cual se siente en la cáscara de la granada. Del acerbo difiere el austero, solamente por ser más blando y no apretar con tanta vehemencia, como el del membrillo. Salado, el que *mundifica* la lengua; amargo, el que es molesto; el que pica con excesivo calor, se debe llamar agudo, como el de la pimienta y limones ágríos; el que halaga y ablanda el paladar produciendo deleite, se llama dulce, y sabor insulso é insípido se llama el desabrido, *que se siente en la cabeza*.

También hace algunas consideraciones respecto á los olores, relacionando éstos con las propiedades terapéuticas de muchas plantas, consignando al propio tiempo la limitación que ofrece este carácter respecto á las reglas para establecer *a priori* el modo de obrar de muchas sustancias.

Se describe cada cuerpo, y á continuación de la monografía se exponen las anotaciones de Laguna, de manera que puede observarse perfectamente lo que corresponde á Dioscórides y lo que pertenece á Laguna, pudiéndose apreciar las adiciones, el aumento de detalles, la aclaración de conceptos equivocados, la explicación de los usos de muchas plantas y sus partes, tanto en medicina como en la economía doméstica, la etimología de muchos nombres, todo en fin, lo que contribuía á formar el complemento de un libro que, en la época en que vió la luz pública, era la representación más genuina y el testimonio más irrecusable del estado de la ciencia entonces, y, por tanto, de la gran talla de quien empleó su docta pluma con tanto y tan preciado provecho.

Las figuras están en su mayor parte tomadas de Matiolo, y

hay algunas equivocadas, por lo que hace relación á la parte descriptiva y los detalles observados en los dibujos; pero no es motivo suficiente para que la obra pierda su importancia histórica y deje de figurar como una de las fuentes á que puede fundadamente acudir siempre que se quiera conocer el estado de la ciencia en la centuria en que se escribió, donde si bien es cierto que imperan algunos errores ó ideas extrañas, no deja de ofrecer ocasiones de elogio y aplauso al sabio que descuella en su época de una manera suficiente á ser considerado y aplaudido con justicia y fundamento.

Cupo la gloria á Laguna de haber dado motivo á Felipe II para establecer el primer Jardín botánico que hubo en España, que fué en Aranjuez. Dicha fundación se llevó á cabo á consecuencia de la carta numcupatoria que ya hemos mencionado, escrita en Amberes á 15 de Setiembre de 1555 y puesta al frente de la primera edición de la obra de Dioscórides. Este hecho merece consignarse, por ser el origen de una de las glorias científicas de España, tanto más digna de ser referida, cuanto es más injustamente olvidada por extranjerías plumas al referir la importancia y origen de los Jardines botánicos, que tanto contribuyen al progreso y popularización de la ciencia.

No puede menos de concederse á Laguna el singular mérito de haber dado á conocer en España la botánica del siglo XVI, aun cuando incurriera en el defecto de acoger ideas del vulgo, falto de instrucción y desprovisto de criterio y experiencia para juzgar los hechos peculiares del dominio científico. Pero, en medio de tal inconveniente, se observa al laborioso é incansable propagandista, al erudito escritor, al botánico entendido y al médico experto que desea dar á conocer á sus compatriotas las ideas de un sabio, ampliadas extensamente y comentadas bajo un criterio lleno de buena fe y excelente deseo, si quiera incurriese en algunos disculpables errores.

En más de un pasaje de la obra de que nos ocupamos se revelan algunos rasgos de Laguna, muy dignos de ser tenidos en cuenta por el biógrafo. Refiere que cayó enfermo en Metz en 1543, donde sus multiplicadas ocupaciones le hicieron per-

der el sueño, y dice «que se le había desecado tanto el cerebro con las calenturas, que estuvo más de quince días sin poder conciliarlo, debiendo la salvación á una mujer tudésca que le llenó las almohadas de beleño, con lo que pudo recobrar el descanso, restituyéndose poco á poco á su estado natural.» Revelan estas frases algunas de las contrariedades que tuvo en su existencia, que fueron en no escaso número, y su paciencia hubo de ponerse á repetidas y difíciles pruebas.

En un libro manuscrito de aquella época, que se ha impreso recientemente por la Sociedad de Bibliófilos españoles, titulado *El Pelegrino curioso y Grandezas de España*, por Bartholomé de Villalba y Estaña, se inserta una respuesta hecha por el ilustre y muy reverendo señor Fray Tomás Quijada á dicho Villalba sobre varios libros, y se insertan los siguientes versos:

«También quieren hablar de agricultura  
y hay en esto extrema competencia;  
mas el momento cesa el que murmura  
con ver de tierra tanta diferencia.  
También Laguna aquí no se asegura  
que el mal hablar es como pestilencia:  
que en *Dioscórides* él ha vaciado  
de Matiolo lo más, lo otro ha gastado.» (1)

Esto indica que hubo también en aquel tiempo motivos de controversia que, aun cuando contenidos en los límites de lo decoroso y digno, dan á conocer bien á las claras que no faltan en ningún tiempo esas rencillas que tanto disgustan, por más que sean inevitables muchas veces. Es el resultado de la humana condición, y hay que aceptarle, aunque nos pese.

De todas suertes, nos referimos á un manuscrito que no ha

(1) Libro sumamente curioso, publicado por la Sociedad referida, con un prólogo de D. Pascual Gayangos.

sido impreso hasta el año 1886, y que hubiera estado en el más completo desconocimiento de la generalidad, á no haberlo dado á luz los bibliófilos españoles, que tantos servicios prestan á la historia y á las letras patrias. Es un dato curioso, hallado en ese precioso volumen, y cuya oportunidad en el presente caso nos ha parecido suficiente á transcribir las anteriores líneas.

La indicación de los pesos usados con anterioridad á Dios córides, cuales son: la mina egipcia, mina romana, libra, onza, dracma, escrúpulo, óbolo, silicua, haba griega, haba egipcia, nuez y avellana, están indicados al fin de la obra, como complemento á la misma, aclarando algunas ideas que por necesidad había que indicar para no incurrir en confusiones ó errores. También se expresa lo indispensable respecto á las medidas, diciendo que la mayor usada por los griegos era el *Calo*, llamado también *Metretra* ó *Ceramia*, que contenía 108 libras.

Expresa los figuras de los pesos medicinales usados en las boticas, algunas de las cuales han llegado hasta nuestros días, por ejemplo, la onza y la dracma, si bien es cierto que se hallan en decadencia por el uso casi unánimemente adoptado del sistema métrico, en armonía con las prescripciones legales.

## VI

\* La detenida y meditada lectura de la obra que nos ocupa se presta á multitud de estudios y reflexiones, tanto más útiles y fructíferas cuanto más se profundiza en el examen de un libro para quien el trascurso de los años no ha extinguido ni anulado su valor, sino que es justamente conceptuado como preciosidad histórica y dato fehaciente del estado de los conocimientos científicos de una época, no bien apreciada en los juicios que de la misma se forman cuando á la ligera se examinan sus resultados ó ideas; pero que cuando sin preconcebido propósito se estudia, se ve que hay en aquellos tiempos el ger-

men latente de muchos descubrimientos que se conceptúan propios y peculiares de nuestros días.

Sigamos, pues, examinando un trabajo que refleja perfectamente los conocimientos científicos de aquella época interesante, en la cual todavía no se vislumbraban los horizontes que han dado tanta luz en el campo de las investigaciones y han aportado tantos descubrimientos á la ciencia de hoy, pero que en medio de los errores no dejan de presentarse rasgos de perfecto conocimiento de algunos asuntos, y aun de intuición, respecto á otros, que al andar de los tiempos ha comprobado la experiencia, de acuerdo con la teoría, que lo expresado en tan remoto período estaba revestido de la mayor exactitud.

Estudiar con detenimiento el *Dioscórides* traducido y comentado por Andrés Laguna, vale tanto como investigar los antecedentes, historia, efectos, vicisitudes, importancia, aprecio y origen del mayor número de medicamentos y de multitud de sustancias de gran interés en la Farmacia y materia médica, así como también la etimología de muchas voces y las razones de más ó menos fundamento para dar ingreso en el catálogo de cuerpos medicamentosos á muchos que la sanción del tiempo ha comprobado, ó, por el contrario, ha dado al olvido con más ó menos razón.

La aplicación y el talento de Laguna pudieron dar sazónados frutos, por algunas circunstancias que le rodearon y que indudablemente le favorecieron en gran manera. Su prolongada residencia en Italia, y principalmente en Roma, el trato con personas doctas y de gran erudición, la facilidad de consultar manuscritos y obras clásicas en una capital con bibliotecas ricas en grandes tesoros de ciencia, todo fué motivo á que la obra de Dioscórides, acogida por él con entusiasmo y deseo de acierto, saliese de sus manos con aquella copia de datos y profusión de ideas que la abrillantase y diese un realce y valor mayores que los del original, como fué desde luégo calificado por los inteligentes.

En pocas obras como en esta resulta tan exacto el conocido y legendario aforismo *el estilo es el hombre*; porque en

aquellas páginas están marcadas las impresiones morales y los afectos de que el autor se halla poseído, reflejándose como en claro espejo todas sus impresiones, creencias, exageraciones, simpatías, agudezas, inclinaciones, extravíos, errores, humorismos y grandes ideas, en los párrafos que sirven de complemento á lo expuesto por un sabio que, en el curso de las edades, había de encontrar, por dicha, un comentador tan á propósito cual no hubiera sido fácil presumir en las tornadizas y continuas transiciones de los sucesos con el trascurso de los años, que todo lo borran, anulan, rehacen, cambian y metamorfosean.

Es notable también la corrección gramatical que revela y el perfecto conocimiento del genuino y clásico castellano de la época, pudiéndose tomar como modelo de los escritos de aquel tiempo. Y esto es tanto más de apreciar, cuanto que Laguna poseía varios idiomas, de los cuales había hecho uso durante mucho tiempo en sus conversaciones y en el trato social, por razón de los frecuentes y continuados viajes que llevara á cabo; lo cual demuestra que tuvo gran cuidado en conservar la pureza de su idioma patrio, para no incurrir en la grave censura de usar modismos, palabras ó giros ajenos al verdadero y castizo idioma español.

Una de las obras de Laguna que merece, á no dudarlo, más estudio, es la de que tratamos. Sin embargo de figurar en segundo término en tan notable trabajo, le dió más fama que el resto de sus escritos, con ser tan numerosos y variados y revelar en ellos una suma de conocimientos que no era frecuente en aquella época, y un raciocinio tan elevado, que á primera vista indica la superioridad de su autor. Mas á pesar de todas estas condiciones, no han alcanzado la importancia y el renombre que obtuvo comentando las ideas iniciadas por otro y planteadas por un autor tan distante de su época.

*La materia medicinal* de Dioscórides, con los comentarios de Laguna, fué, durante mucho tiempo, el libro de obligada consulta en las cuestiones botánicas y de materia farmacéutica y médica, por todas las personas que por razón de su carrera te-

nían precisión de acudir á sus páginas. No había en español otro que pudiera llenar tan importante misión, y por eso fué grande y entusiasta la acogida que mereció por el público ilustrado y los profesores de las ciencias de curar, que podían encontrar la resolución de algunas dudas en medio de las vulgaridades, con las cuales era preciso transigir entonces, en obsequio á las corrientes de la época. Sirvió de motivo á Laguna para manifestar de un modo elocuente sus conocimientos en Farmacia y ciencias naturales, en mayor grado que si hubiera escrito un libro original. Hubo de aceptar los asuntos presentados por el autor; pero hizo respecto á cada uno de ellos una ampliación tal, que los extensos detalles expuestos acaso no hubieran sido espontáneamente manifestados sin mediar la necesidad de corregir, explicar, complementar, añadir, interpretar y fijar el sentido de las ideas planteadas por otro; pero por lo mismo que era un asunto de pie forzado, hubo de ser más lato y prolijo que en cuestiones por él propuestas y á su iniciativa debidas.

El estudio crítico del libro del autor griego, modificado profundamente por el talento y la ciencia de su comentador ilustre, equivale á identificarse con la historia de la materia médica y de la Farmacia del siglo xvi. La botánica, la química, la física, la historia natural, la terapéutica de aquellos tiempos, todo se encuentra perfectamente retratado y puede formarse de las mismas acabada idea y completo conocimiento con la lectura concienzuda de la obra. Es otra de las razones por que se consulta con tanta frecuencia y se acude á sus páginas, como clarísima fuente de histórica erudición y de origen de muchas ideas que el trascurso de los años ha engrandecido y perfeccionado, como se aumenta con la distancia la sombría proyección que la luz forma, pero cuyos embriones y núcleos se hallan en esas obras antiguas que no deben darse al olvido ni mirarse con desdén, á pesar de sus defectos y errores.

La sinonimia es muy de apreciar en este libro. Nombres latinos, griegos, franceses, portugueses y de diferentes provincias de España están consignados al tratar de cada una de las

sustancias. Desde luégo comprendió Laguna que tal conocimiento de los diversos nombres en el estudio de estos cuerpos es de la mayor importancia, y eso significa también un prolijo estudio, que aun cuando aparentemente no revela la gran trascendencia que tiene, no es motivo, sin embargo, para no adjudicar á quien lo llevó á cabo, la gloria que legitimamente le pertenece.

La obra merece, pues, leerse con gran detenimiento y atención suma. Es necesario, sin embargo, para juzgarla con acierto, que el lector se traslade con gran cuidado á la época en que se escribió y no pierda jamás de vista el rudimentario estado de las ciencias entonces, que la historia natural, la física y la química se hallaban esperando esa serie de maravillosos progresos que los siglos posteriores han traído y dado por resultado su completa trasformación y, hasta pudiera decirse, su aparición á nueva y lozana vida. Por eso, un trabajo que hoy no pudiera pasar como verdadero libro científico, debe considerarse como documento histórico precioso, á donde puede acudir en pos de la apreciación de la talla que alcanzaron en el siglo xvi unos conocimientos que al transcurrir de los tiempos debían ser el orgullo de una época y el diploma de honor de una sociedad y una centuria.

## VII

Muchas de las frases y gran parte de las ideas expuestas en la obra, nos extrañan, en efecto, sobremanera si las examinamos con el criterio actual y las juzgamos de igual modo que si hubieran salido á luz en nuestros días. Pero tal asombro desaparece trasladándonos á tres siglos atrás y dirigiendo la mirada á tan lejanos tiempos, teniendo en cuenta lo que cambian y se trasforman las ideas y sus juicios, principalmente en el orden á que se refieren estos estudios. ¿Quién puede asegurar



que lo que hoy predomina en la química y ciencias naturales no sea tal vez digno de censura ó haya sido totalmente cambiado, ó del todo olvidado dentro de un siglo? Pues llevémoslo dos centurias más allá, y entonces, es posible que ni el recuerdo quede de lo que aparece rodeado actualmente con la aureola del triunfo.

Ofrece el *Dioscórides*, ilustrado por Laguna, gran número de motivos de enseñanza y ocasiones para meditar en las evoluciones históricas de la ciencia, que tanto progresa en unos casos, mientras que en otros permanece estacionaria, ofreciéndose también el singular fenómeno de desandar á veces el camino andado para volver á lo antiguo, justificándose la sentencia del gran Horacio:

*Multa renascentur quæ jam cæcidere,  
caduntque, quæ nunc sunt in honore.*

Es el achaque general de la humanidad, y no habia de exceptuarse en este asunto ni diferenciarse en el presente caso. Las ideas progresan; pero esos adelantos simulan á veces el círculo, que cuando más lejanos nos creemos, nos hallamos casi en el punto de partida. Sin embargo, el progreso es ley del hombre y debe aceptarla con júbilo y beneplácito.

Las anotaciones hechas por Laguna en cada capítulo del libro son de tal modo detenidas y minuciosas, que superan en el mayor número de casos, en extension y detalles, al original griego, en que solamente se exponen algunas generalidades, sin descender á multitud de pormenores que en la obra española se especifican y concretan, llegando, desde las ideas propias y peculiares de la ciencia, hasta los conceptos más vulgares y las más populares manifestaciones, propias de las personas faltas de instrucción y de cultura. Pero esto mismo hizo que la obra fuese leída, de igual manera que por el botánico, el farmacéutico y el médico, por aquellos cuyas profesio-

\*

nes y aptitudes distaban mucho de las referidas especialidades. Casi puede decirse que era un libro para todos.

En medio de revelarse de una manera evidente el rudimentario y empírico estado de la terapéutica en el siglo XVI, resultado natural de las ideas predominantes en la época y de la falta absoluta del poderoso auxilio que suministran la física y la química, entonces casi desconocidas, sobre todo la última, se observa en el *Dioscórides*, y más todavía en los comentarios del ilustre español, una copia de datos alcanzados en la práctica y recogidos por la observación propia y, por tanto, más apreciables que los adquiridos en la lectura de obras cuya confianza y crédito suelen ser muy discutibles. Empléase estilo llano y vulgar en las descripciones; pero no es obstáculo á reconocer el mérito que muchas encierran y la originalidad de los múltiples conceptos que en las mismas se exponen.

Los grabados son, como no puede menos de acontecer, tratándose de una época en que no se conocían los adelantos de hoy, bastante defectuosos, principalmente en la parte zoológica. En cuanto á las plantas, puédesse formar idea aproximada del porte de las mismas por las figuras representadas; pero hay no pocas inexactitudes, que indudablemente el perfeccionamiento artístico habría de corregir, á fin de poner en armonía los dibujos con los objetos naturales que representan. Sin embargo, refiriéndose á la época en que salió á luz el libro, eran un delante, aun cuando, como ya se ha dicho, estaban tomados de la obra de Matiolo. Con motivo de las extensas adiciones hechas á la obra por el sabio español, refiere gran número de datos interesantes y dignos de ser anotados por el biógrafo. Ya es una conferencia con un personaje; ya el hallazgo de un ejemplar raro; ya la relación de una curiosa anécdota; ya la enumeración de las costumbres de un pueblo; ya los datos históricos acerca de una sustancia, son motivos en los que figura el escritor tomando una parte más ó menos activa, pero siempre muy digna de figurar al hacer la relación de los hechos notables de su vida.

## VIII

Para formar cabal idea de una obra que puede calificarse como la de más importancia entre las de Laguna, forzoso es copiar, como ya se ha dicho, muchas de sus páginas, para identificarse con los pensamientos de quien las escribió y hacer acto seguido los juicios y comentarios que surgen de su lectura. Esta es la razón de haber trasladado á este sitio los párrafos aludidos, que ofrecen, como se verá, motivos suficientes para no escasos comentarios.

### Ideas acerca del aire.

La impuridades del aire, producidas por causas diversas, no pasaron desapercibidas en el libro, puesto que se indican diversos medios para combatirlas. Claro es que los procedimientos indicados adolecen de grandes imperfecciones, y aun cuando pudieran incluirse entre los desinfectantes las sustancias expresadas, dando á esta palabra una acepción y un sentido extraordinariamente latos, no deben, sin embargo, aspirar á otro efecto que al de desodorizantes. Pero no es obstáculo á consignar que Laguna procuró dar á las sustancias que describía el valor que en la higiene y terapéutica, á su entender, poseían.

Veamos algunas frases relacionadas con este asunto:

Hablando del rábano, dice: «Cortado en ruedas menudas y remojado en vinagre toda la noche, si se come por la mañana en ayunas, *preserva del aire pestifero* y tiene fuerza contra veneno.» «Del resto son los rábanos inimicisimos de los dientes y encías y engendran hediondo anhélito.»

En el capítulo del smirnio, se expresa así: «Resiste valientemente á cualquiera veneno mortífero, preserva los cuerpos de toda *corrupción de aire* y de la pestilencia, y esto no solamente bebida, pero también traída en la boca.»

Del romero, dice: «Hace la flor azul y algún tanto descolorida, la cual, por grande excelencia, suele llamarse en las boticas simplemente *anthos*, que significa flor. Es el romero caliente y seco en el segundo grado. Su sahumero sirve admirablemente á la tos, al catarro, al romadizo; *preserva la casa del aire corrupto y de la pestilencia*, y hace huir las serpientes della,» etc. Del benjuí, que «administrado en perfume, resuelve toda la *corrupción*, infección y malignidad del aire, por donde es muy útil contra la pestilencia.»

De igual manera pagó también su forzoso tributo á muchas de las ideas quiméricas y absurdas de su tiempo, no siéndole posible en muchas ocasiones contrarrestarlas ú oponerse de una manera terminante á su influjo, por consideraciones fáciles de concebir. Á esta especie corresponde el adjunto párrafo, copiado del capítulo en que se trata de los venenos:

«Tiénesese por cosa probada que, atado un diamante oriental, ó una esmeralda, ó un jacinto al brazo izquierdo, entre el codo y el hombro, de suerte que llegue á la carne, embota la fuerza de los venenos y resuelve todo *aire corrupto*. Maestre Juan Portugués, médico excelente (el cual pasaba de noventa años el día que murió), me dijo en Roma por gran secreto que, mientras tuvo cargo del hospital de San Juan de Letrán, á do mucho tiempo reinó una gran pestilencia, trajo siempre un pedazo de solimán, tamaño de una nuez, atado al sobaco izquierdo y á raíz de la carne, por medio del cual se preservó, no solamente de aquel peligro, pero de muchos otros; de suerte que me exaltó por único el tal remedio, así contra el aire pestífero como contra toda ponzoña.»

«Lo cual—continúa Laguna—aunque parezca gran disparate, puede ser todavía posible que aquel veneno mortífero tenga propiedad y natura de atraer á sí los vapores malignos y venenosos, que inficionan el corazón, por razón de la semejan-

za, como vemos que la piedra imán trae el hierro; la cual razón, si no satisface, busque quien quisiere, que á mí me basta.»

Todo esto da á entender que, en medio de las ideas erróneas y faltas de razón de la época, había algún fundamento respecto á la manera de obrar químicamente algunos desinfectantes, neutralizando los efectos miasmáticos, cambiando la composición de un aire determinado contenido en un espacio.

### Del ládano y de la vid.

Hablando de los Cistos ó Jaras, dice:

«Esta especie de cisto que describe Dioscórides, de la cual se recoge el licor, en las boticas llamado ládano, es aquella planta muy pegajosa que en Castilla tiene por nombre Jara; crece gran copia de ella en las montañas de Guadarrama y en torno de Colmenar, á donde, viniendo de Toledo á Segovia el año 39, me mostró un boticario más de diez libras de ládano perfectísimo que había él mismo cogido, echando en agua hirviendo la jara y sacando después la grasa que, á manera de aceite, nada por encima del cocimiento, la cual manera de recoger el ládano tengo por más honesta, por más fácil y más provechosa.»

Se ve, por tanto, que cita, no sólo el producto, sino que indica asimismo su parecer respecto al método de extracción, preferible al antiguo y poco esmerado procedimiento de peinar las barbas de las cabras que pastaban en los jarales.

El tratado de la Vid merece también fijar la atención muy especialmente. En medio de muchas vulgaridades, con lo cual se pagaba el necesario tributo á la época, hay algunas ideas que debe recoger la historia como interesantes. Dice, entre otras cosas, que «Annibal venció en sus batallas por medio del vino adulterado con la mandrágora.»

Hace varias y atinadas consideraciones respecto á los malos efectos del vino, y también en cuanto al cultivo de la vid, las formas y desarrollo de este vegetal, según los climas en que crece; todo lo cual indica que no le eran desconocidos algunos de los preceptos agrícolas que ha revelado la ciencia posteriormente, en armonía con lo que la experiencia enseña.

Comienza, pues, el libro V por el tratado de la Vid, el *ampelos griego*, y dice Laguna lo siguiente, muy digno de ser conocido:

«Teniendo intención Dioscórides de tratar en este presente libro de todas las especies de vinos y diferencias de minerales, comenzó de la vid ordinaria su historia, la cual no sé si en beneficio nuestro, ó en gran detrimento y daño, fué traspuesta y cultivada de los moradores. Porque si ponemos en una justa balanza todos los inconvenientes y males que consigo acarrea el vino, y en otra los provechos que dél se sacan, sin duda conoceremos ser sin comparación los más graves y perniciosos, que estotros útiles, al linaje humano. Y ansí vemos que el Conditor del mundo, conociendo sernos más dañosa que necesaria, nos encubrió la vid, como Padre piadoso que desea no tanto empecer cuanto halagar, y complacer á sus pedigüeñas criaturas; quiso manifestarla á Noé, el cual, primero que otro ninguno, comenzó luego á sentir sus graves inconvenientes. Porque, cierto, no puede venir mayor daño, desventura ni desastre á un nacido, que andarse todo cayendo, hablar cien mil desconciertos y desatinos, descubrir su secreto á quien no se le pide... y por decir, en suma, perder juntamente la razón y el sentido; los cuales inconvenientes, dejadas mil enfermedades aparte, suelen acarrear á los hombres, tomándose demasiado el liquor de la cepa. Por donde si queremos ser justos jueces, hallaremos que no tuvieron pequeña ocasión los Scitas de matar muy ásperamente al primero que los llevó á vender vino á su tierra. Porque como algunos comenzasen luego á beber dél sin tiento, y vencidos de su vigor no pudiesen tenerse en pie y saliesen fuera de tino, súbito sus deudos y amigos, creyendo que fuesen atsigados, sin esperar más prueba, tomaron del mercader cruel venganza, haciéndole mil pedazos.

»Era tan odioso y reprobado antiguamente el uso del vino en la romana república, que así se castigaban las mujeres por haberle usado, como por haber cometido un muy infame adulterio.....

»Muchos ejemplos tenemos de Príncipes, grandes y valerosos, cuyas heroicas virtudes mucho se obscurecieron por este negro vicio del vino, que sacándoles de sí mismos, les compelió decir y hacer mil bajezas y cometer infinitas enormidades. De los cuales, aquel Alejandro Magno, cuando se tomaba del vino, con un furor muy bestial, por una mínima ocasioncilla, entre los flascos y copas mataba los mayores amigos suyos, sobre los cuales acerbamente después lloraba, regándoles con infinitas lágrimas, ya vencida la borrachez. Del mismo Alejandro se dice que, después de haber expugnado á Persépolis, ciudad celebérrima en Asia, una noche sobre cena, todo lleno de vino, por satisfacer á los ruegos de cierta famosa ramera llamada Thais, que seguía su ejército, la permitió que con una hacha encendida pegase fuego á la nobilísima y tan celebrada casa real de Xerxes, señora de todo el Oriente, en la cual se habían criado tantos Reyes y Príncipes; y no sólo la consintió que hiciese tan gran maldad, pero también él mismo, hecho un cuero, yéndose todo cayendo tras la muger beoda, con otra antorcha en la mano, ayudando á encender aquella estructura antiquísima, la cual, juntamente con la ciudad, fué así convertida en ceniza.

»..... Muchos perdieron su ser y estado y se dejaron vencer de sus enemigos muy amenguadamente, por haber sido primero vencidos del vino, que relaja las fuerzas del cuerpo y debilita la virtud y el vigor del ánimo. Lo cual Homero teniendo bien entendido, introduce á Hector hablando con Hecuba en esta forma:

«¡Oh madre, á quien se debe reverencia!  
no me presentes estos dulces vinos,  
ni quieras embotarme la potencia,  
la fuerza y el vigor y la excelencia  
del ánimo y del cuerpo tan divinos.»

»Si queremos dar fe á las antiguas historias, el hijo de aquella Reina valerosísima Tomyris, sepultado en vino y en sueños, en un

punto se perdió á sí y á todo su ejército. Anibal, capitán mañoso y artero, no venció á los africanos vinolentos con otras cosas, sino solamente con vino adulterado y infesto con el zumo de la mandrágora. Por donde aquel Mahometo, enemigo capital del santo nombre cristiano, defendió á sus secuaces el vino, y esto no tanto por respeto de religion, de la cual era muy ageno, quanto porque siendo él más soldado que verdadero profeta, se quería servir dellos en hechos de armas, á los cuales no convenia la embriaguez, que había ya conocido por la experiencia. También el divino Platón ordenó, entre sus decretos, que los hombres de guerra no bebiesen en el ejército vino, ni los Príncipes, ni los Jueces en las ciudades. Defendióle también á los que administraban negocios públicos, á los que habían de consultar ó deliberar de cosas importantes á la república, y finalmente á los casados, siempre que se juntasen para engendrar, porque no sembrasen hijos borrachos. Del resto, á ningún muchacho consintió que bebiese vino antes que fuese de diez y ocho años, porque decía ser añadir fuego á fuego. La cual tan loable costumbre observaron asimismo los de Lacedemonia, porque no solamente apartaban del vino á sus hijos, pero también hacían que los esclavos más vinolentos de toda la casa y más inclinados á la embriaguez compareciesen alguna vez delante de la mesa, á los cuales allí dejaban beber adrede, hasta que de sí mismos se enagenasen y, después de muy bien borrachos les hacían mil burlas y vituperios, para que, viendo sus hijos la fealdad y desventura de los cuitados, huyesen de caer en semejante ignominia.»

»Pero en nuestros calamitosísimos tiempos, más cuidado tienen los padres de podar muy bien las plantas de sus jardines y mirar que no se coman de oruga, que de instituir en virtud y preservar de corrupción á sus propios hijos, los cuales se crían tan viciosos, que son más infelices y de peor condición y suerte que los mismos esclavos...

»Aviendo dicho muchos males del vino, por ser un voluntario veneno cuando se bebe sin regla, será bien que ya volvamos la hoja y digamos los bienes que dél proceden, afirmando que bebido con discreción, es mantenimiento muy sustancial y salubérrimo al cuerpo juntamente y al ánimo; pues si bien miramos sus efectos y facultades



des, calienta los resfriados, humedece los exhaustos y consumidos, engorda los flacos, da color á los descoloridos, despierta los ingenios tardos y perezosos, hace buenos poetas, alegra los tristes y melancólicos, vuelve bien acondicionados los viejos gruñidores y distribúyese por las venas más presto que todas las otras cosas de las cuales toma el cuerpo su refección, y en suma, es único sustentáculo de la vida humana. Ultra las gracias dichas, tiene otra, y digna de ser celebrada, el vino: que es conciliador de las amistades; porque muchas veces hemos visto sentarse dos enemigos capitales entre otros convidados á una mesa común, y después de haber bebídose y brindádose el uno al otro, aunque no de buen corazón, á la fin, encendiéndose poco á poco en amor el vino y olvidado los rencores y enemistades, levantarse muy conformes y abrazarse estrechamente como entrañables hermanos. Por donde aquel omnipotente Padre y Criador de todas las cosas, queriendo juntar en uno los corazones de sus discípulos, no de otro liquor, sino de vino hizo su propia sangre, mediante la cual reconcilió con su Padre todo el linaje humano.»

Lo que se acaba de copiar dice de un modo claro y elocuente cuál era el concepto que tenía Laguna del vino y sus efectos. Pero hemos querido trasladar á este sitio las referidas páginas, porque encierran gran número de curiosidades históricas, dignas de ser conocidas y comentadas, pues indican lo que se discurría relativamente á un asunto tan interesante. El párrafo referente á la Vid es, sin duda, uno de los más acabados y extensos de la obra de Dioscórides, y, por tanto, un sitio que no debe olvidar todo el que quiera escribir algo acerca de la historia de la planta, así como del vino, que constituyen poderosos elementos de vida y de riqueza de algunas naciones, cual acontece con la nuestra.

Al tratar de la diferencia de la vid y de los vinos, se refiere á Plinio y copia parte de unos versos que había compuesto contra una parra que con su frondosidad privaba á un enamorado de la vista de su dama. Son imitación del metro empleado por Jorge Manrique en los célebres ovillejos que el eminente poeta escribió á la muerte de su padre, aunque fuerza



es confesar que distan mucho del mérito literario de la producción que inmortalizó al inolvidable poeta de la corte de Juan II.

Para que puedan apreciarse, los copiamos á continuación:

«Parra por mi mal nacida  
que así me tienes mi amor  
eclipsado,  
de camellos seas pacida  
y tu tronco en su vigor  
sea talado.

Esme mas triste y odiosa  
que el maldito arbol de Adan  
tu presencia,  
pues que me esconde la rosa  
que desterraba mi afan  
en tu ausencia.

Tu beldad y tu verdura  
que se deleita en me dar  
afliccion,  
se convierta en negrura  
y véala yo tornar  
en carbon.

Tus ramas tan extendidas,  
tus hojas encaramadas  
hácia el cielo,  
véalas yo desaparecidas,  
véalas yo derramadas  
por el suelo.

Andes siempre entre los piés,  
de tal fuego seas quemada,  
cual Sodoma.

No la zarza de Moisés,  
ó véate yo tornada  
en carcoma.

Y porque más no persigas,  
bellaca mal inclinada,

los humanos,  
seas roida de hormigas  
y de orugas horadada,  
ó de gusanos.  
El agua y el sol te falten,  
deseche de tí la tierra  
tus raigones,  
furiosos rayos te asalten,  
seas podada con sierra  
y azadones.  
Seas en tallos comida,  
pues que me encubres la faz  
deseada.  
Véate yo consumida,  
y antes de tener agraz  
seas helada.  
Noé, ¡gran culpa tuviste,  
cuando la parra plantaste  
tan mañero!  
Con ella me destruiste,  
aunque sus daños probaste  
tú el primero.  
Mas pues Febo es el autor  
que esta planta mal criada  
tanto crezca,  
sin duda tiene temor  
que la estrella allí encerrada  
le oscurezca.» etc.

Es una composición bastante más larga; pero sólo cita en el *Dioscórides* los versos copiados, por lo cual la terminamos en este punto.

IX

Anestésicos, tintura del cabello, supersticiones.

Deben notarse las siguientes ideas emitidas por Laguna en el *Dioscórides*, por lo que se relacionan con la historia de los anestésicos, ó sea medicamentos que anulan la sensibilidad.

Hablando de las propiedades del animal escinco, lacértido que estudia la zoología entre los saurios, de los cuales forman parte los denominados vulgarmente lagartos, dice lo siguiente:

«La ceniza de su piel, aplicada con vinagre en forma de emplasto sobre los miembros que queremos cortar ó aserrar, les quita de tal suerte el sentido que, al tiempo del obrar, los enfermos no sienten ningún dolor.»

Refiriéndose á la oruga, dice que hay dos especies: una que crece en los huertos, y otra cerca de las lagunas y ríos. Respecto á la denominada berza-oruga, que Linneo llamó después *Brassica eruca*, dice, entre otras cosas:

«Su simiente, bebida, es útil contra las punturas del alacrán, extermina las lombrices del vientre y embota de tal suerte los sentidos del hombre, que los azotes y los tormentos no le dan pesadumbre.»

No se le ocultó tampoco el indicar procedimientos para ennegrecer el cabello. Véase los que exponemos á continuación.

Así dice que el eléboro blanco «(*ophir* de los herbolarios),» «sirve para soldar las heridas y quebraduras y para volver los cabellos negros.»

En otro sitio, hablando de la coloquintida:

«El aceite hervido en la cáscara de la coloquintida, sobre la ceniza hirviente, posee notable virtud de ennegrecer y confirmar los cabellos y defenderlos que jamás se hagan canos.»

No estaban entonces en uso los procedimientos empleados con este objeto, como son las sales de plata, el plumbito cálcico y tantos otros medios igualmente reprobados por la higiene y por la cultura, pero indica muy á las claras que los defectos de la humanidad han sido iguales en todas épocas.

La trascendencia respecto á las ideas predominantes en la época en que escribió Laguna, y el interés histórico que ofrece, son motivos que nos han impulsado á transcribir algunos párrafos de la descripción del capítulo titulado *Solano que engendra locura*, que es la planta titulada vulgarmente *yerba mora*.

Después de algunas consideraciones, encaminadas principalmente á esclarecer dudas y aclarar conceptos entre los cuatro Solanos que describe Dioscórides con los nombres de hortense, halicacabo, somnífero y el que saca fuera de tino, y decir que los tres primeros son muy conocidos, habiendo grandes controversias respecto al último entre los escritores, dice lo siguiente:

«Ultra estas cuatro especies de Solano, se halla otra muy peregrina, la cual se extiende como la yedra y produce las hojas hendidas como las de la vid, las flores blancas y unas vejiguillas como las del Alkekengi, aunque no rojas, sino teñidas de un verde claro, que contienen en sí ciertos granos tamaños como garbanzos, en medio de los cuales se ven unas formas de corazones humanos perfectamente estampadas, de do quieren algunos juzgar que la tal planta posea especial virtud contra las flaquezas de corazón y que por este respeto le señaló así la naturaleza.

.....  
»Dice Dioscórides que, bebida con vino un dracma de la raíz del Solano, acarreador de la locura, representa ciertas imaginaciones

vanas, pero muy agradables, lo cual se ha de entender entre sueños. Aquesta, pues, debe ser, según pienso, la virtud de los unguentos con que se suelen untar las brujas; la grandísima frialdad de los cuales, de tal suerte las adormece, que por el diurno y profundo sueño, las imprime en el cerebro tenazmente mil burlas y vanidades, de suerte que, después de despiertas, confiesan lo que jamás hicieron, para confirmación de lo cual quiero contar aquí una historia. Siendo yo médico asalariado de la ciudad de Metz, visité al Duque Francisco de Lorena, que estaba malo en Nancy el año 1545, en la cual sazón vino allí á Su Señoría todo un concejo á pedir justicia contra dos viejos que eran marido y mujer y se tenían en una ermita á media legua de aquella villa, por cuanto (según la pública voz y fama) eran brujos notorios, y quemando las sementeras, matando todo el ganado y sorbiendo la sangre á los niños, habían hecho daños irreparables. Oídos tan atroces delitos, mandó el Duque prenderlos y meterlos á la tortura; los cuales confesaron luégo todo lo susodicho, y entre otras horrendas hazañas afirmaron que ellos habían muerto al Duque Antonio, su padre y á él dádole aquella enfermedad tan grave, que poco á poco le consumia. Preguntándoles el Duque por qué causa y en qué forma le habían hecho enfermar, dijo el viejo constantemente que porque el jueves pasado, de la cena, Su Excelencia no le había lavado los pies y vestido entre los doce pobres, como solía los otros años, entró en una melancolía muy grande; y que después, como siempre le viese el diablo muy triste en el cerco, entendida la causa de su tristeza, le dijo: Si quieres vengarte del Duque, toma esta vara, y cuando le vieres pasar por tu ermita, echásela delante de los pies del caballo, y así caerá y se hará mil pedazos; pero si no le quieres matar, sino tenerle enfermo, sal como á pedirle limosna al camino y procura de refollarle en el rostro, porque entonces estando yo á tus espaldas, soplaré también por tu colodrillo y le inficionaré con mi aliento, de tal suerte, que ninguno sino tú pueda jamás sanarle. Deste modo, pues, dijo el brujo ermitaño que había inficionado al Duque con intención de curarle presto con un secreto remedio que le había enseñado su maestro el demonio. Por donde aunque el Consejo se resolvió en que fuesen quemados entrambos, todavía el Duque hizo merced de la vida al

viejo, por la confianza que en él tenía de su salud; y así la vieja fué quemada en presencia de su marido: el cual, después, siendo regalado y favorecido en extremo del Príncipe, aunque tenido siempre á muy buen recaudo, un día, con sus guardas, se fué al lugar de donde le habían acusado, y habiendo hecho aquella noche muy buena cena, y cenando en gran regocijo, amaneció ahogado; tras el cual murió el Duque desde no há muchos días. Decíase entre los populares que el diablo había torcido el cuello al villano porque no diese salud al Príncipe. Otros tenían sospecha que los labradores de aquel lugar, por la envidia y odio que le tenían, le habían mezclado veneno.

»Pero, ¿qué tiene que hacer este cuento con el solano? Entre otras cosas que se hallaron en la ermita de aquellos brujos, fué una olla, medio llena de un unguento verde como el de populeón, con el cual se untaban, cuyo olor era tan grave y pesado, que mostraba ser compuesto de yerbas en último grado frías y soporíferas, cuales son: la cicuta, el solano, el beleño y la mandrágora, del cual unguento, por medio del Alguacil que me era amigo, procuré de haber un buen bote, con que después, en la ciudad de Metz, hice untar de pies á cabeza á la mujer del verdugo, que de celos de su marido había totalmente perdido el sueño y vuéltose casi medio frenética, y esto así por ser el tal sujeto muy apto en quien se podían hacer semejantes pruebas, como por haber probado otros infinitos remedios en balde y parecerme que aquél era á propósito y no podía dejar de aprovechar, según de su olor y color se colegía. La cual, luégo que fué untada, con los ojos abiertos se adormió de un tan profundo sueño, que jamás pensé despertarla. Por donde, con fuertes ligaduras y fricciones de las extremidades, con perfusiones de aceite constino y de euforbio, con sahumeros y humo á las narices y, finalmente, con ventosas, la dí tal priesa que, al cabo de treinta y cinco horas, la restituí en su juicio y acuerdo, aunque la primera palabra que habló fué: «Porque en mal hora me despertásteis, que estaba rodeada de todos los placeres y deleites del mundo:» y vueltos á su marido los ojos, díjole sonriéndose: «Tacaño, hágote saber que te he puesto el cuerno, y con un galán más mozo y más estirado que tú:» y diciendo otras cosas extrañas, se deshacía porque la dejásemos volver á su dulce sueño, del cual poco á poco la divertimos, aunque siempre le queda-

ron ciertas opiniones vanas en la cabeza. De donde podemos conjeturar que todo cuanto dicen y hacen las brujas es sueño, causado de brebajes y unciones frías, las cuales, de tal suerte las corrompen la memoria y la fantasía, que se imaginan las cuitadas y aun firmísimamente creen haber hecho despiertas todo cuanto soñaron durmiendo.

»Allégase á todo lo susodicho un no liviano argumento, y es que, así aquella, como todas las que en tan infames ejercicios fueron hasta aquí convencidas, á una vez contestaron (según consta por sus procesos) «que habían conocido muchas veces carnalmente al demonio;» y, preguntadas, en particular, si habían sentido notable deleite en sus accesos, respondieron constantemente que no.....

»Así que las tales, dado caso que sean escandalosas y merezcan un castigo ejemplar, por hacer pactos con el demonio, todavía la mayor parte de cuanto dicen es devaneo; pues ni con el espíritu, ni con el cuerpo, jamás se apartan del lugar donde caen agravadas del sueño, y esta es la opinión de la mayor parte de los teólogos, aprobada también con decretos de algunos tantos Concilios, conviene á saber: que el demonio no puede obrar sino por medio de naturales causas, aplicando activa passivis; y que así, por su demasiado saber y agudeza, conociendo la virtud de semejantes unguentos, se los enseña á las brujas, para hacerlas soñar y creer infinitas burlas y vanidades: no obstante que algunos varones píos tienen por resolutó que el demonio las puede transformar en diversas fantasmas y llevarlas en cuerpo y en ánima por el aire, en lo cual, así como en todo el resto, me remito al sano parecer de la Santa Iglesia de Roma. Témplase también por toda la Turquía de tal suerte el opio que, bebido, acarrea sueños dulcísimos y acompañados de toda felicidad, lo cual (según parece) conforma con lo que del Solano recita Dioscórides.»

Los párrafos anteriores indican de un modo terminante las ideas de Laguna respecto á ciertas supersticiones y vulgaridades de su tiempo, y prueban que se adelantaba á su época, explicando de un modo más ó menos exacto, pero siempre dentro de los límites de lo razonable, lo que se creía sobrenatural y



propio sólo de los espíritus dotados de poder determinado ó de personas poseídas de aquella facultad. Las preocupaciones de entonces en este sentido se hallaban arraigadísimas, y era temerario el oponerse á la corriente de los tiempos; pero ya se ve en lo que precede que procuraba explicar por medio de la ciencia lo que se juzgaba originado por arte mágico ó por una causa inexplicable y oscura.

## X

**De la Genciana.—Conservación de las sustancias.—Miel y Maná.  
Otras curiosidades.**

Datos históricos de medicamentos se encuentran también esparcidos en la obra. Sirva de ejemplo la Genciana. Dice Laguna:

«Con el nacimiento de la Genciana méritamente resucita cada año el nombre y fama de Gentio, su primer inventor y serenísimo rey de los esclavones, pues no quiso (no derramando sangre, como otros muchos de nuestros tiempos, sino descubriendo y sacando bajo de tierra remedios muy saludables á todo linaje humano) perpetuar su gloriosa memoria, la cual flor seca cada verano, juntamente con la Genciana, y anda por varias lenguas. Es la Genciana planta muy semejante al eléboro blanco, y hállase grandísima copia de ella por las montañas del Tirol y de Trento... El agua destilada de su raíz sana las calenturas diurnas, quita las manchas del rostro y mata las lombrices del vientre, por su notable amargor.»

Por los anteriores párrafos se deduce también cuáles eran los febrífugos más usados antes del descubrimiento de la quina.

Para que se vean las ideas que tenían respecto á la conservación de las sustancias orgánicas, copiamos lo siguiente (1):

(1) Libro II, cap. XLIII.

«Conservaremos los huevos frescos por largo tiempo teniéndolos en agua fresca y muy fría y mudando muchas veces el agua, el cual secreto aprendí del buen Alvarado, un Mayordomo de D. Francisco de Toledo, el cual, pasando yo por Trento un viernes, me hizo comer ciertos huevos mallorquines, pero claros, blancos, llenos y, al parecer, acabados de salir del vientre de la gallina, que, según él me juró, se habían conservado desde la primera sesión del Concilio con la industria ya declarada, lo cual va fundado en razón, visto que dentro del agua ni aire ni calor puede hallarse que los altere ó resuelva. Verdad es que los huevos así conservados pierden mucho de su sabor, etc.»

Por lo expuesto se viene en conocimiento de que en el siglo xvi se sabían las causas principales de la fermentación pútrida, puesto que se proponía para evitarla la eliminación del aire y aplicación de una temperatura baja.

Por lo que se relaciona con la acción química de los ácidos sobre la cubierta del huevo de gallina y de las aves en general, es muy curioso el siguiente párrafo, acerca del cual debe fijarse algún tanto la atención:

«Metidos en su cáscara crudos, dentro de vinagre blanco muy fuerte, vienen á adelgazarse y ablandarse de tal manera, que pasarán fácilmente por un anillo.»

La composición de la cáscara del huevo era ya conocida por Laguna, al indicar que el vinagre disuelve la parte mineral de la misma y deja la sustancia orgánica flexible y fácil, por tanto, de penetrar por un pequeño orificio.

De la leche dice lo siguiente:

«Posee toda especie de leche tres sustancias diversas, conviene á saber: el suero, la manteca y el queso.»

Aun cuando no enumera más cuerpos en su composición, sin embargo, repite en diferentes partes que tiene sabor dulce,

y, por tanto, implícitamente da á entender que contiene azúcar.

En otro periodo añade:

«Conócese la bondad de la leche en el color, en el olor y sabor y en la consistencia ó sustancia; porque la perfecta leche ha de ser muy blanca, clara y trasparente, así como su sabor dulce. La sustancia conviene que sea, ni muy gruesa, ni muy aguda y sutil, sino tal que, echada una gota de ella sobre la uña del dedo pulgar, quede constantemente en sí y no se derrame. La opinión de Aristóteles cuanto á la color de la leche, no se tiene por sana, porque dice que la leche de color cárdeno es más apta para criar que la blanca.

»La cuajada no es otra cosa sino la leche libre de suero; de suerte que contiene en sí la manteca juntamente y el queso, por donde no es tan dañosa al estómago, etc.

»El suero, el cual es toda la acuosidad de la leche, es notablemente abstersivo...» «Tiénesse por mejor el que se hace de la leche de cabra,» etc.

La parte química del estudio de la leche es, como se ve, rudimentaria, y aun casi no existe; pero no dejan de observarse apreciaciones muy exactas en cuanto á la composición y propiedades de un líquido que, por lo mismo que es tan importante, ha sido constante objeto de los trabajos del químico, del higienista, del fisiólogo, del médico y del zoólogo, para resolver cada uno en su esfera los variados problemas que ofrece tan interesante materia alimenticia.

Respecto á la miel y al maná, se dice lo que á continuación copiamos:

«La miel ordinaria (según da á entender Plinio) no es otra cosa sino un rocío del cielo que cae sobre las hojas de las yerbas y de los árboles, el cual las abejas desfloran, comen y lamen con muy grande apetito, á causa de su natural dulzor, y después de haberle alterado algún tanto en el vientre, sintiéndose muy hinchadas con él por su demasiada abundancia, son constreñidas á vomitarle.» «Difieren en-

tre sí los géneros de la miel, según la diferencia de las plantas de las cuales el tal rocío se coge; porque cogiéndose de plantas calientes, enjutas, olorosas y dulces, la miel no puede dejar de ser suavísima y cordial, así como ingrata y dañosa si se coge de plantas contrarias.» «Por donde no nos debemos maravillar si en Eráclea de Ponto se hace tan perniciosa miel como describe Dioscórides, visto que aquella tierra produce infinitas yerbas muy pestilentes, ni tampoco si la miel de Sicilia es tenida por excelente entre todas, entendido que por toda aquella isla crece en grande abundancia el Tymo, de la cual planta se coge aquel melífero licor muy más perfecto que de otra ninguna.» «En España se tiene por más perfecta la miel que se coge de la Agedrea; tras ésta la del Romero; la tercera en bondad la del Tomillo salsero, y la peor de todas es la de la Erica, llamada Brezo, lo cual es causa que algunos, por el verdadero Tymo, toman el Ajedrea, visto que la miel del Tymo suele ser la más celebrada de todas.» «Esta miel perfeccionada de las abejas, acumulándose en las colmenas, se llama familiar y doméstica, así como campesina y silvestre si se junta por las montañas en algunos carcomidos troncos de árboles.» «Es la una y la otra caliente y seca en el grado segundo...

.....

»Hay otra especie de miel, llamada *Mel aereum* de los latinos y Manná de los vulgares, la cual no difiere desta primera sino porque es rocío más corpulento y se puede coger del árbol sin que intervenga el abeja. De suerte que podemos llamar también Manná á esta miel ordinaria, pero alterada y transmutada algún tanto de las abejas. De la cual transmutación es evidente argumento su color encendido, juntamente con el sabor, sin comparación más dulce que el que en la miel aérea se siente. Porque cierto, debemos considerar que la blancura natural del rocío y el amargor que de las hojas sobre las cuales está asentado forzosamente recibe, todo en el estómago de la abeja se pierde; de suerte que el tal licor, de blanco y dulce templadamente, se vuelve rojo y dulcísimo.

»Es pues el Manná un vapor muy graso y suave, el cual, levantado de día con la fuerza del sol, se condensa de noche y condensado descendiendo, y se asienta sobre las yerbas, sobre las hojas y ramos de

muchos árboles, y, finalmente, sobre las piedras, á donde se congela de tal manera que se puede coger como goma. Tiénese por más excelente Manná el que cae sobre las hojas de los árboles, la cual es toda granada, blanca, dulce y sabrosa al gusto y semejante en su cuerpo á la muy menudica almastiga; de do vino el llamarla Mastichina, aunque también se dice Manná de hoja...

»..... Tráese de Levante á Venecia la perfectísima Manná. Tráese también de Calabria á Roma, y tan buena que puede competir con la Levantina. Cae por temporadas en otras partes, aunque nunca en regiones muy frías... La Manná es caliente y húmeda en el grado primero, purga ligeramente y sin dar pesadumbre al estómago... Cuájase mejor la Manná sobre las hojas del fresno y del álamo que sobre las de otros árboles. Sobre las del durazno y almendro no grana.»

Por lo expuesto puede apreciarse perfectamente el estado de los conocimientos en la materia respecto á estos asuntos. En medio de las vulgaridades, se observa que hay algún fundamento y razón en las ideas expuestas, acerca de las cuales en lo esencial no ha tenido la ciencia moderna que hacer grandes rectificaciones. Indudablemente hay bastante distancia entre lo que hoy se conoce acerca del particular y lo expuesto por Laguna, pero no puede menos de concederse que se hallaba á una altura superior á la generalidad de sus contemporáneos.

Hablando del azúcar en el mismo capítulo, dice:

«El azúcar que ordinariamente anda en uso, es aquella especie de miel que llama Dioscórides *Sacharon*, la cual se engendra dentro de ciertas cañas, aunque los antiguos no alcanzaron la industria de sacar por vía de conocimiento el azúcar del meollo destas cañas, y así no conocieron sino solamente el sutil licor que, atraído del sol, resudaba dellas afuera y allí se congelaba y endurecía como goma.»

Son también curiosos los siguientes párrafos.

Hablando de las hojas del Fresno, dice:

«Empero son valeroso remedio contra el veneno de las enconadas serpientes, y tanto, que en todo lo que puede ocupar su sombra, nunca se ve jamás animal venenoso, lo qual se prueba por la experiencia. Porque si dentro de un cerco hecho con hojas de Fresno pusiéremos en la una parte alguna serpiente, y en la otra brasas muy encendidas, la serpiente se allegará más al fuego que al Fresno; tanto es el temor que le tiene...»

En el artículo Aro, dice:

«Extermina con su humo el Aro todo género de serpientes, y principalmente los Áspides...»

En el de la Betónica se expresa así:

«Demás desto es la Betónica tan odiosa y contraria á las fieras emponçoñadas, que cercada della cualquier serpiente, sacudiéndose y haciéndose mil pedaços, ella mesma se mata. También se tiene por resolutivo que el que uviere comido Betónica jamás será vencido del vino, aunque beva gran cantidad tras ella...»

## XI

### Azúcar.—Orina.—Sangre

«De suerte que el Sácaro de los antiguos y nuestro azúcar de una misma planta proceden, y aun son una misma cosa, salvo que aquél era cocido con sol y apurado de la naturaleza sola, y éste nuestro se cuece á fuerza de fuego y se perficiona con arte, la cual quiere siempre mirar á la naturaleza. Lllaman también al Sacharo Sal índico, porque, dejando el sabor aparte, en todo lo demás se parece á la sal. No se trae por estas partes aquella suerte de azúcar, porque los que han dado en hacerla con artificio no dan lugar á las cañas para que Puedan sudar, antes las talan luégo en sintiéndolas de aquel dulce icor preñadas; tanta es la codicia de la ganancia. El Sácharo (según

Galeno afirma) no es tan dulce como la miel; pero mundifica, deseca y resuelve como ella. Demás de esto, no da sed ni es enemigo del estómago, en las cuales cosas es la miel infamada. En lugar del Sácharo de los antiguos, llamado también *Sal indico*, usan nuestros modernos del azúcar candito, que llamamos açúcar piedra, el cual ablanda y adelgaza las asperezas del pecho y de la garganta, principalmente el que se halla empedernecido en los suelos de las redomas que tienen jarabe violado ó de culantro de pozo. El azúcar rojo no es otra cosa sino la espuma y suciedad de todo el azúcar.»

Como puede observarse por lo expuesto, todo lo que se indica son datos útiles para la historia del azúcar, ya conocido por el pueblo chino en la más remota antigüedad, sin embargo de no haber tenido idea de él en Europa hasta la época de las guerras de Alejandro Magno, que cuando las Cruzadas comenzó á ser objeto de comercio, principalmente explotado por los venecianos, cuya refinación, conocida ya en el siglo xiv, fué considerada hasta el reinado de Enrique IV de Francia tan sólo como objeto de medicamento. La lectura del referido capítulo ilustra, por lo tanto, en la historia de la sustancia indicada.

He aquí cómo define la orina y expone alguna de sus propiedades:

«La orina no es otra cosa sino el suero y acuosidad de la sangre, que se cuela por los riñones á la vejiga, con la cual baja también alguna porción de cólera, que la hace mordaz y la tiñe de aquel color amarillo. Difieren entre sí las orinas, según las naturalezas y diferencias de los animales que las producen. La orina del hombre es la más débil y la menos caliente de todas, sacado la del puerco tan solamente, la cual es muy semejante á la humana...»

»...La orina humana es mortal veneno á los gansos, lo cual siendo yo niño conocí acaso.»

«Sirve infinito la orina á los tintoreros para purificar y teñir las lanas, para el cual efecto (según se lee en las romanas historias) aquel avaro Emperador Vespasiano solía vender la suya y la de todos los suyos, forzados á orinar en una cisterna. Sobre lo cual, como

una vez fuese acerbamente reprendido por su hijo Tito por tan vil y hedionda ganancia, sacó un puñado de ducados que acababan de traerle del tinte, y dándolos á oler, dijo: «Bueno es el olor del dinero, aunque salga de cualquier cosa.»

Las ideas respecto á la naturaleza y composición de la sangre, pueden verse en las siguientes párrafos:

«La misma diferencia que se halla entre los untos y hieles, se discierne también entre la sangre de muchos animales en naturaleza y compleción discrepantes. De las cuales, aunque hay algunas menos calientes que otras, todavía ninguna sangre absolutamente se llama fría, puesto que aquella de la tortuga, derramada caliente de las venas sobre algún cuerpo humano, le da un grandísimo refrigerio. Hácese la sangre en el hígado, y consta de cuatro partes diversas. Porque así como en la leche se conocen cuatro sustancias distintas, que son: la espuma, el suero, la manteca y el queso, de la misma manera podemos distinguir otras cuatro en la sangre, de las cuales es una la hiel, que llamamos cólera, y parece ser espuma de la sangre; otra es la melancolía, la cual se puede comparar al queso que va con la leche mezclado; la tercera es aquella acuosidad sutil que se convierte en orina, y con el suero de la leche tiene gran semejanza; y finalmente, la cuarta es una mantecosa y muy dulce sustancia, de la cual se mantienen todas las partes del cuerpo. De suerte que la sangre no es simple, sino de contrarias partes compuesta, visto que no se puede repurgar tan perfectamente de aquellos cuatro humores, que gran parte de ellos no penetre por las venas con ella. Es toda sangre muy difícil de digerirse, y engendra muchas superfluidades, aunque la sangre del puerco, por parecerse á la humana, da menos pesadumbre al estómago y es harto sabrosa al gusto. Comparete con la del puerco la sangre de la gallina; pero ninguna de éstas con la de la liebre seiguala.»

Por lo expuesto se deduce que, aunque de un modo remoto é inexacto, tenían alguna idea de la complejidad de la sangre, en cuanto á su heterogénea composición y las sustancias de que estaba formada.



XII

Araña.—Golondrina.—Acónitos.—Cicuta.

He aquí algo de lo que dice respecto á la araña:

«Las arañas, primeramente, se dividen en dos especies: la una de las cuales no hace daño ninguno, y la otra es ponzoñosa y muy perjudicial á los hombres. Aquella primera especie, propiamente en griego, se llama *Arachne* y en la latín *Araneus*. Estotra, así en latín como en griego, tiene *Phalangium* por nombre. Llámanse todas *Holcos*, porque atiran á sí las moscas, lo cual quiere significar el vocablo, y *Lobos*, porque la sorben la sangre. Ocúpanse, ordinariamente, las hembras en urdir y tejer sus telas, y los machos en cazar algunos animaléjos de aquellos que se desmandan. No tejen jamás las arañas si no es cuando hace nublado. Sírvenles aquellas telas de estancia y juntamente de redes para detener los flacos mosquitos, porque los moscardones y abejonazos, con su insulto, las rompen y desbaratan, como suelen ordinariamente los ricos violar y romper las leyes...

»De los *Phalangios*, así en forma como en maldad, hay más linajes de los que convenían á la vida y salud humana, entre los cuales es uno aquel virulento y muy pernicioso que, en Apulia y por todo el reino de Nápoles, se dice comunmente *Tarantolo*; el cual, según el día y la hora en que muerde, y según la disposición en que toma al hombre cuando le asalta, engendra accidentes muy varios; porque unos cantan, otros ríen, otros lloran, otros saltan, otros duermen, otros sudan, otros tiemblan y, finalmente, otros hacen otras cosas extrañas. Pero á todos estos accidentes, tan diferentes, es un remedio común la música, la cual, mientras dura, cada uno torna en sí mismo y parece no tener mal ninguno y, en cesando la voz á los instrumentos, vuelve á su propia locura. Y así que, siendo escandaloso el enfermo, de día y de noche le divierten con todo género de armonía,

y los médicos de aquella región, entre tanto, procuran, con saludables remedios (cuales son la theriaca y el mitridato), refrenar y reprimir la malignidad del veneno. Nació el linaje de las arañas de la soberbia y ambición de una mujercilla, llamada Arachne, la cual, como quisiese competir con Minerva en el arte de hilar y tejer, y al fin fuese de ella vencida (porque cierto es un poco de humo todo cuanto piensan saber los hombres, en comparación de la divina sapiencia), ordenaron por su grande atrevimiento y poco respeto los dioses que, trasformada en un animal muy sucio y guardando su propio nombre, hilase y tejiese mientras durase el mundo; y así hila (como vemos) toda la vida; y cuanto teje en un año la cuitadilla, viene después un barrendero con una escoba y se lo desbarata en un credo.»

Lo que antecede indica la organización y costumbres de un animal cuyos datos interesan, no sólo á la historia zoológica, sino á la historia de la materia médica, pues ya se habla de la enfermedad denominada Tarantela y de los medios de combatirla; al propio tiempo que acoge esas ideas mitológicas propias de la época, para completar el estudio de un objeto en el cual hay no pocos errores envueltos con las verdades científicas.

De la Golondrina (*Hirundo*) dice lo siguiente:

«La golondrina es de aquellas avecitas que mudan hitos, porque partiéndose cada año de África por el mes de Marzo, atraviesa el mar y da consigo en Europa, á donde sin respeto ninguno se aposenta por todas las casas, templos y palacios que se le antojan; tanta es la confianza que tiene con los hombres, con los cuales cierto no vive engañada; porque si la muerte de los Embajadores, de algún Príncipe de los mortales, suele costar muy caro y ser causa de crueles guerras, de creer es que la muerte de una simple golondrinita, la cual envía Dios á los hombres como fiel mensajera para que les anuncie el verano, tampoco quedará sin castigo. Habiendo, pues, parido en la Europa dos veces y elevado sus pollos cuando viene el equinoccio autumnal, con ellos se vuelve á su tierra, no pudiendo sufrir la in-

clemencia de nuestro invierno. Mostraron la golondrina el uso de la celidonia contra la ceguera; porque como una vez la viesen llevar á su nido esta yerba y con ella restituir á sus golondrinitos ciegos la vista, vinieron después los hombres á aplicarla en diversas enfermedades de ojos y con harto feliz suceso. Llámase Celidonia esta yerba, como si digamos Golondrinera. El estiércol de la Golondrina, si cae dentro de los ojos, los ciega.»

Las costumbres del ave á que se refiere se hallan descritas de un modo tan poético como exacto, siendo también digno de atención lo que refiere respecto á Celidonia, donde indica el origen de su acción terapéutica, lo cual es discutible.

En el acónito, refiriéndose al Napelo, dice:

«Produce amarillas sus flores y semejantes algo á las de la linaria en su forma...

»Tiene el napelo grande excelencia en despachar prestamente á los hombres, y así antiguamente harían del muy gran caudal los tiranos para más prontamente matar á los que tenían por sospechosos. La primera persona que descubrió el acónito y le aplicó á sus maldades fué una mujer ó furia llamada Hecate, la cual con él mató á Persa, su propio padre. Son tan agudas y corrosivas todas las especies de acónito, que dado de cualquier dellas por la boca un poquito, llega y corroe súbito las entrañas, salvo si no halla otro veneno en ellas, porque halládole pelean allá dentro entre sí las dos pestilencias, y al fin viene de tal suerte á debilitarse y consumirse lidiando, que queda con vida el cuerpo, como suele acaecer á las liebres, que por el gran contraste y discordia de los rixantes galgos se escapan. Dícese también que dado á beber con vino el Acónito socorre á los heridos del Alacrán. Nace toda especie de Acónito por los bosques y florece por Mayo y por Junio; aunque sería mejor decir á donde y cuándo parezca una planta tan perniciosa y tan enemiga del hombre que inquirir su nacimiento.»

Como se ve, es también interesante lo trascrito bajo el punto de vista de la historia de una sustancia que se ha empleado

como tóxica y que marca el carácter de algunas sociedades y determinados países, así como su acción sobre el organismo y su compatibilidad con otros venenos que se hayan ingerido. Se consigna el origen del conocimiento de un veneno que ocupó bastante tiempo gran espacio en la estadística criminal y, por tanto, es de interés conocerlo.

Es curioso lo referente á la cicuta:

«Así como siempre fué muy nombrado, y aún se nombra cada día con grandísimo vituperio Herostrato, por aquélla señalada maldad que hizo en quemar el templo tan celebrado de la Ephesia Diana, ni más ni menos extendió la cicuta su triste nombre por todo el mundo por razón de los homicidios sin cuento de los cuales su pestífero zumo fué causa. Esta es aquella maligna planta con el licor de la cual dieron los Atenienses la muerte al inocente y sábio Sócrates. Este es el último suplicio que en aquella República se solía ejecutar con los malhechores en los capitales delitos. Hállase la cicuta por todas partes y es planta muy conocida, porque crece en torno de las ciudades (esperando, según yo pienso, si hay alguno que justiciar), y los niños, cuando está seca, juegan el verano á las cañas con ella. Tiene tanta fuerza de congelar la sangre, y de mortificar los miembros sus hojas, que paciéndolas los asnos, de tal suerte se paranyertos, que alguna vez se desuellan pensando que están muertos, aunque después despiertan con el grande dolor ya medio desollados, y esto con grande risa y admiración de los ganapanes que les quitan el cuero. Púedese remediar el daño de la cicuta si acudimos antes que al corazón penetre su fuerza, porque en habiendo hasta él llegado, *requiescat in pace*. Dávanla los Atenienses con vino, y después de bebida mandaban al reo que hiciese algunos paseos, para que se distribuyese por los miembros vitales más presto. Mantiénense de la cicuta los estorninos, porque tienen tan angostas las venas que, no pudiendo, indigesta, penetrar ni distribuirse por ellas, se digiere, corrige, adelgaza y hace muy familiar antes que pase adelante.

Mas á los hombres, por la fácil distribución, es acelerado veneno, aunque Galeno refiere que cierta vejezuela Ateniense, comenzando de cantidad muy pequeña y acrecentándola cada día un poquito, de

tal manera se acostumbró á comer la cicuta, que á la fin vino á mantenerse della y á comerla en grande abundancia: tanto puede la costumbre y la hambre. Es fría la cicuta en extremo grado.»

Los párrafos que acaban de transcribirse constituyen una curiosa reseña de la historia y propiedades de la cicuta en la época de Laguna. Es muy de notar lo que expone respecto á su acción tóxica, que ya cuando ha llegado al corazón hay que renunciar á toda esperanza de remedio, es decir, que no hay posibilidad de contrarrestar sus perniciosos efectos luégo que el principio activo ha pasado al torrente circulatorio, como acontece con la mayoría de los venenos. De igual modo que la tolerancia respecto á este cuerpo se hace palpable con el ejemplo que cita de la persona que cada día iba comiendo un poco más, hasta acostumbrarse á tomarla en gran abundancia, cual pudiera efectuarse con un vegetal que se tomase como ensalada en el postre de diaria comida.

### XIII

#### **Hematites.—Almizcle.—Aceite.—Nafta y Asfalto**

Respecto á la piedra hematites, dice lo siguiente:

«*Hema*, en griego, significa la sangre, de donde tomó su nombre la piedra hematite, porque restriñe la sangre y tiene por la mayor parte un color sangriento, aunque á las veces se halla de otros colores, quiero decir, amarilla, negra y leonada, según las mineras adonde nace. Dícese que la perfecta hematite suele atraer á sí la plata, el cobre y el hierro, y aun si bien me acuerdo, Plinio la cuenta entre las especies de piedra imán. Es tanto fría cuanto estíptica la piedra hematite, según Galeno: por donde dada á beber, súbito restaña la sangre viva del pecho y tiene grande eficacia en desecar las

llagas de los pulmones. Fregada la hematite con zumo de hinojo sobre una piedra de pórfira ó mármol, se deshace en cierto licor sutil y muy delicado, el cual es remedio admirable para clarificar la vista y desecar las llagas que en los ojos comunmente se engendran: para los cuales efectos suelen los médicos muy curiosos hacer de la misma hematite unas como aguzadericas pequeñas para moler y batir sobre ellas los polvos y colirios que quieren aplicar á los ojos.»

La etimologia de la palabra, los colores de la piedra, alguna otra de sus propiedades físicas, su acción fisiológica y terapéutica, todo esto se halla indicado en el párrafo anterior, y ciertamente apenas hay que rectificar nada en la ciencia de hoy, con arreglo á los modernos conocimientos químicos.

He aquí lo que refiere del almizcle:

«Llámase también *muscus* en las boticas, nuestro vulgar almizcle, llamado de los médicos elegantes *Muscus*... Ni Dioscórides ni Galeno hicieron de ella mención; y esto no porque no la hubiese en sus tiempos, sino porque (como es de pensar) la tenían por profana é infame, juzgándola ser más apta (juntamente con el ámbar y la algalia) para afeminar los ánimos de los hombres y reducirles á todo género de lujuria, que para hacer algún saludable efecto en los cuerpos, aunque cierto sirven á entrambas cosas.

»El almizcle, al cual llaman los latinos y algunos griegos modernos *mosco*, se engendra en el ombligo de un animal semejante al corzo, que tiene un solo cuerno en la frente, el cual, cuando anda en celos, se enciende y se torna muy furibundo. Entonces, pues, se le hincha y apostema el ombligo y le da tan inclemente dolor, que ni come, ni bebe, hasta que, siendo ya maduro, se rompe, ayudándole también á ello el mismo animal con fregarse á los troncos y á las agudas piedras que topa; á donde después, con algunos pelillos rojos que la color del animal muestran, se halla toda la materia esprimida, la cual, en habiendo sido curada al sol, muestra un olor muy suave y subido. Habiéndola, pues, hallado y cogido los cazadores, la meten en el mismo pellejo á donde suele engendrarse, el cual siempre guardan del animal ó matan para este efecto. Acontece no pocas ve-

ces que toman las tales bestias cuando andan agitadas de amor y furiosas, antes que se maduren los apostemas. En el cual caso suelen arrancar el almizcle, juntamente con la vejiga que le contiene, después de madurarse al sol. Empero este tal, no es de tanta eficacia como el que se madura con el natural calor de la fiera. Es muy mejor almizcle el de Levante que el que nos traen de Poniente, por razón de la pastura que tienen las orientales bestias, mucho más aromática que las occidentales. Tiénese por perfectísimo almizcle el negro que bermejca; el que, con ser el olor vehemente, no da pesadumbre al cerebro; el agudo algún tanto y amargo á la lengua, y el que en sí es del todo uniforme. Adultéranle los falsarios mezclando con él hígado cocido y sangre quemada. Es confortativo del corazón: aplicado por de fuera y bebido, clarifica la vista, encubre la sobaquina y el pestilente olor de la boca, para lo cual se saben aprovechar bien dél las cortesanas de Roma...» «Consérvase muy bien el almizcle apretado en un botecico de plomo ú de estaño, y puesto en lugar hediondo, porque cada cosa se fortalece rodeada de su contrario.»

Hay errores, como puede verse en esta descripción, tanto respecto á la organización del animal, como al sitio que ocupa la bolsa que contiene el almizcle. Pero revela conocimientos exactos en lo relativo á las suertes comerciales, á sus adulteraciones y á su acción terapéutica, pues no hay que perder de vista que esta sustancia se menciona nuevamente en la obra por Laguna, cuando se hace completa omisión en el libro de Dioscórides.

He aquí lo que refiere respecto al aceite:

«Preguntado Demócrito cómo podrían vivir los hombres mucho y muy sanos, respondió que comiendo miel y untándose de aceite; aunque cierto respondería mejor si dijera: bebiendo aceite y untándose con él todo el cuerpo, visto que por de dentro y por de fuera suele ser salubérrimo. El aceite que de aceitunas verdes se exprime tiene por nombre Omphacino, en griego, que quiere decir acerbo y sacado del fruto verde ó crudo, el cual es muy útil para componer los unguentos, y tiene tanta virtud de enfriar cuanta de restringir, si debemos á

Galeno dar crédito. Hácese semejante al omphacino cualquier aceite en el cual fueron echados algunos ramos de oliva. El aceite que sale de las olivas salvajes, naturalmente constriñe y deseca, y es muy más áspero que todos los otros. El que se emblanqueció lavándose, es templado en extremo y carece de toda mordacidad. El Syciocino, según refiere Dioscórides, tomó el nombre del lugar á donde se prepara ordinariamente; aun Aecio y Paulo Egineta le derivan del cogombrillo amargo, que los griegos llaman Syción silvestre, con el zumo del cual le inficiona; de donde se colige á la clara que aquella suerte de aceite se compone en diversas maneras. El óleo perfectísimo tiene de ser muy dulce, puro sutil, traslúcido y penetrante, de suerte que se embeba muy presto en el cuero y, aunque su cantidad sea pequeña, se extienda difusamente...»

»Así que, para infinitas cosas, fué siempre el uso del aceite muy necesario, el cual todavía es dañoso á las fístulas y llagas profundas, porque las hinche de suciedad. Es también mordáz y grave á los ojos y mata los entallados y ceñidos animalejos que los latinos llaman insectos, como son todo género de moscas y arañas y otros muchos deste linaje. Hácense los aceites artificiales en dos maneras: la una por infusión, la otra por vía de cocimiento. Infusión llamo cuando echamos algunos materiales simples en el aceite, y después, pasado cierto tiempo, los exprimimos para que dejen en él su fuerza. Usamos de cocimiento cuando cocemos en el aceite los tales simples y después los sacamos colando el óleo. Empero, si queremos hacerlo curiosamente, conviene que en un vaso doblado la tal decoción se haga, quiero decir, metiendo un vaso pequeño que contenga el aceite y los simples con él mezclados dentro de una caldera llena de agua hirviente. Todas las cosas fritas son más secas que las cocidas, y por eso largo tiempo se conservan sin corrupción...»

Lo que acaba de copiarse indica los conocimientos que acerca de tan importante sustancia se tenían entonces, lo cual ofrece curiosidad extrema, como casi todo lo que se consigna en libro tan importante. Es el documento que atestigua lo que se sabía en lo concerniente á la química y terapéutica, sobre el cual se han escrito tantos volúmenes y se han fundado tantas



ideas que, ciertamente, constituyen asunto para ocuparse con asiduidad el físico, el farmacéutico, el químico, el industrial y el médico.

Merece conocerse lo que se refiere al Asfalto.

Dice:

«El asfalto que nos muestran en las boticas por betún de Judea, no es el verdadero... Nace el perfectísimo asfalto en Judea, en un cierto lago, dentro del cual entra el río Jordán, tres leguas de Jericó. No produce, pues, este lago ni plantas ni otros animales, antes los que de otra parte se arrojan vivos en él luego mueren, por cuanto es excesivamente salado y amargo, de donde nace que algunos le llaman mar Muerto. Llámase también Sodoma, porque sucedió en aquel lugar á do Sodoma y Gomorra se hundieron. Tiene más este lago: que ninguna cosa de las que se echan en él se va al fondo, sino todas nadan encima, como por la mayor parte acontece en todas las aguas saladas, y esto por razón de la grande aspereza del agua. Encima, pues, de este lago, nada el betún, y con el ardiente calor del sol se perfecciona y se cuece.

.....

»Embalsamaban antiguamente los cuerpos muertos de Príncipes y señalados varones de Siria con aloe, azafrán, mirra y bálsamo, la cual costumbre permanece aún hoy día; pero los de los demás populares con piasfalto, del cual, confeccionado en el vientre del difunto con el licor de la carne humana, se hacía la mumia, que siempre aplican los médicos árabes á diversas enfermedades; y puesto que aquella confección de bálsamo y mirra, con la cual se conservan incorruptos los cuerpos de los grandes señores, se haga una mumia muy más perfecta que la que consta de piasfalto, es de creer que la tal jamás nos viene á nosotros, pues ni se venden, ni pueden tan fácilmente robar los cuerpos embalsamados de personas grandes y poderosas como los de otros hombres vulgares. Por donde me persuado que la mumia verdadera y legítima de los árabes no difiere del piasfalto sino en haber sido inficionada de los humores del cuerpo humano...»

Luégo hace algunas otras consideraciones de menos interés que las enunciadas, pero relativas al mismo tema, donde se observa, como en toda la obra, los conocimientos superiores de Laguna en la época en que vivió. Era, indudablemente, uno de los más eruditos bajo todos conceptos.

#### XIV

##### Lentisco.—Datos toxicológicos.—Sandaraca.—Consideraciones generales.

Es muy curioso lo que se refiere del Lentisco y del alcanfor en las siguientes líneas:

«El Lentisco es muy frecuente en Italia, y principalmente en el circuito de Roma y por todo el reino de Nápoles. Crece de la altura del avellano. Tiene las hojas como el alcobigo, pero muy verdescu-  
ras, y el olor casi de Terebinto, con el cual, por ser muy fuerte, da dolor de cabeza. No pierde jamás las hojas, sino en todo tiempo está verde. Su fruto, antes de madurar, bermejea, y como va madurando se vuelve negro. Produce ultra del dicho fruto, apegadas á las hojas, unas ciertas vainillas, á manera de bolsas ó cornezuelos, llenas de un licor puro, el cual, como se va envejeciendo, se convierte en unos animalejos alados como mosquitos, semejantes á los que se engendran en los vejigas del olmo. Estos, pues, en pudiendo volar hacen en cada vaina un agujerico sutil, por el cual uno á uno se cuelan. Consta el lentisco de dos esencias, la una de las cuales es acuosa y ligeramente caliente, y la otra no poco terrestre y fría... Produce el Lentisco de Italia, aunque míseramente también, almástiga, la cual no se debe comparar con la Chía. Es ésta de Chío, blanca, pura, trasparente, y en virtud molisicativa, juntamente y estíptica, que son dos facultades contrarias. La que viene de Egipto es negra y más desecativa que estíptica... Falsifican algunos la almástiga con el alcanfor y con cedoaria. Es el alcanfor una goma llamada de los latinos *caphura*, y de los árabes *cámphora*, no conocida de los grie-

gos ancianos. Nace en la India de cierto árbol tan grande, que pueden estar á su sombra más de doscientos hombres. Cuando se coge es roja; pero después, con el calor del sol ó con artificio de fuego, se vuelve blanca. Usan de ella los sacerdotes de aquellas partes ordinariamente en sus sacrificios, ni más ni menos que del incienso nosotros. Encendido un grano del alcanfor y puesto sobre una lámpara llena de agua, da de sí una purísima llama y muy confortativa de los ojos y del cerebro; pero es tan delicada y sutil, que al menor soplico se mata... Preserva de corrupción, y así se mete útilmente en los antidotos compuestos contra veneno, contra la pestilencia y contra los mordiscos de animales emponzoñados. Conócese el alcanfor si es puro ó adulterado metiéndole en medio de un pañ caliente cuando sale del horno, porque el perfecto se deshace luego en el agua, así como el contrahecho se seca...»

También puede acudirse á este libro para inquirir noticias históricas relativas á la toxicología, principalmente en lo que se refiere á la naturaleza de los venenos, y algo también respecto á su acción fisiológica y patológica.

Cita, por ejemplo, el alcanfor entre los contravenenos, diciendo lo que ya se ha manifestado en cuanto á sus usos. Lo cual indica conocimientos no distantes de algún fundamento de la acción de esta sustancia, que tan importante papel desempeña en la ciencia, no debiendo pasar desapercibidas estas ideas de los que estudian la historia de los medicamentos y venenos.

He aquí las ideas de la época respecto al arsénico.

Refiriéndose á la sandaraca, dice Laguna lo siguiente:

«Hállanse tres suertes de arsénico ó rejalgar en las minas que le producen. Primeramente una, blanca y trasparente como el cristal, la cual, sin adición, se llama rejalgar y arsénico. Tras la cual se halla otra amarilla, por ser algo más cocida en las venas, y ésta es el oropimente. La tercera, especie de arsénico ó rejalgar, se suele decir sandaraca, y ésta es, naturalmente, roja, por ser aún más cocida que el oropimente. De manera que todas tres diferencias son de una mis-

ma masa y poseen una misma fuerza y natura, salvo que una es más cocida y apurada que otra en las venas, lo cual podemos conocer fácilmente por la experiencia; porque si tostamos el blanco rejalgar y el oropimente igualmente en un tiesto sobre las brasas, aquél se volverá notablemente amarillo como oropimente, y estotro rojo como la sandaraca, tomando aquello del artificio que pudiera y suele recibir de la misma naturaleza. Por donde conviene juzgar que el blanco rejalgar es el más crudo y el más maligno de todos, tras el cual se sigue el oropimente, así como tras éste la sandaraca. Usan del oropimente los encuadernadores para dar el amarillo á los libros. Llamó Serapión á la sandaraca *Rubru auripigmentum*, que quiere decir oropimente rojo, para diferenciarla del común y amarillo. Porque la que llaman sandarax ó sandaraca de los árabes, no es mineral ni difiere de la goma de enebro, llamada grasa en Castilla y Vernix en las boticas, de la cual, mezclada con aceite de simiente de lino, se hace aquel verniz líquido para dar á las pinturas buen lustre y para envernizar el hierro.

.....  
»De modo que conviene andar sobre aviso para no confundirnos con estos nombres...

»Llámase también sandaraca y sandix en griego aquella que se hace del albayalde quemado, por ser muy encendida y muy roja, la cual no es otra cosa sino el minio de Serapión y aquel que por la mayor parte hoy se vende por las boticas. De toda suerte de rejalgar, y principalmente de aquel cristalino, mezclado con igual cantidad de sal clara y muy trasparente, se hace el arsénico sublimado, el cual en malignidad vence á cualquier veneno. Difiere de éste nuestro común solimán, por cuanto se hace, no de rejalgar, sino de azogue, elevado y cuajado por vía de sublimación, aunque se le parece imposible, y tanto, que es imposible poder discernirle de él sino por medio de la saliva, la cual se vuelve muy negra batida en la palma de la mano con el arsénico sublimado, así como blanca en extremo si se bate con solimán, el cual se dice argento vivo sublimato por las boticas, por hacerse (como dije) de azogue, á una libra del cual se mezcla de salitre y de caparrosa, de cada cosa libra y media, y de azufre seis onzas. Todas estas especies de minerales tienen facultad

de abrasar, de corroer y de cauterizar la carne; y así no se deben dar jamás por la boca, sino es á los que queremos enviar con cartas al otro mundo: aunque algunos, después de quemada y lavada la sandaraca, la dan en cantidad muy pequeña mezclada con otras cosas que la templen su hervor y agudeza contra las diurnas enfermedades del pecho, como lo da á entender en el capítulo presente Dioscórides. Usan del oropimente mezclado con cal viva y legía los maestros de las estufas por Alemania y por Flandes, para hacer caer los pelos de las partes vergonzosas y ocultas.

»Es el oropimente veneno pernicioso de los ratones, porque de todos los otros huyen, salvo de éste, que les engaña. Suélele yo mezclar, para vengarme dellos cuando me roen sin respeto mis libros, en el melón ó en el queso, y así hago una cruel rifa en sus corpezuelos, dado que jamás escarmientan. Sirvense también de su polvo los halconeros para matar los piojos de sus halcones. Dice Onesicrito que hay en Caramania dos montes, de los cuales el uno es de sal y el otro de arsénico.»

Lo anteriormente transcrito es importante, porque da ligera idea, en lo relativo á un cuerpo, del estado de la química y de la toxicología en España en el siglo xvi. Las diferencias entre el sulfido arsenioso, el hipo-arsenioso y el ácido arsenioso se establecen de una manera exacta, ó sea entre el oropimente, rejalgar y arsénico blanco. Igualmente se establece la distinción con el cloruro mercúrico, ó sea el solimán, al decir *que no se hace de rejalgar, sino de azogue*. En cuanto á la manera de prepararle, hay alguna confusión. Pero está en lo exacto respecto á las apreciaciones de la acción tóxica de estos cuerpos en el organismo, asignando el número uno en la toxicidad al blanco rejalgar y pasando después al oropimente. El uso como depilatorio es muy digno de llamar la atención, pues era perfectamente conocido en aquella época, así como para colorear los cantos de los libros, cuyos empleos han producido no pocas víctimas en los fastos necrológicos, debidos á intoxicaciones más ó menos casuales, en las que más ha intervenido el descuido que el crimen.

El libro VI se ocupa «acerca de los venenos mortíferos y de las fieras que arrojan de sí ponzoña.» Conviene conocer las siguientes ideas emitidas en este asunto por Laguna, puesto que tienen interés en la historia de la toxicología.

Dice así:

«Si los hombres mantuvieran entre sí la fe y la hermandad que se guarda entre las más bravas fieras, ó si la naturaleza les diera el mismo conocimiento é instinto que recibieron della los animales brutos, con el cual, sin tener siempre al médico al lado, sienten luégo lo que más les conviene, y así escogen lo saludable y huyen de lo pernicioso, ni Dioscórides tuviera ocasión de añadir este de los venenos mortíferos á los cinco libros primeros, ni yo tampoco de traducirle en nuestra lengua española. Mas como el hombre no tenga mayor enemigo en esta vida que al hombre, ni de quien reciba mayores daños, siendo dél perseguido, no solamente con infinitas diversidades de armas, pero también con mil géneros de ponzoñas, de las cuales no le es fácil guardarse, por ser en esta parte muy inferior á las bestias, fué movido, y no sin justísima causa este excelentísimo autor, á escribir en el presente y último comentario la forma preservativa y curativa de todo género de veneno, y yo, por el consiguiente, á transferirla y explicarla en beneficio de España; porque, cierto, si el mundo no fuera tan inocente que no supiera para dañar al prójimo, ayudado de tan infernales artes, fuera muy excusada esta nuestra fatiga de la publicación, de la cual pudieran los mal inclinados aprender el modo de confeccionar los tósigos, y así con ellos hacer guerra cautamente á los buenos. Mas como sea ya tan ordinario atosigar y no se halle hoy esclavo ni libre que no conozca y traiga entre manos infinitos venenos mortíferos, y así, en nuestros días, se atosiguen más fácilmente los hombres que los ratones, á mi parecer acarreará mucho más provecho que daño, comunicándose á todos, visto que primeramente nos da la vía para preservarnos contra cualquier veneno, el cual en los cuerpos apercebidos no hace tanta impresión.

»Después desto, muéstranos la manera y el modo de conocer esquisitamente, por sus señales, cada suerte de ponzoña que dada nos

fuere, y, finalmente, ofrécenos el remedio universal y particular de los venísicos daños, por donde, sabiendo que estamos prevenidos y armados contra sus maleficios y que no se puede encubrir sus traiciones, por ventura, los que usaban antes de semejantes mañas desistirán de tan infame ejercicio y no serán tan atrevidos en asaltarnos. Hállanse á cada paso muchos médicos ignorantes que, pensando daros cordial medicina, os dan manifiesto veneno, por no saber discernir lo útil de lo dañoso, á los cuales estas instituciones darán claridad no mediocre, para que más cauta y seguramente ejerciten la medicina que ignoran. Plinio es de opinión que la tierra, como madre copiosa, crió los venenos mortíferos de lástima y compasión de nosotros, conviene á saber, para que nunca viniésemos á tal término que fuésemos forzados á morir poco á poco, desperrecidos de hambre ó ahorcados, sino que con un traguillo muriésemos sin trabajo, y después de muertos, no nos tocasen las fieras, siendo siempre de su natura muy ajena de cuerpos atosigados, y así se guardase para la misma tierra, inviolado y entero, lo que ella por sí sola produjo. Solían antiguamente tener siempre consigo, así los Principes y Señores, coma los plebeyos y populares, varios géneros de ponzoña para matarse con ellos en una necesidad, y por esta vía huir otra muerte más cruda y más amenguada; y así refiere Suetonio que, muerto Calígula, se halló tan gran cantidad de veneno en su casa, que bastó á inficionar la mar, en la cual fué de Claudio, su sucesor, arrojada. Porque, cierto, eran tantas las asperezas que con las mudanzas de estados en aquellos tiempos se usaban, que muchos excelentes varones, viendo ser llevados por las plazas algunos inocentes en jaulas, acompañados de perros y gatos, y cortadas las orejas y las narices, con grandísimos vituperios, tenían por mucho más acertado tomar con sus propias manos la muerte que esperar semejantes oprobios. Por donde aquel padre de la elocuencia, Demóstenes, habiendo sido preso para recibir una muerte acerbísima é ignominiosa, rogó á los alguaciles que le llevaban le dejasen escribir solamente dos reglas al Rey Antipatro, que le mandaba quitar la vida; la cual licencia impetrada, le entró en un cierto escritorio suyo y se sorbió el tósigo que traía siempre escondido en un cañoncito tras el oído, con el cual feneció sus días y se libró de los tormentos contumeliosos que le esta-

ban aparejados. También Demócrito, para valerse dél en los trabajos últimos, traía siempre, dentro de cierto anillo, un poco de veneno muy pernicioso, con el cual, á la fin, se quitó la vida, temiendo la indignación y crueldad del mismo Antipatro. Aníbal, valerosísimo capitán, después de haber hecho á los romanos muy crueles guerras, á la fin, de los mismos vencido, se mató con cierto veneno que en una sortijuela traía semejantemente encerrado. Los cuales tan lamentables ejemplos no nos deja imitar la Religión y piedad cristiana, ni la grande moderación y clemencia de los cristianos Príncipes, pues son más prontos á perdonar que á castigar los delitos.

»El veneno, en griego, se llama *Pharmaco*, el cual nombre es común así á las medicinas santas y salutíferas, como á las malignas y perniciosas; y pues no ay veneno tan pestilente que no pueda servir en algo al uso de medicina, me parece que no será inconveniente para asegurarle su entera definición, formada de género y diferencia, decir que el veneno es una cosa medicinal, pero tan enemiga del hombre, que por la mayor parte le corrompe y despacha, destruyendo la complexión humana y en lugar della sembrando y introduciendo por todo el cuerpo la suya. De modo que el veneno y el mantenimiento son de condiciones muy contrarias y diferentes. Porque ésta, si bien miramos, se convierte en la sustancia de nuestros miembros, y el veneno, al contrario, la altera y trasmuda en sus pestíferas calidades, por donde es necesario que la corrompa, pues su vida della consiste en el natural y propio temperamento.

»Hállanse comunmente los venenos, ó en animales, ó en plantas, ó en minerales. Tiénense por venenosos animales aquellos cuya natura totalmente repugna á la humana...

»Combaten los venenos el cuerpo humano por los cinco sentidos, por los cuales le asaltan como por cinco puertas: por quanto primeramente, si bien notamos el Basilisco, no solamente mordiéndonos introduce su ponzoña por los miembros mordidos, pero también, de hito en hito mirándonos, la suele arrojar, como saeta de amor, por nuestros ojos á las entrañas. También suelen hacer los turcos, de rejalgar y de otros venenos graves, una suerte de tinta tan maligna y tan pernicioso, que escrita una carta con ella y leída sin anteojos, inficiona y derriba luégo el lector...



»Fué común opinión de los antiguos Médicos y Philótophos que, de tal suerte, una persona se podía acostumbrar al veneno, comenzándole á comer en cantidad muy pequeña y acrecentándola después poco á poco, que á la fin se sustentase dél como de familiar y loable mantenimiento...

»Ofenden las ponzoñas no igualmente á todos, ni tampoco en tiempos iguales; porque según la diversidad de las complejiones, unos resisten menos y otros más al veneno, como á la pestilencia, y así acaece que unos mueren más presto que otros con una misma ponzoña, y padezen accidentes más bravos...

»Los venenos calientes y corrosivos matan abrasando y royendo de los interiores miembros por donde pasan; los fríos congelando la sangre, ahogando el calor natural y endormeciendô todos los instrumentos de los sentidos; los húmedos relaxando y corrompiendo assí los miembros como sus facultades; y, finalmente, los secos desecando la sustancia del corazón y consumiendo sus vitales espíritus...»

Hace otra porción de consideraciones muy atinadas relativas á la toxicología, que ofrecen interés bajo el punto de vista histórico y prueban los grandes conocimientos de Laguna en este sentido, si bien no dejan de hallarse algún tanto oscurecidos por las ideas erróneas de su tiempo, á las que no podía menos de conceder el lugar importante que tenían, aun en el ánimo de las personas instruidas y de regular cultura. Pero aun en medio de tales errores, se descubre al hombre superior y de un fondo de ilustración nada vulgar.

Es también curiosa la siguiente Advertencia que hace Laguna al terminar la obra de Dioscórides:

«La orden que tuvimos en fabricar la presente obra, ó amigo Lector, fué la siguiente: Primeramente procuramos le buscar todos los Códices griegos de Dioscórides, así stampados, como escriptos de mano y antiquísimos, que pudimos hallar en Italia: y despues de haberlos conferido y encontrado unos con otros, hezimos la translation

siguiendo los mas fieles y verdaderos de todos ellos: y annotando juntamente en las margenes, los mismos lugares Griegos, á do quiera que contenia discrepar de los otros intérpretes, para que pudiese cada uno sobre la tal discrepancia ser juez. Acabada la traduction, parecionos ser conveniente, para que el fruto deste nuestro trabajo, se comunicasse á las otras naciones, añadir á la fin de cada capítulo seys ó siete y aun algunas veces ocho, nueve ó diez nombres varios de cada simple: conviene á saber, el Griego, el Latino, el Árábico, el Bárbaro, el Castellano, el Catalan, el Portugués, el Italiano, el Francés, y el Tudesco. Ayudaronme oportunamente, para el tal negocio, con muchos nombres portugueses, de los cuales yo no tenia entera notitia, el Doctor Luis Nuñez, excelente médico de la Serenissima Reina de Francia y Varon raro de nuestros tiempos y Simon de Sousa, Espejo de boticarios y diligentissimo escudriñador de los simples medicinales. Demás de lo susodicho, con los apellidos de aquellas plantas que suelen hallarse en la Europa, dimos juntamente sus figuras y propias formas, para que por ellas pudiese conocer cada uno las bivas, quando las tuviesse delante. Para lo qual hezimos diligentemente esculpir, todas aquellas figuras de nuestro amigo Andreas Mathiolo que fueron bien entendidas y sacadas al natural de las verdaderas, por quanto no podrán mexorarse, á las quales añadimos otras muchas debuxadas por nuestra industria de aquellas que conocimos por la campaña. Dimos tambien á cada capítulo su annotacion y esta no tan prolixa que enhade, ni tan breve que dexee por declarar alguna cosa importante. Fuimos constreñidos en todo nuestro discurso, usar de algunos vocablos oscuros y no muy recebidos en nuestra lengua vulgar, así Griegos como Latinos, por huir la prolixidad de los circunloquios: pero con intencion de los declarar en el lugar preferente, siguiendo el orden del A, B, C.»

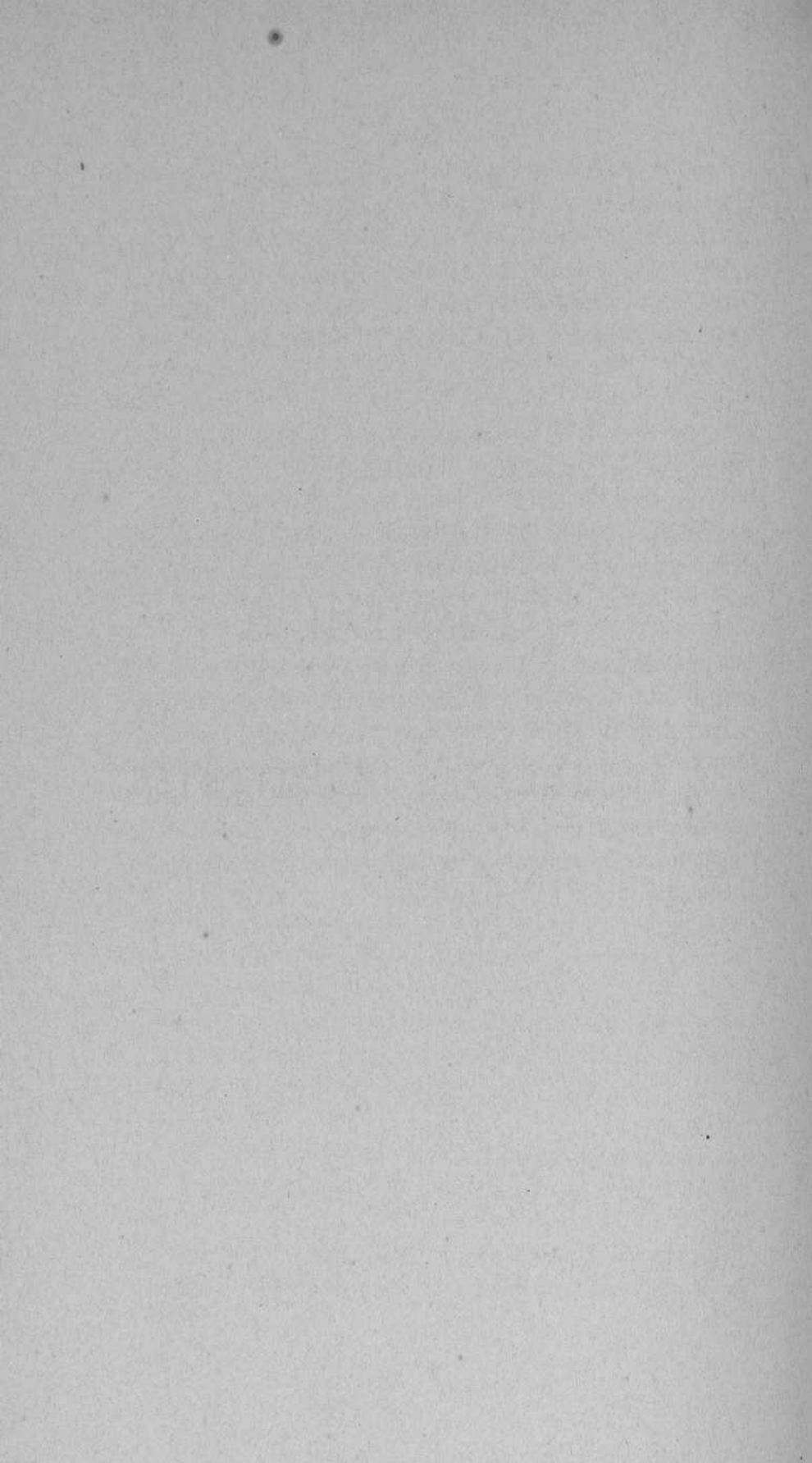
A continuación expone, por orden alfabético, una larga lista de nombres técnicos, que acto seguido explica su significado:

Las siguientes líneas, con que termina el *Dioscórides*, prueban la ingenuidad de Laguna y no dejan de ofrecer curiosidad é interés.

*«Del resto, aunque en nuestro estilo, no sea tan elegante y casto, como el de algunos escritores de nuestros tiempos, que hacen profesion de eloquentes, no por eso deve nadie maravillarse, visto que hemos gastado la mayor parte de nuestra edad fuera de los Reynos de España y procurado en el presente negocio, no tanto de adornar la oration, como de explicar muy fielmente y con gran claridad, los mysterios de la Naturaleza.»*

Como se observa por estas frases, se anticipa Laguna á la crítica que pudiera hacerse de su trabajo, en lo que se refiere á la elegancia del estilo y á los cuidados retóricos de la expresión atildada y perfecta. Para él esto era lo secundario y accidental, atendiendo á la exactitud y claridad, que consideraba como de mayor interés.

Hubiéramos podido copiar y hacer extensos comentarios sobre otros muchos párrafos; pero creemos que con lo expuesto es muy suficiente para formar idea exacta de la índole, carácter y tendencias del libro de que se trata, sin fatigar más la atención del lector. Por eso juzgamos aquí terminada nuestra principal tarea, para dar á conocer acto continuo algunos documentos de gran interés y que sirven de gran ilustración en este asunto.



# APENDICE



**DOCUMENTOS IMPORTANTES**



# PROPOSICIÓN DE LEY

PARA COLOCAR Á LAGUNA EN EL PANTEÓN NACIONAL

---

«Los Diputados que suscriben tenemos la honra de presentar al juicio de las Cortes la siguiente proposición:

»Pedimos á las Cortes Constituyentes se sirvan declarar dignos de ser colocados en el Panteón Nacional los restos del médico, naturalista y filólogo *D. Andrés Laguna*, y los de *D. Pedro Pablo Abarca de Bolea*, Conde de Aranda.

»Palacio de las Cortes 19 de Junio de 1869.—Salustiano Olózaga.—E. Figueras.—Carlos Godínez de Paz.—Luis de Molini.—Francisco Arquiaga.—Santiago González.—Bonifacio de Blas.»

El Sr. Olózaga la apoyó en los siguientes términos:

«EL SR. OLÓZAGA (D. Salustiano): Reclamo por dos minutos la atención de las Cortes, mediante á la urgencia del caso, como acaba de indicar nuestro dignísimo Presidente.

»Mañana se verifica una solemnidad de que no hay ejemplo en España, de que acaso no le hay en el mundo. Los restos de las dos personas para quienes hoy se pide el alto honor de ser trasladados al Panteón Nacional, están ya en Atocha; y es tan notorio el merecimiento de que se les conceda tan distinguida y elevada honra, que

yo suplico á las Cortes tomen en consideración la proposición que acaba de leerse y la aprueben en seguida.»

Leída por segunda vez la proposición del Sr. Olózaga y hecha la pregunta de si se tomaba en consideración, el acuerdo de las Cortes fué afirmativo.

Hecha la pregunta de si se pasaría á las secciones ó se discutiría sin este trámite, conforme á Reglamento, se acordó discutirse en el acto.

«EL SR. PRESIDENTE: Ábrese discusión sobre la proposición.»

No habiendo ningún Sr. Diputado que pidiera la palabra en contra, se puso á votación y fué aprobada.

DECRETO DE LAS CORTES CONSTITUYENTES DE 1869, DISPONIENDO SEAN COLOCADOS EN EL PANTEÓN NACIONAL LOS RESTOS DE D. ANDRÉS LAGUNA Y DEL CONDE DE ARANDA.

«*Al Regente del Reino.*—Las Cortes Constituyentes declaran y sancionan lo siguiente:

»Se declaran dignos de ser colocados en el Panteón Nacional los restos del gran médico, naturalista y filólogo *D. Andrés Laguna*, y los de *D. Pedro Abarca de Bolea*, Conde de Aranda.

»De acuerdo de las Cortes se comunica al Regente del Reino para su publicación y cumplimiento. Palacio de las Cortes 19 de Junio de 1869.—Nicolás María Rivero, Presidente.—Manuel de Llano y Persi, Diputado Secretario.—Julián Sánchez Ruano, Diputado Secretario.—Francisco Javier Carratalá, Diputado Secretario.



## COPIA DE LOS PARRAFOS DEL «QUIJOTE»

EN QUE SE HACE MENCIÓN DEL DOCTOR LAGUNA

---

En el capítulo XVIII del tomo II, edición de la Academia de 1787, «Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor Don Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas,» dice:

«¿Que te faltan las alforjas, Sancho?, dijo Don Quijote.—Sí que me faltan, respondió Sancho.—Dese modo, no tenemos que comer hoy, replicó Don Quijote.—Eso fuera, respondió Sancho, quando faltaran por estos prados las yerbas que Vuestra Merced dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan malaventurados caballeros andantes como Vuestra Merced es.—Con todo eso, respondió Don Quijote, tomara yo ahora mas aina un quartal de pan, ó una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas yerbas describe Dioscórides, *aunque fuera el ilustrado por el Doctor Laguna*; mas, con todo esto, sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí, que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, y mas andando tan en su servicio como andamos, pues no falta á los mosquitos del aire, ni á los gusanillos de la tierra, ni á los renacuajos del agua, y es tan piadoso, que hace salir su sol sobre los buenos y malos y llueve sobre los injustos y justos...» etc.

En el *Índice de las notas al Quijote, de D. Diego Clemencin*, formado por Carlos F. Bradford é impreso en *Madrid, imprenta de M. Tello*, 1885, 8.º, se halla la siguiente, relacionada con nuestro objeto:

«Laguna (Andrés).—Médico del Emperador Carlos V. Tradujo del griego, é ilustró con anotaciones y figuras el tratado de Pedacio Dioscórides acerca *de la materia medicinal y de los venenos mortíferos*. Residió Laguna mucho tiempo en Alemania, Flandes é Italia. La traducción de *Dioscórides* tiene la particularidad de haber sido hecha en el mismo sitio en que estuvo la quinta Tusculana, donde Cicerón escribió varias de sus obras filosóficas.»

## COPIA DE UNA SOLICITUD

DIRIGIDA EN 26 DE MAYO DE 1868 AL SEÑOR ALCALDE CONSTITUCIONAL  
DE SEGOVIA, PARA DAR EL NOMBRE DEL DOCTOR ANDRÉS LAGUNA  
Á UNA PLAZUELA DE LA INDICADA POBLACIÓN

---

«Sr. Alcalde Constitucional de esta M. N. y M. L. Ciudad de Segovia.—Si las familias conceptúan un deber perpetuar de una manera digna la memoria de sus ascendientes, y sobre todo la de aquellos que fueron la base de su fortuna material ó las dieron un nombre que vuela en alas de la fama, no un deber, sino una obligación, más bien, es la que tiene esa colectividad de familias llamada pueblo, de procurar que jamás se borre de la memoria de sus hijos el recuerdo de aquellos hombres que, con su ingenio ó su valor, dieron á su patria un nombre cuyo eco llena aún los ámbitos del mundo.—Cuenta Segovia entre sus ilustres hijos un conciudadano que nació en el año de 1499, y que no es otro sino el inmortal Doctor Andrés Laguna, médico famoso, filósofo profundo y sabio naturalista de aquella época. Honrado por su mérito y talento por Reyes y Pontífices, admirado por los sabios de su tiempo, disputada su presencia en Ciudades extranjeras, su pueblo sólo ha demostrado un entusiasmo pasivo, si no una indiferencia glacial nunca justificada.—Si es cierto, Sr. Presidente del Ilustre Ayuntamiento, que La Corporación que dignamente preside inscribió en el techo de una habitación de las

Casas Consistoriales de esta Ciudad el nombre de tan preclaro varón, que su sepulcro se encuentra en una Capilla de la iglesia de San Miguel, pero cubierto, y la memoria de este Ilustre Segoviano exige que su nombre, esculpido en letras de oro y expuesto en sitio más público, esté evocando siempre el recuerdo de sus triunfos científicos obtenidos en Gante, Metz, Bolonia, Roma, etc.; á la par que sirva de estímulo y admiración á la generación presente,= Pocos hombres habrá que puedan alegar tantos títulos á la consideración de su pueblo como este sabio hijo de Segovia; pero creo molestaría á V. S. si, extendiéndome más en consideraciones de esta clase, enumerara la multitud de obras científicas que, ya originales, bien traducidas ó comentadas, acrecentaron su fama, si bien justificaría más y más mi respetuosa súplica, reducida á impetrar de esa Corporación respetable:

»Se sirva disponer que el espacio de plazuela, sin nombre, comprendido entre una casa del Excmo. Sr. Conde de Santibañez, ex-convento de los Huertos y casa de D. Miguel Llovet, que afronta á la calle Ancha de esta Ciudad, se llame en lo sucesivo *Plazuela del Doctor Andrés Laguna*. = Me he fijado en este sitio, por la imposibilidad de precisar otro que hubiese relación con la estancia de Laguna en Segovia, al mismo tiempo que por la circunstancia atendible de no tener nombre dicho espacio y ser céntrico el punto que ocupó. Al dirigirme á V. S. con este motivo, lo hago solamente movido por el deseo de rendir mi humilde tributo de admiración al hombre que tantos días de gloria ha dado á su patria, y en la confianza de que interpreto los nobles sentimientos del pueblo de Segovia y los de las clases Médica y Farmacéutica de España. = Dios guarde á V. S. muchos años. = Segovia 26 de Mayo de 1868. = Mariano Llovet Castelo.

—»Nota: La lápida se colocó en el mes de Diciembre del mismo año, no habiéndose hecho antes por los sucesos ocurridos en Setiembre, es decir, por la Revolución del 29 de dicho Setiembre; hoy existe. Se costeó todo por mi humilde persona; la lápida es de mármol blanco con letras doradas; dice: Plazuela del Doctor Andrés Laguna. = Llovet.»

El documento que acaba de copiarse honra sobremanera á su autor y es asimismo un título de gloria á la Corporación que tomó el importante acuerdo á que la solicitud se refiere. Desde esa fecha existe ya en Segovia el recuerdo permanente de una celebridad que llenó de gloria á la nacion y á su pueblo natal de legítimo orgullo.



# ACTA DE EXHUMACIÓN

DE LOS RESTOS DE LAGUNA EN 1869

---

«*Don Miguel Gómez Martín*, Notario público de los del Colegio Territorial de Madrid, con residencia en esta Ciudad de Segovia,

»Doy fe: Que en mi libro corriente de actas notariales se encuentran dos que, copiadas literalmente, son como sigue:

»*Acta de exhumación de los restos mortales del Doctor Andrés Laguna*.—Número treinta y cinco.—En la tarde del día quince de Junio de mil ochocientos sesenta y nueve y hora de las cuatro de ella, á consecuencia de las órdenes de doce y catorce del corriente, dirigidas al Señor Gobernador de esta provincia por el Excmo. Sr. Ministro de Fomento, referentes al descubrimiento de los restos mortales del Doctor Andrés Laguna y su exhumación, con el fin de trasladarlos al Panteón Nacional de hombres célebres, creado en Madrid, precedidos los demás requisitos necesarios al efecto, entre ellos la obtención de venia del Ilmo. Señor Obispo de la Diócesis, aviso á las Autoridades y demás personas competentes, según así se me expresó, y facilitándose la entrada por el Párroco, se reunieron en la Iglesia parroquial de San Miguel de esta Ciudad de Segovia y su Capilla de la Virgen de las Angustias, titulada del Confalón, los Señores Don Galo Remón, Gobernador Civil de la Provincia; Don José Riber y Puerto, Vicepresidente de la Excm. Diputación; Don Pedro Rome-

ro Rodríguez, Diputado; Don Francisco González Chía, Juez de primera instancia del partido; Don Domingo Olalla, Alcalde popular; Don José María Borregón, con el doble carácter de Ingeniero Jefe de Obras públicas de la Provincia y de individuo que ha sido de la Junta de Monumentos históricos y artísticos; Don José Fernández Buitiereira, Secretario del Gobierno; Don Santos Muñoz García, Párroco de la citada Iglesia, y otro considerable número de individuos, pertenecientes á corporaciones, funcionarios públicos y personas de todas clases que concurrieron al acto y, procediéndose el reconocimiento del sitio en que se presumía encontrarse los restos mortales del célebre Doctor Andrés Laguna, resultó: Que el retablo que hoy existe en dicha capilla de las Angustias cubre una hornacina de medio punto, con un caretonado pintado al claro-oscuro y, en el fondo, dibujado también al claro-oscuro, un grupo representando el Descendimiento; y en la parte inferior, ó sea debajo del altar formado por la hornacina, un enterramiento ó nicho practicado en la pared, cubierto por delante con dos planchas de cobre, cuyo dibujo é inscripciones demuestran haberse hecho para ocupar una posición horizontal y no la vertical en que se hallaban.—De estas dos planchas, la del lado de la Epístola representa figuras alegóricas en relieve sobre esmalte encarnado, llevando en la parte superior una inscripción griega tomada de los salmos; y en la parte inferior los conocidos dísticos de Petrarca: *Portum invem*, etc. Quitada esta plancha con facilidad, apareció el fondo del enterramiento y, dentro de él, se halló una caja de madera de pino, tosca, y sobre ella un serijo incompleto, de esparto, que, al parecer, contenía huesos humanos. Extraído este serijo se vió que, efectivamente, dentro de él había un esqueleto momificado, en parte, comprendiendo todo el tronco del cuerpo humano, incluso los muslos hasta la articulación de las rodillas; y, por separado, pero al lado de la parte superior del cuerpo, dentro del mismo serijo, un cráneo, también humano.—Dicha parte superior se hallaba á la izquierda y la inferior á la derecha.—La caja de pino no pudo sacarse sin quitar antes la plancha de cobre de la derecha y, practicada dicha operación, se vió que dicha plancha contenía la inscripción siguiente:

»D. O. M. *Doctrina et pietate clarissimo viro, Don Jacobo Ferdinan-*



*di á Lacuna insigni Doctori Médico, quidum industria et opibus suis jugiter studeret Segoviensibus ferre manus auxiliatices in vida Tandem morte interceptus concessit fatis VII Idus Majas 1541.*

*»Andrés Laguna, filius, Mili Sancti Petri, ac Medicus Julii III Pont. Max. ex Italia et Germania, redus indulgentissimo patri jam vita fundo sibi que morituro ac suis posuit. Anno 1557.*

»Extraída entonces la caja de pino, se encontró que contenía huesos humanos sueltos, que debían de proceder de dos ó más cadáveres, por observarse entre ellos dos cráneos y diferentes huesos iguales, cuyos restos humanos, según la deducción que por todos los circunstancias se hizo, fundados en antecedentes históricos, deben de ser familiares del Doctor Andrés Laguna, el cual, no sólo fundó un panteón ó capilla para sí, sino que también para los suyos, siendo, por tanto, indudable, á juicio de los mismos circunstancias, que el esqueleto contenido en el serijo es el expresado Andrés Laguna, por su buen estado de conservación y circunstancia especial de hallarse separado de los demás restos, como debido á la mayor importancia de esta persona y consiguiente interés en su conservación.—Registrado luego con el mayor escrúpulo el sepulcro, no se halló en él absolutamente nada más que lo expresado.

»Así verificada la Exhumación de los mencionados restos, se dispuso á seguida por el Señor Gobernador, como consecuencia de lo expresado últimamente, fuesen depositados los restos ó osamenta contenidos en el serijo, y así tuvo efecto, colocándoles en una capilla interior de dicha Iglesia, que se llamó de la Esclavitud de San Miguel, y hoy se titula de la Hermandad de la Paz, y se halla independiente, cerrándose la puerta de dicha capilla con la llave que recogió, en inteligencia con el Párroco y por disposición del Señor Gobernador, el Señor Vicepresidente de la Diputación Don José Riber: De cuyo modo se dió por terminado el acto de exhumación verificado en dicha tarde del quince.

»En la tarde del diez y ocho de dicho mes de Junio y hora de las seis, habiendo concurrido nuevamente á la Iglesia parroquial de San Miguel de esta Ciudad de Segovia las autoridades é individuos de corporaciones al principio mencionados y otro mayor número de personas de todas clases, se abrió la puerta de la Capilla de la Paz por

el Depositario de la llave, Don José Riber, acompañado del Párroco, Don Santos Muñoz; y existiendo allí el esqueleto, restos mortales contenidos en el serijo que habían sido depositados en la tarde del quince, se sacaron de dicha Capilla, trasladándoles al cuerpo de la Iglesia, y en presencia de todos los circunstantes fueron colocados en una caja de plomo, figura cuadrilonga, su longitud un metro ciento treinta milímetros, por trescientos noventa milímetros de latitud y doscientos altura; y cerrada dicha caja en el acto, sujetando el cierre por medio de soldadura que se hizo con estaño por artista competente, y además sellada, conteniendo de tal modo los restos mortales de que se trata, y grabada sobre plancha de latón sujeta á la misma tapa la inscripción latina que queda trascrita, se la colocó dentro de otra de madera de pino en forma de urna, con su cerradura guarnecida de terciopelo negro y galón de oro, de las mismas dimensiones en su base por el fondo que la de plomo, que terminaban en su parte superior con las siguientes:—Longitud, un metro trescientos setenta milímetros; latitud, seiscientos treinta milímetros; y altura, quinientos setenta; y cerrada esta caja de pino, que contenía en el fondo la de plomo, recogió la llave el Señor Gobernador.—Luégo, y según ya estaba dispuesto, se celebró por dicho Párroco la exequia funeral de un responso de despedida, y en seguida, por conclusión, el Señor Gobernador hizo entrega de la llave y de la caja de madera en que se contenía la de plomo con los restos mortales exhumados de que se trata á los Comisionados nombrados por aquél, que lo eran Señores Vicepresidente de la Diputación Don José Riber, Alcalde popular Don Domingo Olalla, y yo el infrascrito Notario, que nos hicimos cargo de ella, sacándola de la Iglesia para su conducción á Madrid, al Panteón Nacional.

»De cuyos actos, yo Don Miguel Gómez Martín, Notario público de los del Colegio Territorial de la Audiencia de Madrid con residencia en esta Ciudad, y especial por nombramiento para los asuntos del Gobierno Civil de la Provincia y sus dependencias, extendiendo la presente acta, que firma el Señor Gobernador y demás Señores al principio mencionados expresamente. Y en fe de todo, lo firmo en estas seis hojas, sello noveno, por mí rubricadas en Segovia, el mismo día diez y ocho de Junio de mil ochocientos sesenta y nueve.—Galo Re-

món.—José Riber.—Pedro Romero Rodríguez.—Francisco González Chía.—Domingo Olalla.—José María Borregón.—José Fernández Buitiereira.—Santos Muñoz García.—El Notario público, Miguel Gómez.

*Otra traslación de dichos restos al Panteón.*—«Número treinta y seis.—Yo el infrascrito Notario doy fe:—Que en la noche del día diez y ocho de Junio corriente, los Señores Don José Riber, Vicepresidente de la Diputación provincial, y Don Domingo Olalla, Alcalde popular de esta Capital, con mi asistencia, como comisionados para la conducción á Madrid y su colocación en el Panteón Nacional de los restos mortales del Doctor Andrés Laguna, emprendimos la marcha con dirección á Madrid, conduciendo la caja en que iban colocados dichos restos. Llegados á la estación del Norte, última inmediata á aquella Villa, en la mañana del día siguiente diez y nueve, fuimos recibidos por una Comisión delegada por la de inauguración del Panteón Nacional y por los Diputados á Cortes por esta Provincia, Señores Don Valentín Gil Vírveda y Don Bonifacio de Blas, que á virtud de los partes previamente corridos por el Señor Gobernador de esta misma Provincia, nos esperaban en dicha estación.—Colocada la caja de restos mortales del Doctor Laguna en un carro fúnebre, nos trasladamos todos así reunidos y conduciendo aquellos al templo de la Virgen de Atocha, en el cual, recibidos por otra Comisión en presencia del Notario público de aquel punto Don Federico Álvarez; abierta que fué el arca exterior con la llave que conducía yo el infrascrito, y reconocida la otra arca interior de plomo, que en su fondo llevaba dichos restos, persuadiéndose de que su cierre no había sufrido la menor alteración, se cerró de nuevo la caja exterior con la llave, que se entregó á la citada Comisión, colocándose tal caja cerrada en la Capilla del propio templo de Atocha destinada al efecto, en que ya obraban más cajas de restos de otros hombres célebres, quedando así entregada y depositada la expresada caja y extendiéndose de ello en el mismo día diez y nueve la conducente acta por el citado Notario Don Federico Álvarez.—En la tarde del día siguiente, domingo veinte del mismo mes, en conformidad al programa fijado para llevar á efecto tan solemne acto, tuvo lugar, con toda suntuosidad, la traslación de los restos de los hombres ilustres que se hallaban deposita-

dos en el templo de Atocha, y lo eran los de Gravina, Villanueva, Ventura Rodríguez, Conde de Aranda, Ensenada, Calderón de la Barca, Quevedo, Lanuza, Ercilla, Morales, Garcilaso, Doctor Laguna, Gonzalo de Córdoba y Juan de Mena, al Panteón Nacional, establecido en la Iglesia ex-convento de San Francisco el Grande de Madrid, en cuyo Panteón quedaron colocados todos los restos de los citados grandes hombres, entre ellos los de Andrés Laguna, de que es objeto la presente acta, sobre lo cual también se extendió la correspondiente, autorizada por el Notario del mismo Madrid Don Juan Miguel Martínez. Y para que conste, pongo ésta, que firmo en Segovia á veinte y dos de Junio de mil ochocientos sesenta y nueve, día en que hemos regresado de Madrid los Comisionados para la conducción de dichos restos.—Miguel Gómez.—Las actas insertas concuerdan fielmente con sus originales, obrantes en el libro corriente de las mismas de mi Notaría, bajo los números que respectivamente las quedan señalados, á que en caso necesario me remito. Y para que conste, á instancia del Señor Gobernador, libro el presente testimonio, que signo y firmo en estas ocho hojas, sello octavo, en Segovia, á veinte y ocho de Junio de mil ochocientos sesenta y nueve.—Está signado: Miguel Gómez.»

# TRASLACION A SEGOVIA

## DE LOS RESTOS DE LAGUNA

---

*Registro número cincuenta y ocho.*—«En la Ciudad de Segovia, á veinte de Julio de mil ochocientos setenta y siete, siendo la hora de las diez de la mañana, personado yo, Don Gabriel Leonor Menéndez, Notario público de los del Territorio de la Excm. Audiencia de Madrid, en el Distrito de esta Capital y su partido, mi vecindad, en el interior de la Iglesia de San Miguel Arcángel de esta referida Ciudad, á virtud de aviso oficial previo del día anterior del Señor Don Mariano Villa Pastor, primer Teniente de Alcalde, Presidente interino del Ilustre Ayuntamiento de esta localidad, con objeto de levantar la correspondiente acta de inhumación de los restos mortales del esclarecido y eminente Segoviano *Doctor Don Andrés Laguna*, conducidos ayer á esta misma Ciudad por el Señor Don Mariano Llovet y Castelo, Farmacéutico é individuo de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de esta provincia, corresponsal de la Academia de San Fernando y Alcalde-Presidente de la mencionada Ilustre Corporación, á quien y al Señor Don Hipólito Finat, Diputado á Cortes por esta provincia, fueron entregados el diez y ocho del presente mes en la Capilla de los Mártires de la Iglesia de San Francisco el Grande de la Heróica Villa de Madrid, por el Rector de dicha Iglesia, Don Manuel González, según la orden y acta gubernativa

que se exhiben, y que literalmente dicen así:—«Ministerio de Estado.—Dirección de asuntos administrativos y contabilidad.—Con fecha de hoy, y de orden de S. M., encargo al Administrador general de la Obra-pía que, con arreglo á la práctica establecida y reglas de costumbre, entregue á Vds. los restos del Doctor Laguna, depositados hoy en San Francisco el Grande.—De Real orden lo digo á Vds. para su conocimiento y gobierno.—Dios guarde á Vds. muchos años. Madrid diez Julio mil ochocientos setenta y siete.—Manuel Silvela.—Señores Don Hipólito Finat y Don Mariano Llovet.» «En la Villa y Corte de Madrid, á diez y ocho de Julio de mil ochocientos setenta y siete, presentes los Señores Don Hipólito Finat y Don Mariano Llovet y Castelo, Alcalde Constitucional de Segovia, comisionados al efecto por aquel Municipio, se exhibió por dichos Señores comunicación del Ministerio de Estado, fecha diez del actual, por la que, en nombre de S. M. el Rey Don Alfonso XII (q. D. g.) se dispone se haga entrega á los Señores Don Hipólito Finat y Don Mariano Llovet Castelo de los restos mortales del hombre célebre Doctor Laguna, depositados hoy en la Capilla de los Mártires de esta Iglesia de San Francisco el Grande, á fin de que sean trasladados á la Ciudad de Segovia, y con conocimiento también de una orden fecha once de este mismo mes, por la que el Ilustrísimo Señor Don Manuel María Moriano, Administrador general de la Obra-pía de Jerusalén, faculta al Rector de San Francisco el Grande para que proceda á dicha entrega, se hizo así.—En fe de lo cual firman la presente acta en el día, mes y año expresados.—Como Rector: Manuel González.—El Diputado de Segovia: Hipólito Finat.—El Alcalde de Segovia: Mariano Llovet.—Como testigo: Manuel Yagüe, Presbítero.—Como testigo: Tomás Pérez.»—«Con los documentos que quedan copiados, y que convienen á la letra con los originales exhibidos por el Don Mariano Llovet, á quien los devuelvo rubricados de la que acostumbro, se verificó la remoción ó traslación á esta Capital de los referidos restos mortales, con el fin de volver á colocarlos en el punto de donde fueron extraídos el quince de Junio del año pasado de mil ochocientos sesenta y nueve para llevarlos á ocupar el lugar correspondiente en el Panteón Nacional de hombres célebres que debió erigirse en la citada Iglesia de San Francisco el Grande, de que se tomó acta ante

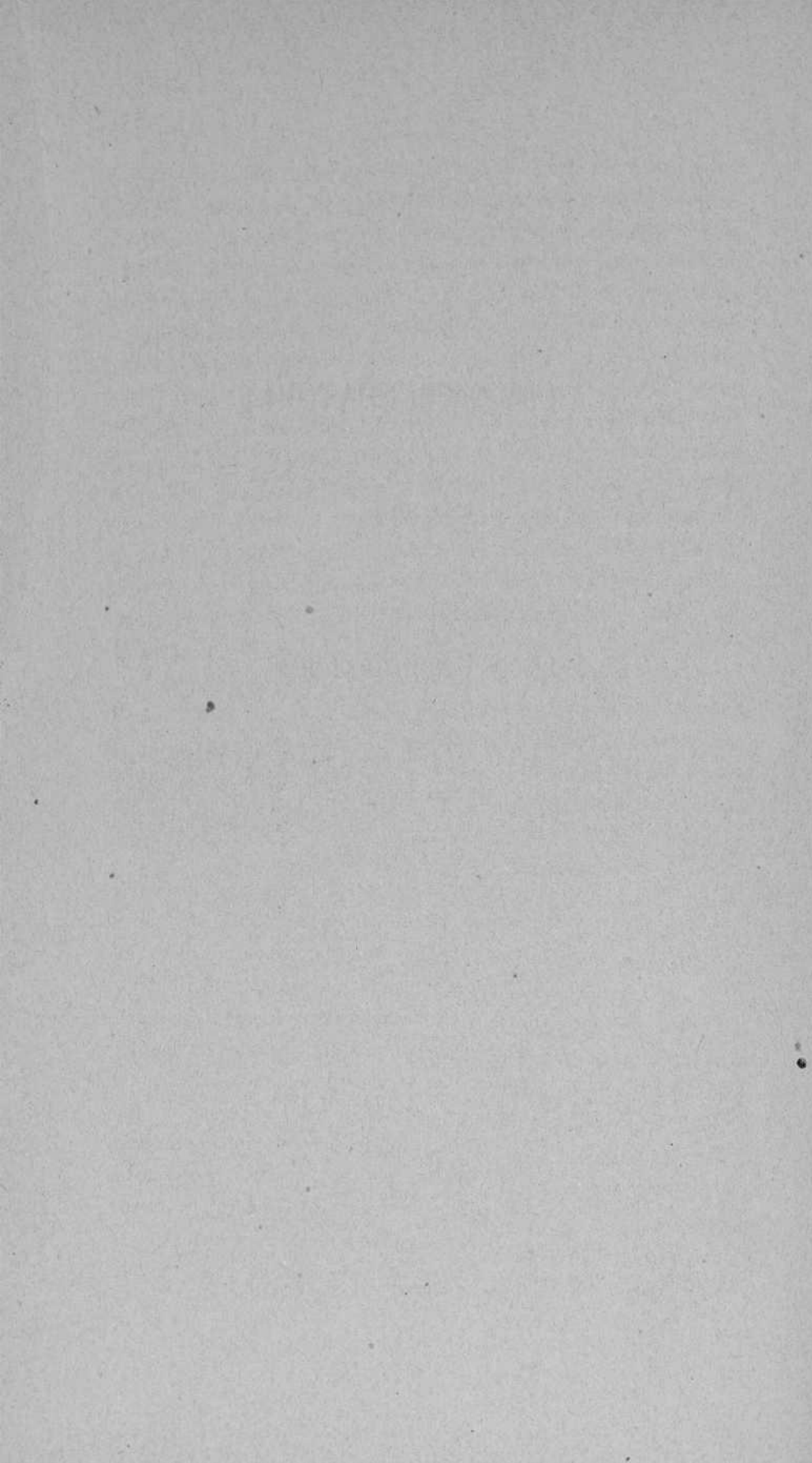
el Notario de este distrito Don Miguel Gómez Martín, bajo el número treinta y cinco, y quedando depositados en la tarde de ayer en la Capilla titulada de la Esclavitud de San Miguel, hoy Hermandad de la Paz, en la mencionada Iglesia de San Miguel Arcángel, á su llegada á las siete de la tarde, para llevar á efecto la inhumación en este día y hora, relacionada con la ceremonia religiosa correspondiente, ó sea exequias fúnebres, acordadas por el Ilustre Ayuntamiento; concluida ésta á las doce y media, con la concurrencia de los Señores Don Mariano Llovet y Castelo, Alcalde-Presidente del Ilustre Ayuntamiento; Don Mariano Villa Pastor, segundo Teniente de Alcalde; Don Blas del Castillo Gutiérrez, Procurador Síndico de la misma Corporación, acompañados de varios otros Señores Concejales, de su Secretario el Licenciado Don Juan Crisóstomo Rivas Nevado y de Don Joaquin Odriozola, Arquitecto municipal é individuo de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos, corresponsal de la Real Academia de San Fernando; siendo presentes también al acto los Señores Don Jorge Calvo y González, Doctor en Medicina y Cirugía y Presidente de la Excm. Diputación de esta provincia; Don Francisco García Castro, Presidente de la Sociedad Económica Segoviana de Amigos del País; el Licenciado Don Juan Rivas Orozco, Abogado de los Tribunales Nacionales, Vicepresidente de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos, individuo de la Real Academia de la Historia en la clase de correspondientes; Don Martín Gómez Herrero, Doctor en Ciencias médicas; Don Román Baeza Cáceres, Licenciado en Medicina y Cirugía; Don Mariano Torres Agero, Licenciado en Farmacia; el Señor Don Tomás Baeza González, Dean de la Santa Iglesia Catedral de esta Ciudad, y Don Mariano de Frutos y de Pablos, Párroco de la de San Millán de la misma, con muchas otras personas pertenecientes al orden civil, eclesiástico y militar, asistentes al acto, bajando del túmulo colocado en el centro de la nave, próximo al Presbiterio de la referida Iglesia, la caja de madera, en forma de urna, guarnecida de terciopelo negro y galón dorado, con su cerradura y llave, dentro de la que parece se encuentran los restos mortales expresados en otra caja de plomo figura cuadrilonga, y trasladada por los ugières de la Ilustre Corporación á la Capilla de las Angustias sita en dicha Iglesia, que cubre una hornacina de medio

punto, con un caretonado pintado al claro oscuro, y en el fondo, dibujado también al claro oscuro, un grupo representando el Descendimiento, y en la parte inferior, ó sea debajo del altar formado por la hornacina, un hueco ó nicho abierto en la pared para enterramiento, su forma cuadrilonga, donde anteriormente estuvieron depositados los expresados restos; colocada dicha caja sobre una mesa cubierta con paño negro, siendo las dimensiones de aquélla un metro trescientos sesenta milímetros de longitud, seiscientos treinta milímetros de latitud y quinientos setenta de altura; abierta con la llave por el Señor Alcalde, yalzada la tapa, vista en su interior la caja cuadrilonga de plomo, en la que existía colocada en la parte superior la inscripción en plancha de cobre: *D. O. M. Doctrina et pietate clarissimo viro, Don Jacobo Ferdinandi á Lacuna insigni Doctori Medico: quidum industria et opibus suis jugiter studeret Segoviensibus ferre manus auxiliatrices, in vida tandem morte interceptus concessit VII. Idus Majas:*

*Andreas Lacuna, Filius Mili Sancti Petri, ac Medicus Julii III, Pont. Max. ex Italia et Germania redus indulgentissimo patriam vita functo sibi que moritur ac suis posuit. Anno 1557;* y advertido que no había señal ni indicio alguno que denotase sospecha de haber sido violentada dicha caja, ni de alteración en otro precinto de lacre que contenía al cierre estañado, después de cantarse por los eclesiásticos el responso de sepultura, se colocó sobre la caja de plomo una corona, á que se hallaba unida una tarjeta con la inscripción siguiente: *Beneficencia municipal á Laguna.—Los médicos del cuarto distrito, y cerrada la tapa de madera, en la que se pusieron dos candaditos con su correspondiente llave cada uno, de que se incautaron respectivamente el Señor Alcalde-Presidente del Ilustre Ayuntamiento, para depositar en el Municipio, y el Licenciado Don Juan Manuel Rodríguez, Presbítero Cura ecónomo de la repetida Iglesia de San Miguel, para conservar en su archivo; inmediatamente después fué colocada la caja con los restos en el nicho anteriormente expresado, cubriéndose el frente con una paredilla de ladrillos á panderete, recibidos con yeso, y colocando delante una chapa grande de cobre que contiene igual inscripción: *D. O. M. Doctrina et pietate clarissimo viro, etc., á la parte izquierda, que ocupa algo más de la mitad del nicho, y otra**



plancha de igual metal á la parte derecha, con inscripción griega tomada de los Salmos en la parte superior, y en la inferior los conocidos dísticos del Petrarca: *Portum inveni*, etc., de cuyas dos planchas, la del lado de la Epístola representa figuras alegóricas en relieve sobre esmalte encarnado al parecer, y sujetas ambas á cerco de madera, con que se forman los ángulos del nicho por presión de tornillos de rosca, se dió por terminada la operación á la una y media de la tarde; de todo lo cual se arregla ó formaliza la presente acta, que firman con el Señor Alcalde Constitucional, Presidente de la Excma. Diputación de esta provincia y Párroco Don Juan Manuel Rodríguez, los demás Señores cuyos nombres quedan expresados, después de leída por mí, el Notario, y de aprobarse por los referidos Señores, á quienes conozco, de lo que doy fe, como de cuanto aquí se relaciona, y lo signo, firmo y rubrico.—Mariano Llovet Castelo.—Mariano Villa.—Jorge Calvo.—Juan Rivas Orozco.—Blas del Castillo.—Tomás Baeza González.—Joaquín de Odrizola.—Francisco García Castro.—Juan C. Rivas.—Mariano de la Torre Agero.—Martín Gómez.—Román Baeza.—Mariano de Frutos y de Pablos.—Juan Manuel Rodríguez.—Está signado: Gabriel Leonor Menéndez.—Es copia simple para el Señor Alcalde de esta Ciudad, por quien me ha sido reclamada, para archivarla en el nicho, según acuerdo del Ayuntamiento.—G. Leonor.



# CARTA NUMCUPATORIA

DE LACUNA Á FELIPE II

---

## EPÍSTOLA NUMCUPATORIA

«Al serenísimo, Inclito y muy poderoso Señor Don Philippe, por la divina clemencia, Rey de Ingalaterra y de Nápoles, Duque de Milán, Príncipe heredero de la India occidental y de todos los reynos de España, protector y restaurador de la fé, etc.

Tienese por averiguado entre todos los escriptores, ansí Griegos como Latinos, Serenísimo, Inclito é muy poderoso señor, que el inventor de la medicina fue solo Dios inmortal: como cierto va fundado en razon: pues parece cosa imposible que un hombrecillo boçal é formado de un poco de lodo, el qual apenas vee lo que tiene delante, pudiera de sí mesmo comprehender ó alcançar tantos é tan sublimes misterios cuantos contiene en sí el arte medicinal, si el que le dió vida é ser no se los declarara. Por donde todos se persuaden, que aquél summo architecto nuestro, é fabricante del mundo universo, luego que formó el hombre, conociendo las flaquezas é enfermedades, á las quales avia de ser subjecto, como padre piadoso le enseñó los remedios contra ellas, para que en las afflictiones humanas no se desesperasse, é que ansí vino la medicina de mano en mano, descen-

diendo de nuestros primeros padres á nosotros sus sucesores. La qual arte, quanta ventaja haga á las otras professiones é disciplinas: de aquí se puede facilmente conjeturar, que á los profesores de todas ellas, ofresce siempre la sanidad, sin la qual, ni podria combatir buenamente el soldado, ni arar tierras el labrador, ni oyr las causas el Juez, ni defenderlas el abogado, ni el Teólogo finalmente escudriñar las cosas divinas. Por cierto, muy grande respeto é reverencia se deve á los Magistrados que administran rectamente los negocios é cargos públicos, mas no si se deva mayor á la Medecina, que los conserva sanos é enteros á sus ciudades. Somos en grandíssima obligacion, segun cierta ley natural, á los padres que nos dieron una sola vez vida, ¿quanto pues mayor gracia se le debe al arte, que la da, no una sino infinitas vezes á los mortales? Muchos capitaues esforçados é valerosos, tienen renombre é gloria por sus señaladas hazañas, los mas de los quales deven su fortaleza y vigor á la Medicina: é así se tiene por cierto que Philippo, Médico de Alexandro Magno, no menos venció á Darío en la lid, que el mesmo Alexandro, al qual un poco antes de la victoria, el havia restituido é restaurado las fuerças de una grave enfermedad, ya perdidas. Demás de lo sudicho, si el dolor (segun Aristipo lo afirma) es el mayor de todos los males, aquello sin duda debe ser tenido por sumo bien, que nos libra de un tal tirano. Combate el cuerpo humano por todos los miembros y coyunturas, infinitas suertes de enfermedades y tantas que ningun algarismo basta para contarlas; por cuyo respecto, juzgaron algunos graves Philosophos, que ó no devia jamás de nacer el hombre, ó morirse luego en naciendo: á las quales calamidades con sus manos piadosas socorre luego la medicina. Refrigerio y Solatio unico de todo el linage humano: la Excelencia, Celsitud é Sublimidad de la qual no se puede encarecer con palabras, y assí el que hubiere de tratar della, tendrá mucha mas que hacer en buscar el estilo y el modo, que en hallar la materia ó copia para fabricar su oracion. Porque quanto debajo del cielo produjo la curiosa Naturaleza, conviene á saber la tierra, el agua, el aire, el fuego: los animales aquaticos y terrestres, innúmera variedad de plantas y minerales: todas estas cosas á boca llena canta las alabanzas del arte Médica, todas las dan tributo: todas obedecen á sus decretos y leyes. Comprehende la Medicina en sí muchas y muy va-

rias Doctrinas, y en especial entre ellas la que trata de los simples Medicinales, instrumentos de todo el arte: por los quales principalmente se entienden las plantas, las piedras y los metales. Escribieron de la materia, muchos y muy Excelentes varones, ansí de los antiguos como de los modernos, ninguno de los quales se igualó con Pedacio Dioscórides Anazarbeo: el qual en debuxarnos al natural todas las plantas y minerales que sirven al uso de medicina y en referirnos sus fuerças y facultades, tuvo admirable gracia. Por donde yo, viendo que á todas las otras lenguas se había comunicado este tan señalado author, salvo á la nuestra Española, que ó por nuestro descuido ó por alguna siniestra constelación, ha sido siempre la menos cultivada de todas, con ser ella la mas capaz, civil y fecunda de las vulgares: é teniendo entendido los graves inconvenientes que sobrevenian á cada paso, ansí en aquellos vuestros reinos de España como en otras partes por la ignorancia de la materia medicinal: resolvíme de hacerle de Griego, Español; de ilustrarle con comentarios y con las figuras de todas las yervas, sacadas á imitación de las bivas y naturales, en beneficio inmortal de toda la patria.

«Quiero passar en silencio, quantos y quan trabajosos viajes hice, para salir con la tal impresa honorablemente: quantos y quan altos montes subí: quantas cuestas bajé, arriscándome por barrancos y peligrosos despeñaderos: y finalmente quan sin duelo gasté la mayor parte de mi caudal y substancia, en hacerme traer de Grecia, de Egipto y de Berbería, muchos simples exquisitos y raros para conferirlos con sus historias, no pudiendo por la malignidad de los tiempos ir yo mesmo á buscarlos á sus propias regiones, aunque tambien lo tenté y por ventura saliera con ello, si estando ya para me embarcar en Venecia el año passado, algunos señores míos y principalmente Don Francisco de Vargas, prudentísimo embaxador Cesareo en aquella República, no me divertiera del tal negocio. Empero yo espero en nuestro Señor, que lo que entonces no me fue lícito, se hará en vuestros dias con mayor comodidad y menor peligro: porque vos nos hallanareys de tal arte el camino, que podamos como por nuestras casas, hallando aquellas naciones bárbaras caminar por todo el Oriente y contemplar y aun traer por vuestros Reynos en triunfo, aquellas Divinas plantas que para nuestra salud produjo el

Criador de todas las cosas. Lo qual sucediendo como á mí se me representa, me basta el ánimo de dar á entender á los venideros, que en vuestros felices tiempos hubo un simple vasallo vuestro, no menos solícito y desseoso, de inquerir, escudriñar y sacar á luz todos los naturales mysterios, que Aristóteles en los de Alexandro Magno, aunque no de tanta suerte y ventura. Sirvieronme no poco en este trabajo tan importante, los Comentarios de Andreas Mathiolo Senes, Médico Excelente de nuestros tiempos, el qual con increíble destreza, trasladó el mesmo Dioscórides en lengua Toscana y le dió grandíssima claridad con las singulares exposiciones que sobre él hizo, de las quales nos aprovechamos en algunos lugares de nuestras anotaciones. Assimesmo el Doctor Iuan Paez de Castro, varon de rara doctrina y dignissimo Cronista Cesareo, me ayudó para la mesma empresa con un antiquissimo Códice griego y manuscrito del mesmo Dioscórides, por medio del qual restituye mas de 700 lugares en los quales hasta agora tropezaron todos los intérpretes de aquel author, así latinos como vulgares, por donde se puede justamente alabar toda España, que le tiene ya transferido, é mas fielmente en su lengua española, que jamás se vió en la Latina: lo qual podrán facilmente juzgar aquellos, que quisieren conferir mi translacion con todas las otras.

»Va la obra dividida en seys libros ó commentarios: de los quales los quatro primeros comprehenden la natura de todas las plantas, é la propiedad de algunos animales dedicados al uso de Medicina. En el quinto se trata de la variedad de los vinos é de toda suerte de minerales. Mas en el sexto se encierra, muy cumplidamente la historia de los venenos mortíferos, é de todas aquellas fieras que arrojan de sí ponçoña. Dexando pues aquí de hablar de la doctrina de los venenos é minerales, la qual tambien acarrea no vulgar deleyte é utilidad á la vida humana, yo no veo sobre la haz de la tierra cosa en que mas resplandezca el admirable opificio del Soberano, ni en que mas deban recrearse los ánimos de los hombres, fatigados de las molestias y desventuras de aqueste suelo, que en la generacion de las plantas, cuya variedad y hermosura, engendra luego una grande admiracion del creador en nosotros é juntamente nos inflamma con intenso hervor, para que de todo coraçon le sigamos é amemos. Alle-

gase á todo lo dicho, que las plantas nos dan claro exemplo, para exercitar equidad é Iustitia: pues vemos que cada una dellas permanece en su propio assiento, en el qual fue transpuesta ó sembrada, sin usurpar é invadir el sitio de sus vezinas: é aun algunas dándonos singular muestra de charidad, é de benevolentia suelen acoger é albergar en sus propios senos, otras plantas diversas, que no consintió en sí la tierra, como consta del larice que deja crecer en su tronco el agárico, del Cysto que permite entre sus rayces arraigarse la llamada hypocistide, del lino que en si mesmo retiene y apacienta la cabelluda Cassuta, é finalmente del pacientísimo roble, que en su copa consiente al muérdago, é le dexa enxerirse en sus propios ramos. Enseñanos la palma notablemente á ser fuertes, é á resistir con invencible ánimo á los trabajos é adversidades, pues por ningun peso que le echen se dobla, antes mientras mas le cargan é oprimen, mas se alza, la qual tambien declara la fuerza del amor conyugal, pues se consume poco á poco la hembra de aquella especie, si la quitan de á par de sí el macho. Hallase asimesmo en las plantas, cierta semejanza de religion, como podemos ver á la clara en el llamado Heliotropio, é en otras muchas desta natura, que se inclinan al sol Oriente é á do quiera que vaya le siguen siempre con sus flores é ramos, como á unico genitor, en lo qual muestran un agradecimiento admirable. ¿Que diremos pues de la summa liberalidad de las plantas, que nos dan quanto fructo producen é para sí, ninguna cosa reservan? De las quales tan claras muestras é de otras muchas, podemos facilmente juzgar quanta razon tuvieron, aquellos antiguos philosophos de atribuir á las plantas ánima, pues en ellas reduzen muchos actos é movimientos de los que se ven en los animales, é aun algunos sin comparacion mas perfectos: porque á lo menos en la facilidad de atraer é recibir mantenimiento por sus raices, que les sirven de boca é de manos, en la presteza de digerir lo atraído, é distribuirlo por todos sus ramos é finalmente en la facilidad de crecer é multiplicar, sin dubda nos hazen muy gran ventaja.

Disciennense también las plantas perfectamente, las quatro hedades del hombre. Porque si bien miramos, en el primer nascimiento suyo son tiernas, blandas y muy tractables como los niños de teta, é

ansí las podemos torcer é guiar entonces como queremos. Passada la tal sazón, comienzan á cobrar cuerpo, firmeza é nervios, como los moços que van creciendo. Tras la qual edad de su juventud, ya que cesó el crecer, algun tiempo en vigor y fuerça, é producen copioso é perfecto fructo, hasta que ni mas ni menos que el hombre, comienzan á caducar, envejecerse, arrugarse é morirse, pagando el comun tributo é fuero á la naturaleza importuna, que ni aun á las que tanto la honrran, adornan y hermocean perdona: porque ansí como nosotros son subjectas á corruption, perpetuando con su simiente el linaje. Conociendo pues, el omnipotente Dios, quan deleitosas fuesen é llenas de recreacion, las plantas que había criado, luego en formando aquellos primeros hombres, les dió no ciudades, no palacios, no castillos ó fortalezas, si no huertas, jardines é praderías, en que para siempre habitasen. Entre jazmines, violetas é olorosos narcisos, habíamos de vivir perdurablemente, si la insaciable gula aquella nuestra madrastra (ó pérdida irreparable), no nos privara de tanto bien, reduciendonos á tan gran desventura é miseria, que aun metidos debaxo de diez tejados, é encastillados tras otros tantos muros é baluartes, nos parece que no estamos seguros de las injurias extrínsecas. Tenemos infinitos exemplos, de muchos é muy excelentes varones, que atraídos é conbidados de la hermosura y comodidad de las plantas, se apartaron de los negocios é cargos públicos y se dieron á vivir en los campos. Entre los quales, el buen Ciceron, padre de la Cloquentia, dejando los estrados, tribunales y bullicios de Roma, se retruxo á su posesión Tusculana, y allí compuso, las Tusculanas questiones, tan celebradas por el mundo universo: en el qual mesmo lugar, entre los arboles que lloran el estoraque, de los cuales aquella possession es poblada, nosotros fabricamos una buena parte destos nuestros trabajos, de do creo se les pegó no pequeña virtud y gratia. Marco Curio tambien, despues de haber triunfado de los Sanites, de Pyrro y de los Sabinos, finalmente se retiró á la campaña, é allí acabó sus últimos dias. L. Q. Cincinnato é Marco Valerio Cervino, semejantemente pasaron lo mas de la edad entre sus heredades é posesiones, huyendo los negocios forenses. Syro, rey de los Persas, tenía por ordinario exercicio é real pasatiempo, plantar é enxerir con sus propias manos los árboles: é ansí trahía siempre un açadoncico



en la cinta. El Emperador Diocletiano dexó el imperio, por darse á la rústica disciplina, en la cual perseveró diez años enteros, é con tanta constancia, que aunque fué solicitado de los padres Conscriptos, para que tornasse á imperar, no quiso jamas hazerlo, ni dexar la agricultura.

»Ansi que muchos Príncipes de lustre é valor se exercitaron no menos en la doctrina herbaria, que en la militar disciplina, é aun algunos dellos, cuyo exemplo puede sin vergüenza V. M. imitar, no solamente se aficionaron á las yervas é plantas, empero tambien las dieron sus apellidos, como á la Gentiana, Gentio, Rey de los Esclavones; Sisimaco rey de Macedonia á la Sysimachia; Eupator, rey del Ponto, al llamado Eupatorio; al Telephio, Telepho, Rey de Mysia; é á otras muchas otros innúmeros cuyos ilustres nombres renacen é florecen cada año con las yervas sus ahijadas. Aviendo pues yo acavado con gran fatiga esta obra, tan saludable á todos vuestros reynos de España y no hallándome con otra joya mas rica, ni mas propria para ofrecerse á tan esclarecido é tan alto Príncipe, resolvime á dedicarle á V. R. M., pareciendome que saliendo á luz debajo de vuestro resplandor é sagrado nombre, sería ella mucho mas respectada, tenida y estimada de todos y para siempre conocida, la devocion, voluntad é servitud que á V. M. é la que acerca de la sacra é Cathólica magestad del Emperador V, padre é Rey nuestro, con fieles é constantes servicios muchas vezes he declarado. De la qual constancia é lealtad mia, no quiero alegar testigos ydos ó muertos, sino á la misma Cesarea M. del Emperador nuestro Rey é Señor, la qual entre otras cosas de no pequeño momento, tiene bien entendido mientras residí en la ciudad de Metz, que fueron cinco años, la conservé los ánimos de todos los ciudadanos en devocion, obediencia é officio, é que si mi industria é solicitud no interviniera, no se vieran en aquella república, oy por ventura, ni altares, ni templos. Reciba pues V. M. con benigno é alegre rostro, este servicio de su vassallo, ni diré pequeño ó liviano como suelen algunos, disminuyendo é abaxando las cosas, sino el mas rico, precioso é alto, que se puede ofrecer jamás á un Rey, qual vos soys, nascido para el bien público: visto que contiene en sus delicadas hojas, la salud é conservacion de todo el mortal linage: con los avisos y consejos del qual, é con la vi-

gilancia é solicitud de sus excellentes médicos y en especial del Doctor del Águila, verdaderamente Águila que sobre todo juicio y entendimiento humano, buela por las nubes tan alto, que los profesores de Medicina, la perdemos totalmente de vista: y del doctor Moreno, vaso de toda bondad, doctrina é consumada experiencia, bivar á V. M. sano é muy largos tiempos, para que pueda favorecer á todas las buenas artes é disciplinas, é principalmente á la doctrina de los simples medicinales, necessaria en extremo á la pública utilidad: siendo cosa justíssima, que pues todos los Príncipes é las universidades de Italia, se precian de tener en sus tierras, muchos é muy excelentes jardines, adornados de todas las plantas que se pueden hallar en el Universo: tambien V. M. provea y dé orden que á lo menos tengamos uno en España sustentado con estipendios Reales. Lo qual V. M. haciendo, hará lo que debe á su propia salud, tan importante al mundo é á la de todos sus vassallos é súbditos: é juntamente dará grande ánimo á muchos é muy claros ingenios que cria España: para que viendo ser favorecida de V. M. la disciplina herbaria, se dén todos con grandíssima emulacion á ella, del qual estudio redundará no menos gloria é fama que fructo, á toda la nacion Española, que en lo que mas la importa, es tenida en todas partes por descuydada. Empero dando Dios á V. M. luenga vida, yo confío en su valor y grandeza, que así en esto como en todo lo demás, hará bienaventurados aquellos Reynos de España, que de su providencia pende y en ella tienen puestos los ojos, á la qual humildemente offrezco eso poco que puedo y valo. De Anvers á los XV de Septiembre de 1555.

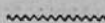
De V. Sereniss. y Real M. Muy humilde, fiel, é leal Vasallo, *El doctor Andrés de Laguna.*»

El documento anterior es muy interesante, pues no sólo condensa y sintetiza la obra á que sirve de prólogo, sino que da muy exacta idea de la celebridad á que nos referimos. Las dificultades que tuvo que vencer para llevar á cabo este trabajo, también se refieren con minuciosidad; y, por último, el importante dato relativo á la historia de los jardines botánicos en España, es muy digno de ser conocido y siempre recordado. A consecuencia de esta carta numcupatoria, Felipe II mandó

destinar un espacio de los jardines de Aranjuez al cultivo de algunas plantas con objeto científico, principalmente las medicinales. De aquí, pues, que el primer jardín botánico español se debiese á la iniciativa de Laguna. Es otro de los galardones que la ciencia le ha otorgado, y otro de los títulos de perpetuidad á su memoria. Bien puede decirse que las líneas de este escrito, son el eterno testamento del genio de su autor y el más sólido pedestal de su renombre.



# ÍNDICE



Páginas.

<b>Parte primera.</b> —Preliminares. — Consideraciones generales.— Motivo de la publicación de este trabajo.—Necesidad de conocer la biografía detallada de Laguna.—Nacimiento y primeros años de su vida.—Su juventud, sus maestros, sus primeros estudios.—Sale de Segovia.—Recibe el grado de Doctor.—Viajes de Laguna.....	5
<b>Parte segunda.</b> —Presencia de Laguna en Metz.—Su estancia en Colonia.—Peroración que pronunció y sus consecuencias.—Laguna orador.—Carácter especial de Laguna, revelado en sus escritos.—Laguna botánico.—Se traslada á Nancy.....	21
<b>Parte tercera.</b> —Laguna médico de los Papas Paulo III y Julio III.—Su estancia en Roma.—Trasládase á Amberes.—Cualidades que resaltan en Laguna.—Carácter que distingue al siglo xvi, por lo que se relaciona con el personaje biografiado.—Síntesis de la vida de Laguna.....	37
<b>Parte cuarta.</b> —Laguna escritor.—Idea detallada de sus principales obras, dejando para otra sección los comentarios al <i>Dioseórides</i> .—Consideraciones críticas acerca de los trabajos que dió á luz.—Importancia histórica de los mismos.....	55
<b>Parte quinta.</b> —Descubrimiento de la válvula denominada en anatomía ileocecal.—Ideas acerca de la circulación de la sangre.—Aptitudes de Laguna.—Vuelve á Segovia.—Contrariedades que experimentó.—Amistades que contrajo.—Laboriosidad ejemplar de Laguna.—Profundas consideraciones á que se presta el estudio biográfico del mismo.—Muerte de Laguna.—Juicio de la posteridad.—Honores póstumos.....	73

<b>Parte sexta.</b> —Estudio bibliográfico de la obra de Dioscórides anotada.—Generalidades acerca de este libro.—Importancia del mismo en la historia de la ciencia española.—Su estilo, ediciones, carácter de sus láminas, tipografía, parte material y otros detalles.—Fama que proporcionó á Laguna esta obra.—Motivos de haber trascrito algunas de sus más importantes páginas, y consideraciones acerca de las mismas.—Significación de la obra en diversos conceptos.....	95
Ideas acerca del aire, en el <i>Dioscórides</i> .....	123
Del ládano y de la vid.....	125
Anestésicos, tintura del cabello, supersticiones.....	132
De la Genciana.—Conservación de las sustancias.—Miel y Maná.—Otras curiosidades.....	137
Azúcar.—Orina.—Sangre.....	142
Araña.—Golondrina.—Acónitos.—Cicuta.....	145
Hematites.—Almizcle.—Aceite.—Nafta y asfalto.....	149
Lentisco.—Datos toxicológicos.—Sandaraca.—Consideraciones generales.....	154
<b>Apéndice.</b> —Documentos importantes.....	165
Copia de los párrafos del <i>Quijote</i> en que se hace mención del Doctor Laguna.....	169
Copia de una solicitud dirigida en 26 de Mayo de 1868, al señor Alcalde constitucional de Segovia, para dar el nombre del Doctor Andrés Laguna á una plazuela de la indicada población.....	171
Acta de exhumación de los restos de Laguna en 1869.....	175
Traslación á Segovia de los restos de Laguna.....	181
Carta numcupatoria de Laguna á Felipe II.....	187

## ADVERTENCIA

---

En los diferentes sitios del presente trabajo que la oportunidad reclama y el momento de la narración lo exige, se citan las obras que han servido de consulta para su redacción y de fuentes para adquirir datos y recolectar noticias. No se incurrirá, por tanto, en el enfadoso defecto de molestar al lector repitiéndolas ahora. Mas no por eso debe prescindirse de tributar honorífica referencia, además de los citados, á los nombres de Morejón y Chinchilla, por lo que se relaciona á sus historias de la Medicina española; al Sr. D. Miguel Colmeiro, por su libro *La Botánica y los botánicos de la Península hispano-lusitana*; á D. Antonio María Fabié, por su obra titulada *Vida y escritos de Francisco López de Villalobos*, donde se consigna importante dato histórico relativo á Laguna; á D. Severo Catalina, por su trabajo acerca de Roma, y á varios historiadores de la Farmacia y Medicina, publicaciones periódicas y manuscritos que tratan de Laguna de un modo más ó menos detenido.

A todos rendimos tributo de gratitud por la utilidad que nos han suministrado para la realización del objeto que nos propusimos.

















VIDA  
DE  
LAGUNA

1925  
-  
G